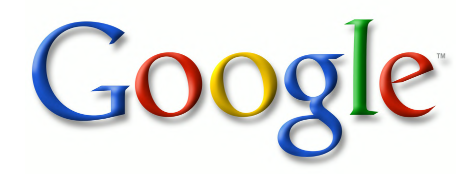
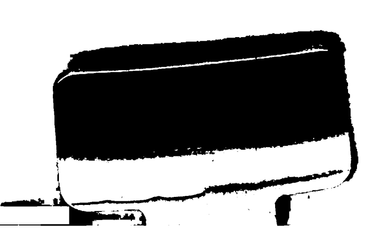






BIBLIOTECA CLÁSICA DE RELIGION.



DE

SAN FELIPE NERI.

VIDA DEL GLORIOSO PADRE

Y PATRIARCA

S. FELIPE NERI,

FUNDADOR

De la Congregacion del Oratorio.

ESCRITA EN ITALIANO

POR

EL P. JUAN MARCIANO,

Prepósito que fué de la misma Congregacion en Nápoles,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR DON M. DE B.

TOMO I.

CON LA LICENCIA ECLESIÁSTICA.

MADRID : 1853.

Establecimiento tipográfico de D. N. DE CASTRO PALOMINO,
Calle Ancha de S. Bernardo, 73.

Al Emmo. y Excmo. Sr. Cardenal **D. JUAN BRUNELLI**, Arzobispo de Tesalónica, Pro-Nuncio de su Santidad en estos Reinos, etc. etc.

Emmo. y Excmo. Señor:

Si los servicios prestados á la Religion reclaman justamente la gratitud de los buenos católicos, razon será que aproveche yo la presente ocasion de mostrar la mia á V. Ema., que tanto ha trabajado en España por el bien de la Iglesia, dedicándole la *Vida* del Taumaturgo de Roma el glorioso S. Felipe Neri.

Dígnese, pues, V. Ema., admitir este testimonio de mi mas profundo

reconocimiento y consideracion; con lo cual quedará honrado su humilde servidor que respetuosamente

B. L. M. de V. Ema.

El Editor,

Nicolás de Castro Palomino.

Madrid 1.° de junio de 1853.

INTRODUCCION.

Entre las grandes obras con que el Señor da á conocer de mil maneras sus infinitas perfecciones, parécenos merece el primer lugar esa transformacion maravillosa que ejecuta en algunas privilegiadas criaturas, que correspondiendo fielmente á los singulares favores y beneficios que les dispensára, ostentan los admirables frutos de la gracia, dando especial gloria á Dios y á la Religion, y llevando en pos de sí innumerables almas al cielo. Hablamos de esos nobles y esforzados hijos del Cristianismo que luchando heróicamente con sus pasiones, llegan á conquistar al fin de su gloriosa carrera la triunfal diadema reservada solo á la probada fe é invicta perseverancia (1).

Y en efecto, ¿nó es altamente prodigioso, ver transformado á un hijo de Adan, pobre por sí y sujeto á toda clase de miserias, verle, decimos, transformado con la ayuda de la gracia en un sér angelical y casi divino (2), no teniendo, por decirlo así, de humana criatura sino la esterior forma? ¿Qué admiracion y qué asombro no cau-

(1) I. *Joan*. cap. V, v. 4.—*Marc*. cap. XIII, v. 13.
(2) Si quis diligit me, sermonem meum servabit, et Pater meus diliget eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus (*Joan*. cap. XIV, v. 23).

saron en su tiempo los Franciscos de Asis, de Paula, Javier y de Sales: las Catalinas de Sena y de Génova: los Vicentes Ferrer y de Paul: las Claras, Brígidas y Matildes: un Domingo de Guzman: un Ignacio de Loyola: una Teresa de Jesus: un Pedro Nolasco: un Pedro de Alcántara: un Juan de Dios: un Juan de la Cruz: un Antonio de Padua y tantos y tantos otros que seria largo enumerar? ¡Ah! comprendiendo todos ellos la vanidad de las cosas terrenas, y con un corazon demasiado grande para satisfacerse con falaces y viles placeres, fueron bastante sábios para *amontonar tesoros que no pudieran ser consumidos por el orin ni la polilla* (1), y trocar la falsa gloria del mundo por la verdadera de la Cruz y la mortificacion (2).

Jamás se vió promesa mas visiblemente cumplida; pues mientras el hombre justo trabaja con cuidado por ocultarse para que sus sacrificios y buenas obras pasen desapercibidas á los ojos de los demás, contentándose con que solo Dios sea testigo de ellas (3), dispone este mismo Señor que resplandezca mas y mas la santidad de sus fieles siervos, á fin de que no solo recojan despues de sus dias el premio de sus virtudes en el cielo,

(1) *Matth.* cap. VI, v. 20.
(2) *Luc.* cap. IX, v. 23.
(3) *Matth.* cap. VI, v. 1.

sino que en la misma tierra, y muchos *hasta en vida*, reciban tanta y mas gloria cuanta fué su humildad y abnegacion (1). En todas las *Vidas* de los Santos tenemos un palpable testimonio de esta verdad; mas concretándonos solo á la del glorioso S. Felipe Neri, podemos afirmar que toda ella es una continuada prueba de nuestra asercion, por haber llevado la humildad y desprecio propio hasta el heroismo, siguiendo el consejo del Apóstol: *El que quiera ser sábio* á los ojos de Dios *hágase necio* para con el mundo (2).

Convencido Felipe de cuáles eran sus verdaderos intereses, quiso asegurar aquella pingüe recompensa que ofrece Jesucristo *al que lo abandonáre todo por su amor* (3), y no bien salió de la casa paterna, se resolvió, siguiendo *la voz que le llamaba, á sacrificar á Dios su alma y su cuerpo* (4), y á ocuparse únicamente en aquella celestial ciencia de que tanto se gloriaba S. Pablo: *Jesucristo, y este crucificado* (5).

Enteramente desprendido de cuanto tiene relacion con la carne, la sangre y el mundo, el célebre Taumaturgo de Roma llegó á hacerse dueño del cielo y de la tierra con la heroicidad de sus

(1) Qui se humiliat, exaltabitur (*Luc.* c. XIV, v. 11).
(2) Stultus fiat ut sit sapiens (I. *Cor.* cap. II, v. 2).
(3) *Marc.* cap. X, vv. 29 et 30.
(4) *Matth.* cap. XIX, v. 12.
(5) I. *Cor.* cap. II, v. 2.

virtudes : *de la tierra*, porque despreciando sus riquezas, comodidades y honores, los vió continuamente ofrecidos á sus piés hasta por los mas eminentes personajes; y *del cielo*, porque entregado sincera y cordialmente á Dios (que siempre se complació en corresponder con liberalidad suma á sus amantes hijos), obligó, por decirlo así, al Rey de la gloria á poner á su disposicion los tesoros de su misericordia, hasta el punto de asegurar el mismo Felipe que *cuando hacia oracion, esperaba conseguir de Dios todo lo que le pedia* (1). «Id, le dijo en cierta ocasion á un pe»cador, que quiero rogar por vos; y rogaré tanto, »que sin mas dificultades podréis salir de tan mi»serable estado (2).»

Pero ¿qué mucho que así habláran este esforzado campeon de la fe, no ignorando, como no ignoraba, la promesa hecha por el mismo Jesucristo de que *cuanto se le pidiere en la oracion, como hubiese fe, se alcanzaria* (3)? ¿Ni qué mucho que se espresára en tales términos el que, animado del mas puro y ardiente celo, se hizo todo de todos para ganarlos á todos para Dios? *Si permaneceis en mí*, dice el Salvador por su amado Discípulo, *y mis palabras permanecen en vosotros:*

(1) Tom. I, cap. XXI, pág. 342.
(2) Tom. I, cap. V, pág. 64.
(3) *Matth.* cap. XXI, v. 22.

pediréis lo que quisiéreis, y se os otorgará (1).

No es nuestro ánimo referir aquí la larga série de virtuosas acciones que forman el bello cuadro de la vida de S. Felipe, pues esto sobre inoportuno seria supérfluo, hallándose estensa y ordenadamente espuestas en la presente obra; pero sí nos será permitido manifestar, como de paso, que no pudiendo satisfacerse la viva llama de amor divino que ardia en el pecho de este Serafin con solo los copiosos frutos espirituales que recogia, y hubiera de recoger durante sus dias, merced á sus ingeniosos é incesantes afanes y desvelos por la salvacion de las almas; el Espíritu Santo le inspiró un feliz medio de perpetuar aquellos mismos frutos, perpetuando la santa semilla que los produjera. Este medio fué la fundacion del Instituto de *el Oratorio*, del que vamos á ocuparnos muy brevemente.

Muchos y de suma utilidad fueron los Institutos fundados en la Iglesia hasta fines del siglo XV en que S. Felipe Neri estableció el suyo; pero conociendo el Santo que no todos los hombres tienen la virtud necesaria para abrazar debidamente el estado religioso, y que no faltaban sacerdotes seculares de escelentes costumbres, que, convencidos de los peligros que ofrece el

(1) *Joann*. cap. XV, v. 7.

siglo, fácilmente se decidieran á aprovecharse de las ventajas que reune la vida comun, siempre que no mediára ninguna clase de votos perpétuos, ni las austeridades obligatorias que tienen la mayor parte de las Réligiones; trató, en vista de las repetidas instancias de sus amantes hijos, y despues de consultarlo mucho con Dios en la oracion, y oir el dictámen de varones respetables por su virtud y ciencia; trató, repetimos, de llenar este vacío, fundando al efecto *la Congregacion del Oratorio*, que tomó nombre del *Oratorio* particular en que él practicó sus espirituales ejercicios en la casa de *S. Gerónimo de la caridad*, donde habitára en un principio,

La Congregacion del Oratorio no es mas (como se verá estensamente en el capítulo XVII de este primer tomo) que una reunion de Presbíteros seculares que viven en comunidad, sin votos de ninguna clase y en completa libertad para salirse de ella el dia que quieran hacerlo; pues que no existe otro vínculo que el de *la caridad*: Las *Casas* son independientes unas de otras y no tienen mas Superior que el respectivo Prepósito que elige cada una, y el cual no disfruta de ventaja alguna sobre los demás individuos de *el Oratorio;* si bien, como es consiguiente, le respetan y obedecen todos como á Superior. Asisten al Prepósito como sus asesores y consejeros cua-

tro Sacerdotes que se llaman *Diputados;* y sin el voto y aprobacion de estos, no puede aquel hacer nada respecto al gobierno general de *la Congregacion :* tanto uno como otro cargo dura solo tres años. En cuanto al alimento, vestido y mueblaje de la habitacion, es todo sencillo y modesto y semejante al que usan por lo regular los Sacerdotes seculares de buenas costumbres. Las ocupaciones comunes, por último, se reducen á la asistencia al confesonario y la predicacion de la divina palabra, la cual aunque es bastante frecuente, en razon á los diarios ejercicios espirituales establecidos en *el Oratorio,* debe ser administrada en estilo sencillo y familiar, como tan encarecidamente lo previno el santo Fundador.

Bosquejado ya con breves pinceladas así al admirable Felipe como el ilustre *Instituto* que fundára, réstanos únicamente dar una ligera noticia acerca de la presente edicion.

Persuadidos de los saludables efectos que produce en los fieles la lectura de las *Vidas* de los Santos y muy particularmente de aquellos que, como Felipe Neri, se han señalado por su ardiente celo por la gloria de Dios y la salvacion de las almas, nos propusimos hacer una nueva y completa á la par que económica edicion de la *Vida* del Santo, eligiendo al efecto, por juzgarla la mas fiel, la que dejó escrita en italiano en las

Memorias históricas de la Congregacion del Oratorio (1) el P. Juan Marciano, Prepósito que fué de la misma *Congregacion* en Nápoles. No satisfechos sin embargo, despues de hecha la traduccion, por indicar el mismo autor que sobre ciertos puntos se habia fijado en solo lo mas esencial á fin de no estenderse demasiado; nos ocurrió hacer el cotejo de su trabajo con otra *Vida* del Santo dada á luz posteriormente en Portugal por el P. Manuel Conciencia de la misma *Congregacion*, y que se publicó en castellano en 1760 por la *Congregacion del Oratorio* de esta corte; y habiendo hallado omitidas en aquella obra algunas cosas útiles é interesantes, á nuestro juicio, nos decidimos á reparar esta falta para presentar una edicion tal cual la habiamos concebido y deseado. Quedan, pues, gracias al Cielo, cumplidos en esto los principales fines que nos propusimos, á saber: facilitar que fuera mas y mas conocido, amado é imitado en lo posible el grande Felipe Neri, y en él admirado, servido y glorificado nuestro Dios y Señor, á quien de justicia pertenece todo honor y toda gloria: *Soli Deo honor et gloria.*

(1) De esta interesante obra se está haciendo actualmente la primera edicion en castellano, que constará de cinco tomos en folio menor. En su dia publicarémos su anuncio.

PROTESTA DEL AUTOR.

Habiendo emanado un Decreto de nuestro santísimo Padre Urbano VIII en su Congregacion de la santa Inquisicion del dia 13 de marzo de 1625, y que fué confirmado el dia 5 de julio de 1634, por el cual se prohibe la impresion de libros que contengan hechos, milagros, revelaciones de hombres célebres por santidad ó fama de martirio, ó cualesquiera gracias obtenidas de Dios por su intercesion, sin la revision y aprobacion del Ordinario; de modo que dá por no aprobados los que hasta hoy se hubieren impreso sin este requisito; y habiendo esplicado su mente el mismo Sumo Pontífice el dia 5 de junio de 1631, diciendo «que no se admitan los elogios del Santo ó del Beato absolutamente, y que se refieren á la persona, y sí los que se refieran á las costumbres y á la co-

mun opinion con la protesta al principio, de que semejantes elogios no los autoriza la Iglesia Romana, y que su autor es el responsable»: supuesto, digo, este Decreto, con la reverencia debida protesto, que ni yo admito, ni quiero que admita nadie cuanto refiero en este libro, sino como suelen admitirse las cosas que se apoyan en autoridad humana y no divina de la Iglesia, escepto aquellas que la misma Iglesia ha declarado.

JUAN MARCIANO,
de la Congregacion del Oratorio de Nápoles.

VIDA DEL GLORIOSO PADRE

Y PATRIARCA

SAN FELIPE NERI,

Fundador de la Congregacion del Oratorio.

CAPÍTULO PRIMERO.

Patria, parientes y nacimiento de S. Felipe; su educacion y primer viaje á S. German, y despues á Roma.

En la ciudad de las flores, la hermosa y amena Florencia, cual lirio purísimo por su perpetuo y virginal candor, nació Felipe Neri en 21 de Julio del año 1515, en el momento en que el sol entra en *Leo*, ocupando la Cátedra de S. Pedro Leon X, que fué feliz pronóstico de que el recien nacido infante debia como generoso leon no solo aterrar sino ven-

cer á los fieros monstruos del infierno con el rugido de sus predicaciones. Pusiéronle en la sagrada pila el nombre de Felipe, heredado de su abuelo, ó mas bien destinado á él en los secretos consejos del cielo, para que con su significado indicára desde luego que aquel niño, como antorcha resplandeciente, debia iluminar con su luz no solo su patria, sino el mundo todo, pues que Felipe se interpreta comunmente *os lampadis;* y como dijo el Crisólogo : *Nomina ipsa sæpe Sanctorum merita indicant, testantur insignia.* Compitieron la naturaleza y la gracia, digámoslo así, en colmar de sus dones á Felipe. La primera le dotó de noble y perspicaz ingenio, de un natural benigno y tratable, de buena complexion corporal y de una dulzura y atractivo admirable en la conversacion : la segunda le infundió aun en la niñez una maravillosa propension á las cosas divinas, la inclinacion á orar y recitar salmos y un deseo estraordinario de oir la palabra de Dios; le adornó con una modestia singular, y le infundió una estremada consideracion hácia sus mayores : virtudes que en la edad pueril generalmente se

reunen solo en aquellos á quienes la gracia por favor especial destina para grandes cosas. Aun en la edad mas tierna se manifestó siempre reverente con los mayores, obsequioso con los iguales y cortés con los inferiores; y así fué que por su índole bondadosa, y por la pureza y candor de sus costumbres se adquirió el sobrenombre de *bueno*. Ayudó no poco á conservar estos dones que la naturaleza y la gracia concedieron á Felipe, la buena educacion que le dieron sus padres Francisco Neri y Lucrecia Soldi, que pertenecian á una de las nobles familias de Florencia, dedicándole en edad conveniente no solo á los estudios de la gramática y la retórica, en los que hizo admirables progresos adelantándose á todos sus condiscípulos; sino haciéndole frecuentar la iglesia de S. Marcos de los PP. Predicadores, con lo que pudo recibir fácilmente de aquellos grandes maestros de cristiana perfeccion y letras los primeros rudimentos de la devocion y las primicias del espíritu. Correspondió el mancebo á los cuidados de sus padres, honrándolos y obedeciéndolos y sin darles jamás motivo de disgusto: pues aunque una vez le reprendió

su padre porque separó ligeramente de su lado á su hermana Catalina que estaba distrayéndole mientras recitaba no sé qué santas oraciones con su otra hermana Isabel, lloró con amargas lágrimas su falta, si tal puede llamarse el alejar las ocasiones de distraccion y perturbacion cuando se habla con Dios. El otro hermano que tuvo Felipe, llamado Antonio, murió en la flor de su edad.

Las insinuaciones de su madre eran para él inviolables preceptos; por lo que si le decia que se estuviese quieto en un sitio, haciéndose voluntariamente prisionero inmóvil, aunque sin cepos ni cadenas permanecia en él hasta tanto que la voz de aquella le daba libertad: tanto la respetaba y obedecia. Pero no solo á su madre obedeció de este modo, sino lo que es mas, habiendo fallecido esta y contrayendo su padre segundas nupcias, amó y obedeció á la madrastra tanto como á la madre. Correspondiale ella singularmente, admirando una virtud tan rara en su corta edad y venerando en él su santidad prematura, por lo que no solo desmintiendo el ser madrastra lloró amargamente su partida de Florencia cuando por

órden de su padre se trasladó, como dirémos, á S. German; sino que cayendo esta en cama con la última enfermedad, ya próxima á terminar sus dias, repetia sin cesar su nombre, para endulzar con él y con la memoria de sus suaves y santas costumbres la amargura y angustia de la muerte.

Pero si su bondad le granjeaba el amor de quien con él trataba y particularmente de sus parientes, le conciliaba incomparablemente mas el del cielo. No habia cosa que él pidiese en su inocente edad que el Señor no se la concediese propicio: así fué que habiéndosele caido una vez en la calle una cadena de oro, y en otra ocasion no sé qué lio que llevaba bajo el brazo, encomendándose á Dios los encontró al punto, aunque bastante lejos de donde él creia que se le habian caido. Mirábale el cielo como cosa suya, y por esto le libraba de los peligros: cayó siendo niño debajo de un jumento en el patio de la casa, pero salió ileso de la caida, mientras le juzgaba estropeado ó casi muerto una mujer que corrió á favorecerle. Siendo ya adulto, y llevando en una ocasion pan á un pobre vergonzante,

cayó en un foso cual otro Abacuc, y le sacó de los cabellos un Angel enviado del cielo. Creciendo poco á poco en edad, crecia tambien y á pasos agigantados avanzaba en la virtud; por lo que tan jóven en años como viejo consumado en la perfeccion, ardia en deseos de padecer por amor de su Dios: sentimientos y ardor que apenas se conservan bajo las cenizas de la vejez. Postrado con una ardiente fiebre en el año décimo quinto de su edad, sufrió con tanta paciencia y alegría aquella molestia, y con tal superioridad de ánimo, que no solo no se quejó, sino que con silencio artificioso disimuló tan bien su enfermedad, que la ocultó, digámoslo así, aun á los mismos de la casa. No fué menor la constante serenidad con que vió incendiada la casa de sus padres con no pequeña pérdida de sus intereses; y finalmente despreció siempre de tal modo cuanto aprecia el mundo, que habiéndole ofrecido el árbol genealógico de su familia, en donde estaban los nombres de sus progenitores, le hizo pedazos, no deseando otra cosa sino que su nombre se escribiera en el libro de la vida.

Pero ya trataba Dios de separar, cual nuevo

Abraham, de la patria y de la casa paterna al que debia de ser padre de tantos hijos. Tenia él un tio, hermano de su padre, llamado Rómulo, que habiéndose trasladado á S. German en el reino de Nápoles, llegó á ganar con su comercio una suma de mas de veinte y dos mil duros. Allí, pues, le destinó su padre, para que bajo la direccion del tio se dedicase al comercio, y para que despues le heredára, pues no tenia hijos. Por obedecer salió Felipe de Florencia á la edad de diez y ocho años, y llegó á S. German en donde le acogió Rómulo con amor, correspondiéndole él con su bondad, respeto y obediencia. Sin embargo, mal podia atender al comercio terreno y á las ganancias mundanas aquel á quien destinaba el cielo para ganar almas y para comerciar en riquezas espirituales, únicas en que encontraba Felipe todo su gusto.

En la antigua y noble ciudad de Gaeta, situada cerca de S. German, existe entre las hendeduras de un monte que segun remota tradicion se abrió cuando la muerte del Salvador, una capilla dedicada á la santísima Trinidad, donde se adora un célebre Crucifijo :

este era, pues, el fecundo mercado que frecuentaba Felipe para negociar riquezas del cielo. Entre aquellos durísimos peñascos que se ablandaron en la muerte del Redentor se conmovia dulcemente el corazon del santo jóven, y á la vista de su Señor crucificado, suspendido, desnudo y elevado sobre aquel madero se sentia fuertemente atraido á seguir á su Maestro, y renunciando las riquezas y lisonjeras esperanzas que le prometia el siglo deseaba separarse enteramente del mundo. Las celestiales dulzuras que gustaba como de paso entre los santos horrores de aquel abierto monte, le invitaban á hacer vida de ermitaño, para perpetuar de este modo sus dulcísimos consuelos. Resolvió por tanto volver enteramente la espalda á aquellas riquezas que jamás tuvieron lugar en su generoso corazon, y abandonar de una vez el comercio del mundo para trasladarse á Roma, en donde podria determinar el género de vida que debia abrazar. Conociendo su tio lo que proyectaba trato de disuadirle con varias ofertas; pero el santo jóven le dió las gracias por todo, y despidiéndose de él, emprendió seguidamente

su viaje hacia la Capital del orbe cristiano.

Partió, pues, Felipe de S. German; pero no se alejó de su Señor crucificado, pues además de tenerle presente en su memoria, ejercitándose de continuo en la méditacion de su Pasion, quiso llevar siempre consigo, como llevó en efecto, un Crucifijo de bronce separado de la cruz, para poder mejor desahogar con él los tiernos afectos de su corazon. Cuáles y cuántos fueron estos se verá mas cómoda y oportunamente en el curso de esta historia.

CAPÍTULO II.

Llegado Felipe á Roma se dedica á instruir no menos en las costumbres que en las letras á dos jóvenes: despues aprende él mismo la filosofía y teología, y por último abandonando toda otra ciencia se consagra enteramente al estudio del Crucificado.

Habiendo entrado Felipe en el año 1533, en Roma, ciudad que le destinó Dios para su perpétua estancia en la tierra, y dilatada viña que el Agricultor divino le señaló para que cultivase con su trabajo y regase con sus su-

dores; pasó á casa de Galeoto Caccia, patricio florentino, á quien acaso conocia de antemano, el cual prendado de la modestia del santo jóven y de la virtud y santidad que manifestaba aun en su rostro, le admitió en su casa, le señaló un pequeño cuarto y mandó, (pues conocia su necesidad por haber renunciado la herencia del tio) que se le diera una cierta cantidad de trigo cada año, que entregaba Felipe á un molinero para que le diese todos los dias un pan con que poder sustentar escasamente la vida. Y aunque los de la casa solian guardarle alguna parte de su comida, él sin embargo se bajaba al patio contento con su pan, al que añadia alguna aceituna ó bien algunas yerbas, y con agua pura que sacaba del pozo templaba un poco su sed; verificándose mas de una vez que por tres dias enteros se abstuvo enteramente de toda clase de alimento, por lo que parecia que superior á la naturaleza, ni el hambre ni la sed le molestaban. En su reducida habitacion, que se habia encargado de amueblar su voluntaria pobreza, no habia mas que algunos libros y una estrecha cama, y sin embargo parecia que respiraba

devocion y santidad. En ella, separado enteramente del trato de los hombres y entregado á la oracion, en la que pasaba las noches enteras, observaba en medio de Roma una vida de anacoreta.

Pero para que no pareciese que abusaba de la caridad de Galeoto, siendo como era sumamente agradecido, quiso dar con santa usura á su bienhechor una paga incomparablemente mayor que el favor que recibia. Para ello se encargó voluntariamente de la enseñanza de dos hijos que tenia aquel: conciliando así el no faltar á la gratitud hácia su bienhechor y agradar al mismo tiempo á su Dios poniendo á aquellos jóvenes en el camino de la virtud. Cuáles fuesen los adelantos que estos hicieron bajo la direccion de tan gran maestro fácilmente puede comprenderse como lo demostraron los resultados; baste decir que en breve llegaron á parecer Angeles mas bien que hombres, por el candor de su alma y la inocencia de sus costumbres. Estas fueron las afortunadas primicias que recogió el seglar y santo jóven, y los cuales sin duda alguna pueden llamarse los primogénitos entre tantos hijos

espirituales como tuvo despues en el discurso de su vida.

Animado del mismo santo fin de ser útil á los demás, juzgó Felipe que debia dedicarse á los estudios mayores de la filosofía y teología; pues que la virtud y bondad de la vida con el apoyo de las letras tuvo siempre mayor fuerza y atractivo para dirigir y ganar las almas á Jesucristo. Bajo la direccion pues de Alfonso Ferro y de César Jacomelli, que de la cátedra pasó á la silla episcopal de Belcastro en Calabria, hizo tales progresos en la filósofía, que se igualó á los primeros estudiantes que habia en Roma. Despues aprendió con los PP. Agustinos la sagrada teología, pero con tal profundidad, que en su vejez discurria en sutilísimas cuestiones como si acabase entonces de estudiarlas : cosa que admiraba aun á los mas célebres teólogos de aquella época, como fueron los PP. Fr. Ambrosio de Bañuelo, que despues fué obispo de Nardó, y Fr. Paulino Bernardini, del sagrado órden de Predicadores, los cuales se admiraban de oirle hablar con tanta facilidad. Sin embargo, como que siempre procuró ocultar

cuanto tenia en sí de bueno y de plausible, rara vez hablaba de materias escolásticas; y solo para conciliarse el afecto de sus hijos dedicados al estudio disertaba sobre ellas, juzgando que así promovia mas fácilmente la piedad cristiana; pero siempre habia de exigirlo la ocasion y la conveniencia, y aun entonces lo hacia con tanta solidez y naturalidad que Alejandro Sauli, obispo de Pavía y otro prelado muy docto hubieron de confesar que no era menos grande en las letras que en la santidad, no habiendo faltado quien juzgase infusa su ciencia, mas bien que adquirida. En la teología se confesó siempre discípulo de santo Tomás, cuya *Suma* no soltaba de sus manos, diciendo «que en la leccion de los libros de los demás Santos se encontraba el espíritu, pero que en la *Suma* de santo Tomás se encontraba lo florido del espíritu.» Fué muy versado en la sagrada Escritura, que no solo leia frecuentemente, sino que meditaba con detencion, penetrando en sus mas ocultos sentidos, por lo que con gran provecho de quien escuchaba se servia, segun las ocasiones, de las eficacísimas sentencias de

aquella. En su juventud no fué enteramente ajeno á la poesía tanto latina como vulgar, y en esta compuso escelentes versos, en los que siempre campeó no solo la modestia sino la piedad de quien hizo esclavas á las musas. Pero lo que mas admira es que estando dedicado al estudio, no abandonó ni un instante sus ejercicios de caridad y de devocion, antes bien frecuentaba entonces mas que nunca los hospitales de Roma, sirviendo con solícito amor á los pobres enfermos, é iba al átrio de las sagradas basílicas, para enseñar á los jóvenes pobres los rudimentos de la fe. Jamás la ocupacion de sus estudios le embargó el ejercicio de la voluntad; y en medio de las sutilezas escolásticas en que estaba embebido su entendimiento, sabia dar devoto pábulo á sus tiernos afectos, hasta el punto de observársele cuando estudiaba teología que no podia contener las lágrimas y los suspiros siempre que fijaba sus ojos en una imágen de Jesus crucificado que habia en el aula. Terminada la sagrada teología, en la cual habia hecho tan grandes progresos como hasta ahora hemos visto, le pareció oportuno, segun el consejo

del Apóstol, interrumpir todos los demás estudios para hacerse discípulo del Crucificado. Hízolo así con efecto, y despues de vender los libros, cuyo producto dió á los pobres, se entregó enteramente á la oracion pasándose en ella los dias enteros sin interrumpirla á veces en cuarenta horas seguidas, en las que desfallecia el santo jóven entre ardores seráficos; mas no pudiendo soportar la abundancia de gracias que Dios derramaba sobre él, se veia forzado á caer en tierra, y sintiéndose fuertemente abrasado en el sagrado fuego del amor divino, para templar tan fervoroso ardor le era preciso descubrirse el pecho, exhalar amorosos suspiros ó buscar á todo trance otro medio que pudiera en algun tanto aliviarle. Muchas veces el mismo fuego hacia correr de sus ojos dulcísimas lágrimas de devocion, que sin embargo de ser copiosas encendian mas bien que estinguian la ardiente llama del santo amor que le abrasaba el corazon. A la oracion, segun el consejo y práctica de todos los Santos de la Iglesia, unia la mortificacion del cuerpo: siendo muy cierto que cuando este se regala con delicias, ó se entorpece con ali-

mentos, abatiendo el alma con su peso, no permite que se eleve á Dios en la oracion; por cuya causa no solo lé negaba toda clase de recreo, aunque fuese honesto, sino que le afligia cotidianamente con disciplinas y le privaba aun del descanso necesario, dedicando al sueño poquísimas horas y esas no en otro lecho que sobre la desnuda tierra: castigando así cual otro Bautista la carne inocente que jamás se reveló contra el espíritu. Habiéndose retirado del trato de los hombres iba todas las noches á las catacumbas de S. Sebastian, y en ellas entre las sagradas cenizas de los invictos campeones de la fe que allí reposan, no solo conservaba, sino encendia mas y mas el fuego de su caridad. Cuáles y cuán ardientes fuesen sus oraciones, y cuántas las mortificaciones que se imponia en aquellas oscuras grutas, de todo punto nos son desconocidas; pero en cambio dia llegará en que las hagan públicas aquellos mismos restos, que fueron testigos de ellas, cuando unidos á sus gloriosas almas resuciten inmortales. Aunque por diez años su vida pasó desconocida, como sepultada en aquellos sepulcros triunfales, sin

embargo no era enteramente ignorada de los hombres; por lo que el P. Fr. Francisco Cardone de Camerino, entonces maestro de novicios en la Minerva, para animar á sus jóvenes á que abrazasen un método de vida estrecha y retirada, les proponia á Felipe por modelo, tanto mas eficaz cuanto que vivia aun, diciéndoles: «Felipe es un gran santo, y entre sus acciones heróicas se cuenta el haber vivido por diez años en Roma en el cementerio de Calisto.»

Pero no permitió la piedad de los fieles que quedase sepultado entre aquellas sombras el recuerdo de su detenida y santa permanencia en aquel sagrado lugar: y así es que en la célebre iglesia de S. Sebastian, ya citada, se vé la imágen del Santo de mano de un devoto pintor, con la siguiente inscripcion: *Cœcus hic loci squallor, et illustri Martyrum sanguine adhuc stillans, at S. Philippi Nerii longo decem annorum domicilio illustrior, quem dum ipse inhabitaret, adeo affluente de cœlo divinæ dulcedinis copiâ recreatus est, ut undique exuberante amoris vi, velut impotens superaffundentis se gaudii clamaret subinde*

peteretque, ut cessaret tantus lætitiæ æstus, quem mortalis angustiæ pectoris non caperent. Ne igitur inter hæc illustria martyrum monumenta tanti viri vetustas aboleret nomen, testatissimum hoc erga ipsum pietatis monumentum positum est anno Jubilæi MDCL.

Viendo lucifer aquella vida angelical y mas que humana, y temiendo que la llama que se fomentaba entre aquellas cenizas, y que cada vez tomaba mas incremento, comunicaria un dia á Roma su luz y sus celestiales ardores, y que saliendo de aquellas grutas para convertir almas el generoso leon, que lanzaba fuego de los ojos y llamas de la boca, le arrancase la presa que tenia encadenada en los lazos de la culpa; lleno de envidia y desden pensó, aunque en vano, aterrarle con sus amenazas, para impedirle que fuese á aquel lugar. Una noche, pues, cuando se aproximaba haciendo oracion á las catacumbas de S. Sebastian (pues los siervos de Dios, aun caminando por la tierra se elevan al cielo en alas de la oracion), se le presentaron tres demonios en horribles y espantosas figuras. Mas Felipe, como valiente soldado de Cristo, sin dar señales de

temor y despreciando aquellas sombras infernales, prosiguió su camino orando como acostumbraba; viendo lo cual los soberbios espíritus, perdida toda esperanza, desaparecieron avergonzados por su derrota: si bien no por esto dejaron de molestarle en lo sucesivo, aunque siempre salieron despreciados y vencidos. Hallábase en otra ocasion el Santo próximo á las Termas de Diocleciano yendo á visitar la iglesia de santa María de los Angeles, y alzando sus ojos vió sobre una de aquellas antiguas paredes un demonio, que cual otro Protéo mudaba de forma y figura, apareciendo ya jóven, ya anciano, bajo el aspecto de una mentida belleza, ó bajo el de bruto. Conociendo Felipe que aquel espíritu maligno queria burlarle, invocó el auxilio divino y le mandó que al punto desapareciese; á cuyo mandato no pudiendo resistir, huyó dejando infestado el aire de un hedor infernal; lo que se verificó otras muchas veces, tratando el demonio de mortificarle aunque fuese ligeramente. Habiendo el Santo mandado al P. Juan Antonio Lucci, que conjuraba á una endemoniada, que para mayor desprecio diese de latigazos al

demonio, este para vengarse de la injuria, como padre que es de la soberbia, se apareció la noche siguiente á Felipe bajo una forma horrible; pero al fin viéndose obligado á huir, lanzó de su asquerosa boca un hedor intolerable, que por mucho tiempo duró en el cuarto. Este irresistible olor era las mas véces como el del azufre, y en algunas ocasiones no solo lo percibia el Santo, sino los demás que entraban allí. Sin embargo, de él se servia Felipe como de una arma contra el demonio mismo; pues habiendo puesto una mañana la mano, segun suelen los sacerdotes, sobre una energúmena, le quedó impregnada de un olor tan repugnante y fuerte, que por mas que se la lavó con jabon y otras pastas olorosas, le duró por muchos dias; y el Santo á propósito acercaba su mano á la nariz de los penitentes, para que por aquel hedor aborreciesen el pecado, y les recordase que entre las demás penas está reservada en el infierno tan horrible corrupcion. Otros muchos insultos y molestias recibió Felipe de los espíritus malignos en el discurso de su vida; quedando siempre victorioso de todos ellos: parte de los

cuales referirémos pronto, omitiendo los demás en obsequio de la brevedad.

CAPÍTULO III.

Mientras pedia Felipe al divino Paráclito que le comunicase sus dones, vé un globo de fuego que dirigiéndose á su boca se abre camino hasta el pecho: rómpensele dos costillas, y empiézale con maravilloso movimiento á palpitar el corazon.

Llegado ya Felipe á la edad de 29 años, y habiendo perseverado, como hemos visto, en una vida celestial mas bien que terrena, todo su anhelo consistia en avanzar mas y mas en la perfeccion y gracia de su Dios. Aproximábase, pues, la pascua de Pentecostes, y con humildes y vehementes ruegos suplicó al divino Espíritu (de quien era tan devoto que, siempre que se lo permitia la rúbrica, decia en la misa á honra suya la oracion *Deus, cui omne cor patet*, etc.), que se dignase concederle sus dones; cuando hé aquí que vió un globo de brillante fuego, el cual llegando á sus labios, fué á depositarse en su pecho, co-

mo morada y templo del Espíritu Santo. Cuál fuese el ardor que sintió entonces su corazon y cuál el amoroso incendio què dichosamente abrasó su alma, solo él podria decirlo; lo cierto es que apenas henchido de aquel ígneo y celestial globo, se vió en la necesidad de arrojarse en el suelo, y desabrochándose los vestidos, buscar algun lenitivo á su dulce ardor; pero en vano, pues que mal puede el aura esterior y terrenal templar los interiores y celestiales fuegos. Desmayábase por tanto en aquel incendio, y no pudiendo sufrirle, paréceme que diria quejándose dulcemente con Jeremías: *Factus est in corde meo quasi ignis excæstuans claususque in ossibus meis, et defeci ferre non sustinens;* pero al fin dándole alguna tregua, se sintió sorprendido al cabo de algun tiempo de una súbita alegría, y conociendo què el santo amor le habia dirigido aquel golpe, llevó su mano al costado izquierdo para cerciorarse acaso de si estaba herido. Mas como las heridas de amor aunque penetran hasta el corazon, no dejan llaga ni cicatriz, en vez de herida notó un gran tumor en aquella parte del pecho que cubre el corazon.

La causa de este tumor no se conoció hasta que murió el Santo, pues abriéndole entonces pudieron ver los médicos rotas y enteramente encorvadas dos costillas, que en los cincuenta años que estuvieron en tal estado jamás se juntaron, y lo que es aun mas maravilloso, que ni cuando se le rompieron ni despues le causaron dolor alguno, antes bien fué disposicion divina; porque como afirmaron Andrés Cesalpino, Angel Vittori y otros médicos esperimentados, hubiera sido muy dañoso para el Santo que el corazon no hubiese tenido lugar suficiente para palpitar con la violencia que lo hacia desde que recibió este favor divino y aspirar con mas facilidad el aire que necesitaba para templar su ardor. Y esto es tan cierto, que no solo se le abrasaba el pecho sino todo el cuerpo, de tal modo que ni las manos, ni aun sus fauces siempre secas y como abrasadas, perdian algo de su ardor ni por la edad avanzada, ni por el vigor de las estaciones, ni por la flaqueza causada por la penitencia. De aquí es que aun en la vejez se veia obligado en la mitad del invierno á desnudarse el pecho, abrir la puerta y la ventana

de su cuarto, quitar la ropa de su cama, y, en mejores términos, á procurar respirar un aire mas fresco. Esta fué la razon de que habiendo mandado el sumo Pontífice Gregorio XIII que los confesores asistiesen con roquete al tribunal de la Penitencia, Felipe se le presentase, no sé para qué negocio con todo el vestido desabrochado; de lo que admirándose el Papa le preguntó el motivo, y el santo anciano le contestó con la sumision y gracia que acostumbraba: «Yo no puedo tener abotonada ni aun la almilla, y vuestra Santidad quiere que tenga además el roquete.» Pero así como aquel incendio en un viejo era superior á las leyes de la naturaleza, siendo la vejez el horrible invierno del pequeño mundo del hombre, el Papa le esceptuó de la órden promulgada, diciendole: «No querémos hacer estensiva á vos nuestra órden: id, pues, como querais.»

Habiendo nevado un dia en Roma con mucha abundancia por lo que ateridos de frio algunos de sus penitentes que iban con él, no se atrevian á andar mas por la ciudad, el Santo, que llevaba suelta la ropa, se reia de ellos diciendo, que era vergonzoso que los

jóvenes sintiesen frio y los viejos nó : y tenia razon; porque bajo el hielo de su ancianidad escondia un Etna de ardores celestiales. Sus manos quemaban como si estuviese poseido de una fiebre ardorosa, segun afirman el cardenal Pedro Pablo Crescencio y el presbítero Jaime su hermano, ambos amados hijos suyos. Parecia que esta envidiable fiebre tuviese sus creces, porque el santo anciano se sentia mas encendido cuando se entregaba á la oracion ú otro ejercicio devoto. Además, segun la Bula de su canonizacion, aquel fuego interior, redundando con frecuencia en el cuerpo hacia que su rostro y particularmente los ojos tuviesen un celestial brillo: *Internus ille ignis*, dice la citada Bula, *nonnumquam redundaret in corpus, et facies, atque oculi scintillulis micarent*.

No fué este estraordinario y celestial ardor el solo efecto que le produjo el globo de fuego; tambien la palpitacion maravillosa de su corazon tuvo su origen en la misma causa; pues desde el punto que le recibió, á pesar de ser como era de temperamento alegre, como limpio de todo humor hipocondriaco, sano y nada

viciado, sin embargo empezó á palpitarle el corazon con estraños movimientos que le duraron ya toda la vida: siendo lo mas admirable que sentia solo aquellos movimientos cuando se entregaba á cualquier acto espiritual, como cuando ofrecia al Eterno Padre la víctima incruenta de su divino Hijo, cuando administraba á los fieles el pan de los Angeles, cuando absolvia en el tribunal de la Penitencia, ó bien cuando contemplaba y hablaba de las cosas de Dios; y era entonces tan violenta aquella agitacion, que parecia que el corazon queria salirse del pecho para unirse con su Señor. Sus mismos hijos espirituales afirmaban que cuando se aproximaban á su pecho, era tan grande el movimiento de aquel bendito corazon, que sentian en su propia cabeza los latidos, como si fuera sacudida de un fuerte golpe; y Francisco María Tarugi en una carta escrita desde Roma á Julio Ram•en Nápoles, que se conserva en el archivo de aquella Congregacion, escrita á 24 de enero de 1586, dice así: «Tiene una palpitacion de corazon »que se siente como si con un martillo se le »golpease el pecho; soliendo lanzar aquel lla-

»mas é incendio tal que le reseca las fauces, »como si las abrasára un vivo fuego.» Pero si fué feliz el apóstol S. Juan cuando tuvo la suerte de reclinar su cabeza en el pecho del Redentor, porque gustó dulzuras celestiales y su virginal pureza recibió con aquel contacto un incremento notable; felices fueron tambien en su tanto los hijos de S. Felipe, á quienes fué concedido apoyar su cabeza en su noble pecho, morada elegida de Dios, pues en aquel momento esperimentaba su espíritu un consuelo y contento inefables, y su pureza vacilante se fortificaba con aquellos golpes prodigiosos, estinguiéndose la llama de la lujuria con la proximidad de un fuego mas noble y poderoso. Asi lo dice exactamente Tiberio Ricciardelli, canónigo de S. Pedro, con las siguientes palabras: «En el tiempo en que yo »servia al Padre me asaltó una tentacion im»pura, y despues que la comuniqué con él me »dijo: Tiberio, vén aquí, recuéstate en mi »pecho; y oprimiéndome contra él no solo me »ví libre de aquella tentacion, sino que jamás »volví á sentir otra semejante; aumentándose »tanto en mí el buen espíritu, que no queria

»hacer otra cosa que oracion.» Lo mismo sucedio á Marcelo Vitelleschi, canónigo de Santa María la Mayor, como él mismo confesó. Mas no solo el espíritu de sus penitentes se libraba con aquel contacto de los males de la lujuria y recibia la gracia de adelantar en la virtud, sino que muchísimos acercándose á aquel santo pecho se veian libres de los males del cuerpo, y la vida temporal recibia notable provecho recobrando una perfecta salud. El abate Marco Antonio Maffa, mas adelante citado, puede ser buen testigo de ello; porque en el año 1590, cuando la crecida del Tíber inundó á Roma, causando con sus estancadas aguas enfermedades gravísimas y contagiosas, curó de la fiebre, que acompañada de un fuerte dolor de cabeza le molestaba, y tanto mas cuanto que ni aun los médicos mas afamados habian podido proporcionarle ningun alivio á pesar de las infinitas medicinas que le administraron. Súpolo Felipe, y yendo al punto á visitarle, enternecido al verle tan malo y dolorido, acercó su pecho á la cabeza del enfermo, con lo que este encontró un remedio instantáneo; desapareciendo al punto la fiebre y el dolor de ca-

beza con admiracion de todos. Pero mas de peligro que Massa estaba Fabio Orsini, sobrino de Julia Orsini, marquesa Rangona: pues sobreviniéndole unas viruelas á mas de la calentura, desahuciado de los médicos recibió la santa Uncion; y habiendo perdido el conocimiento y el uso de la lengua, se le daba ya por muerto, cuando quiso Dios que en aquel seno abrasado de amor encontrase fácil y pronto remedio de mal tan desesperado. Habia dicho él á su tia la marquesa que tenia gran fe en el P. Felipe; por lo que viendo aquella que la medicina no tenia para él remedios tan eficaces que pudieran conservarle la vida, y siéndole bien conocida la virtud de Felipe, le mandó á llamar. Vino en efecto el que no sabia negar, particularmente á los enfermos, el gran consuelo de su presencia; y llegándose al lecho del doliente acercó su pecho á aquella cabeza ardorosa, lo que bastó para que, huyendo la muerte, le quedase libre el uso de la lengua, en términos que volviéndose al Santo le dijo: «¿Quién sois vos?» Contestóle aquel: «Soy Felipe;» y preguntándole acto continuo en qué parte sentia el mal, á lo que respondió

tacion era sobrenatural, por lo que escribieron mucho de ella, como de cosa desconocida. Pero el Santo, como quien mejor comprendia el orígen, decia cuando mas agitado se encontraba: *Vulneratus charitate sum ego*; y no pudiendo sostenerse en pié se veia obligado algunas veces á echarse en su reducido lecho, en donde para encubrir artificiosamente los favores que habia recibido, repetia continuamente: *Amore langueo, amore langueo.* Y hablaba en verdad; pues eran á veces tan vehementes los afectos de devocion que inundaban su alma, y tan abundantes los divinos favores que recibia, que no tenia ya fuerza para resistirlos en términos que viéndose particularmente cierto dia próximo á morir de pura dulzura tuvo precision de esclamar: «Basta Dios mio, basta: no puedo mas, Señor, que ya mi vida sucumbe.» Templó Dios poco á poco desde este punto aquella sensible devocion para que no se debilitase mas el cuerpo, pues que le habia destinado á una dilatada vejez para honra suya y beneficio del mundo. Pero conociendo el favor que el cielo le dispensaba en concederle larga vida para que con mayores

méritos alcanzase mayor gloria, se creia mas obligado á humillarse diciendo en sus postreros años «que entonces habia tenido mas espíritu que cuando era jóven;» y considerándose otras veces como un prisionero cogido en la dulce y afortunada red del amor, desahogaba su corazon con estos tiernos versos:

Decidme si sabeis cómo hecha ha sido
La red de amor que á tantos ha prendido.

CAPÍTULO IV.

Instituye en union del P. Persiano Rosa su confesor la Cofradía de *la santísima Trinidad* para refugio de los peregrinos y consuelo de los convalecientes.

Fecunda por demás la caridad cristiana, no es decible las ingeniosas invenciones que sugiere á sus adictos para poder socorrer á todos los menesterosos. Por esta razon no pudiendo ver con indiferencia el compasivo Felipe que los innumerables peregrinos que de remotas tierras venian por devocion á la Ciudad santa, particularmente en el año del Jubileo,

para participar del gran tesoro que la Iglesia como Madre piadosa ofrece á sus hijos, á fin de que á su vez lo ofrezcan al Altísimo en pago de sus culpas; no tenian dònde descansar por la noche de los trabajos de su penoso viaje y que fatigados y miserables no hallaban quien les diese un ligero alimento para recobrar sus fuerzas; discurria los medios de satisfacer los deseos de su piadoso corazon; y aunque él era seglar y no tenia recursos con que poder socorrerlos oportunamente, sin embargo su caridad le impulsó á emprender una obra que los mas poderosos no se hubieran atrevido ni aun á pensar en ella. Con animo generoso se resolvió á formar una asociacion dedicada esclusivamente á recibir y servir á los pobres peregrinos que llegan á Roma para visitar los sagrados lugares. Pero antes de poner mano á la obra, como cosa de tanta importancia, quiso consultarla con el P. Persiano Rosa, hombre de esclarecida virtud y vida ejemplar y á quien había elegido Felipe por confesor. Comunicóle pues su pensamiento y no solo tuvo la satisfaccion de que fuese aprobado, sino de que el mismo P. Rosa le ayudase á

llevarlo á cabo; logrando que el 16 de agosto de 1548 quedase constituida la Cofradía de *la Santísima Trinidad de los peregrinos* en la iglesia de S. Salvador en el Campo.

Pocos fueron los que en un principio contribuyeron á tan grande obra, pues no pasaron de quince; pero la caridad y el espíritu que los animaban equivalian á las fuerzas de muchos: siendo todos discípulos de Felipe á quien amaban y reverenciaban como á Padre. A mas de frecuentar en aquella iglesia los divinos Sacramentos y de entregarse á la continua oracion y meditacion, se entretenian en suavísimos coloquios de cosas celestiales, y se estimulaban unos á otros no menos con las palabras que con el ejemplo. En la primera dominica de cada mes y en los dias de la Semana santa se manifestaba al divino Sacramento, y se hacia la oracion de las Cuarenta horas, en las que Felipe, aunque todavía seglar, hacia con frecuencia algunos razonamientos espirituales, y á veces á cualquiera hora así del dia como de la noche, pero tan eficaces por el ardor del espíritu, que movian admirablemente á los oyentes á abrazar la

virtud y el ejercicio de las obras de piedad, atrayendo al camino de los preceptos divinos á los hombres de costumbre relajadas, y no dejando por enternecer á un solo corazon, siquiera fuese de los mas empedernidos. Así fué cómo con un sermon que pronunció en cierta ocasion, logró que unos treinta jóvenes depravados y profundamente encenagados en los placeres sensuales se convirtieran á Dios, y con casto amor trasladáran su afecto de las criaturas al Criador, y del vicio á la virtud. Muchas veces sucedió que algunos llevados mas de la novedad de ver predicar á un seglar que del deseo de oir la palabra de Dios, se dirigian á aquella iglesia para reirse y mofarse de él; pero conmovidos despues por la gravedad y eficacia de sus palabras, dejando á un lado las burlas y las risas, se volvian al concluirse el sermon muy diferentes de lo que habian venido. Por lo que muchos de los que le escuchaban testificaban que podia conocerse fácilmente la santidad de Felipe y el celo que tenia por la salud de las almas, por el modo con que hablaba. Entre tanto, y mientras duraba aquella devota esposicion, como olvidado

de sí mismo y de las funciones necesarias para el sustento de la vida, no se separaba él digamoslo así de la iglesia, pasando las noches enteras en oracion. Estábale encomendado el avisar á los compañeros que debian orar por turno delante de la majestad de Jesus sacramentado; por lo cual terminada la hora, hacia la señal con una campanilla, y añadia con su eficaz voz las siguientes palabras: «Ea, hermanos, la hora ha concluido, mas no ha concluido sin embargo el tiempo de hacer bien:» estimulándolos de este modo á proseguir sus oraciones, y á prolongar los devotos obsequios al Señor, aunque hubiese terminado el tiempo que les tocaba por turno.

Estos eran los ejercicios con que procuraba Felipe la propia santificacion, y el provecho de aquellos primeros hermanos de la Cofradía. En cuanto al servicio y alimento de los peregrinos, en cuyo beneficio habia fundado la misma, no habiéndose aun destinado lugar para recibirlos, tomaron arrendada una casa, en la que admitian á los que no tenian alojamiento, administrándoles con alegre rostro y con ánimo pronto y compasivo cuanta comida

necesitaban. Pero aquella casa era demasiado estrecha para tanta gente como acudia á Roma, y el generoso corazon de Felipe y sus compañeros no se contentaba con recibir á los pocos que en ella cabian, así que buscaron y arrendaron igualmente otra casa capaz para todos los peregrinos. En ella bajo la direccion de Felipe, que como jefe presidia la grande obra, todos se ocupaban de dia y de noche en el servicio de aquellos. Unos tenian el encargo de recibirlos con alegre rostro y con palabras dulces y amorosas; otros el de lavarles humildemente los piés con agua templada, estos tenian la incumbencia de preparar en sus casas las comidas, aquellos ponian las mesas, quien llevaba las viandas, quien arreglaba las camas, quien limpiaba las habitaciones: en una palabra, cada uno tenia su oficio que desempeñaba con toda diligencia y caridad, mostrando de este modo que con los ojos de la fe reconocian en aquellos pobres peregrinos á Jesucristo Rey de reyes, al cual mas que á los pobres prestaban aquellos obsequiosos servicios. Y para que el alma participase tambien de ellos, instruian á los ig-

norantes en los misterios y preceptos que necesita saber un cristiano, y los inflamaban mas y mas en el amor de la virtud y de la perfeccion. Empero no es maravilla que tanto hiciesen aquellos primeros hermanos de tan célebre Cofradía siendo como eran tan avanzados en la virtud y caridad. Uno de ellos llegó á estar tan iluminado por Dios, que pudo entre las oscuras tinieblas del porvenir conocer el dia y hora de su muerte; por lo que habiendo llamado á su hermana, le dijo: «que escribiese que el viernes á tal hora moriria,» y en efecto se cumplió su pronóstico, reposando á aquella misma hora en el Señor. El mismo santo Padre contaba que hasta el cocinero de aquella casa tenia tal esperiencia de las cosas espirituales y habia adquirido tal familiaridad con Dios, que muchas veces en lo mas avanzado de la noche, saliendo al raso para poder ver libremente el aspecto de las estrellas, y fijando sus ojos en el cielo, se arrobaba en la contemplacion de la gloria con maravillosa dulzura de su espíritu.

Habiéndose divulgado la noticia de la introduccion de obra tan caritativa, no solo en la

ciudad de Roma, sino por todo el mundo católico, todos la admiraron, y muchos corrieron á inscribirse en está nueva Cofradía tanto para participar de su mérito, como para ejercitarse en oficios de tan cristiana piedad. En muchas ciudades de Italia se fundaron, á ejemplo de la de Roma, *las* asociaciones Cofradías de los peregrinos bajo la misma advocacion de *la* santísima Trinidad. Pero no contenta la caridad de Felipe y sus compañeros con haber provisto á las necesidades de los peregrinos, tendiendo una mirada á los pobres convalecientes que licenciados de los hospitales y llenos de necesidad no tenian con que poder recobrar las fuerzas perdidas, ni lugar donde cobijarse, por lo que solian recaer de un modo peor; juzgaron que á toda costa debian acudir á tan urgente y lastimosa calamidad. En su consecuencia establecieron que la misma casa preparada para los peregrinos tuviese puerta franca para los pobres enfermos que salian convalecientes de los hospitales, á fin de que en ella fuesen asistidos hasta que se restableciera su salud.

Entre tanto tomando mayor incremento la

obra introducida y bendiciéndola Dios, progresó tan notablemente que hubo necesidad de trasladarla desde la iglesia de S. Salvador en el Campo á la de S. Benito, sita en el mismo distrito de la Regla, en donde se edificó despues la nueva y notable iglesia de la santísima Trinidad que se llama de Puente Sisto. Pero mucho mas que la fábrica material del templo creció el edificio espiritual de aquella ejemplar Asociacion, pues llegó á ser tal el número de personas piadosas, hasta principales, que quisieron agregarse á ella, y á verse tan enriquecida con las ofrendas de los fieles, cada vez mas edificados á vista de las obras de caridad que en ella se hacian, que pudo despues estender mas y mas los brazos de su piedad, admitiendo en los Jubileos siguientes un número de peregrinos incomparablemente mayor. En el año 1600 se contaron doscientos setenta mil peregrinos, á quienes se atendió con piadosa abundancia, y en cuyo servicio no solo se emplearon hombres y mujeres principales y primeros Prelados de la córte, sirviendo los hombres á los hombres, y respectivamente las mujeres á las mujeres;

sino que tambien muchìsimos Cardenales, y aun el mismo Clemente VIII, reinante á la sazon, asistió allí con frecuencia, y siguiendo el ejemplo de Jesucristo, cuyas veces hacia en la tierra, les lavaba los piés, bendecia su mesa, y hacia oficios de caridad sublime. No menor fué el número de peregrinos que encontraron piadosa acogida en los Jubileos siguientes, ni menor el ejemplo que entonces dieron los sucesores de Clemente, esto es, Urbano VIII, Inocencio X y Clemente X, con asombro y edificacion del cristianismo y confusion de la heregía, la que en vez de blasfemar, segun costumbre, de todas las prácticas cristianas, se vió obligada á su pesar á celebrar actos tan virtuosos, y á admirarse á vista de ejemplos de humildad tan heróicos, viendo á los piés de pobres descalzos postrada la majestad del romano Pontífice, Jefe supremo de la Iglesia. Notable por mas de un concepto fué la conversion de un predicante luterano, de nacion Polaco, maestro obstinadísimo en sus errores por espacio de veinte y tres años, y el cual vino á Roma en 1575, para ver, como él decia, la *Babilonia romana*

en este año de confusion. Hospedóse en traje de peregrino en la casa de estos, y viendo al cardenal de Médicis lavarle los piés, no pudo menos de enternecerse, admirado de la humildad de tan gran príncipe. Observó asimismo el fervor y devocion con que el Pontífice Gregorio XIII ejercitaba allí semejantes ministerios; y no pudiendo ya contenerse, cuando despues halló al Papa en la iglesia de S. Pedro, y capilla de S. Sisto, rompiendo por entre los soldados de la guardia pontifical, se fué á arrojar á los piés del sumo Pastor, derramando copiosas lágrimas. Creyó el Pontífice que queria confesar secretamente sus culpas, y mandó apartar la gente; pero el condolido hereje, levantando la voz dijo exhalando un profundo suspiro: «Beatísimo Padre: yo deseo declarar á todos mis culpas y hacer de ellas pública penitencia; por espacio de veinte y tres años he sido ministro de Satanás, y ahora quiero ser siervo de Jesucristo y humilde discípulo de la Iglesia.»

Oyóle el Pontífice con benignidad, y cometió la absolucion de la herejía á dos Cardenales, en cuya presencia detestó el delin-

cuente sus antiguos yerros, y con profundísimas demostraciones de humildad cristiana y amargas lágrimas recibió despues los santos Sacramentos. De allí á poco enfermó y fué llevado al hospital de Santo Espíritu, en donde le asistieron con mucha caridad; y no cesando él de dar continuas gracias á Dios por haberlo puesto en estado de salvacion, espiró felizmente. Refirióse el suceso al Pontífice, y levantando los ojos al cielo esclamó: «¡Oh »altitud de las riquezas de la sabiduría y cien»cia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus »juicios! Muchos pecadores para hacer digna »penitencia se encierran en los monasterios ó »se retiran á los desiertos; y este hombre »siendo pecador tan grande, en tres dias con»siguió el Paraiso con su vehemente contri»cion!»

Deseando, pues, esta ilustre Archicofradía de la santísima Trinidad que permaneciese siempre viva la memoria de los nobles sentimientos, piadosos fines y heróicas acciones de Felipe al fundarla, colocó en la fachada principal del refectorio grande de los peregrinos un busto de bronce que re-

presentaba al Santo, con esta inscripcion en la base:

S. PHILIPPO NERIO

CUJUS CONSILIO, ATQUE OPERA
ARCHICONFRAT. SANCTISS. TRINITATIS
INSTITUTA EST.

Del mismo modo en el lavatorio al pié de la imágen del mismo Santo se leen estas palabras:

PROTEGE VINEAM ISTAM
QUAM PLANTAVIT
DEXTERA TUA.

Y finalmente en otra habitacion de que se sirve la Archicofradía para refectorio en la Semana santa, se le erigió un altar, por cuya razon se denomina aquel lugar el refectorio de S. Felipe.

CAPÍTULO V.

No contento Felipe con la santificacion propia, sino anhelando por la salud del prógimo, se dedica á la conversion de las almas, y al efecto le manda su confesor que ascienda al sacerdocio.

Observando Felipe en Roma el tenor de vida referido, vivia en ella como en un desierto, separado enteramente del comercio del mundo, y atendiendo solo al espíritu y la virtud. Sintióse despues impulsado interiormente por esta á convertir las almas; porque Diós cuando colma de dones y gracias celestiales á un alma, suele servirse de ella para comunicar á las demás la luz de su conocimiento y el ardiente deseo de adquirir las virtudes. Aquellas llamas que el Santo habia alimentado maravillosamente en las catacumbas de S. Sebastian no podian seguir sofocadas en tan profundas grutas, así como tampoco convenia al esplendor de sus virtudes permanecer oculto por mas tiempo entre las sagradas cenizas de tan lóbregos cementerios.

Habiendo pues abandonado la soledad esterior (pues de la interior fué siempre solícito

custodió), y las dulzuras que habia gustado en ella, se transformó de ermitaño en apóstol. Frecuenta los sitios más concurridos : se mezcla en las reuniones y conversaciones de los jóvenes olvidados de su salud eterna, para sacarlos del profundo abismo de la disolucion y convertirlos á Jesucristo : pasea las plazas públicas, entra en los talleres, tiendas y escuelas, vá á los bancos de comercio, y con su natural atractivo gana todos los corazones. Despues empieza á razonar de asuntos concernientes al alma, y con la fuerza y energía que le presta su fervor, hace conversiones admirables, cambiando los lobos en corderos, y las aves de rapiña en sencillas y cándidas palomas.

Así se verificó con un cajero de uno de los bancos de Roma, que dedicado á la usura y encenagado en torpezas sensuales se habia reducido á tan lastimoso estado que le negó con justicia la absolucion un Padre de la Compañía de Jesus; y lo que era todavía peor, no tenia suficiente valor para desprenderse de las cadenas de la envejecida costumbre, aunque por otra parte no dejaba de sentir algun

horror á la culpa y como cierta compuncion. Ganóle Felipe la voluntad con su natural dulzura, y entablando largas conversaciones sobre cosas espirituales, procuró hacerle conocer el estado miserable en que se hallaba, prometiéndole por último con la fuerza de sus oraciones romper los lazos que le sujetaban: » Id, le dijo, que quiero rogar á Dios por vos; y rogaré tanto, que sin mas dificultades podreis salir de esa miserable situacion. » Y en efecto, animado con el favor de la gracia pudo, huyendo de la torpeza y de la usura, recibir la absolucion de sus culpas; y poniéndose despues bajo la direccion del Santo, llegó á ser tan otro del que era, que edificó á cuantos le conocian.

A esta manera inumerables son los que arrastrados por la fuerza de sus dulces palabras se unieron al rebaño de Jesucristo, abandonando el mundo y sus falsos placeres. Entre los principales se cuentan Enrique Pietra, natural de Plasencia en Lombardía, y Teseo Raspa, ambos mercaderes, los cuales abandonando el tráfico terreno no quisieron otra herencia que la de Dios, abrazando el estado

sacerdotal, y retirándose á vivir á S. Gerónimo de la Caridad, en donde terminaron cristianamente sus dias, habiendo cooperado el primero al aumento de la Congregacion de la *Doctrina cristiana*. A estos se unió Juan Manzoli, que, aunque permaneció en el estado de seglar, no fué por esto menos virtuoso y desinteresado.

Envidioso el demonio del fruto que recógia Felipe siendo seglar aun, inspiró á algunos malvados el intento de perderle, pero quedó burlado y confundido, porque fueron tan eficaces las palabras con que Felipe describió lo monstruoso del vicio y la belleza de la virtud, que los que habian ido para pervertirle quedaron convertidos por la eficacia de sus exhortaciones. No es pues de admirar que siendo su voz tan poderosa se llenasen las sagradas Religiones de jóvenes que, despreciando las comodidades de la casa paterna por asegurar su salvacion, se retiraban al claustro como á seguro puerto. Por esta razon el Patriarca san Ignacio le llamó con justicia *Campana*, que llamando á los demás á la iglesia se queda immóvil en el campanario: pues que, perma-

naciendo él en el siglo, consiguió con sus exhortaciones que tantos y tantos entrasen en las Religiones. Y tan cierto era esto, que el mismo Santo, á quien era bien conocida la virtud de Felipe, procuró hacerle entrar en su Compañía, diciendo «que si él tuviera por compañero á Felipe se atrevia á convertir á todo el mundo»: así dice haberlo visto en las historias de la Compañía el P. Jacobo Lubrano, célebre orador, y conocido por su elevado ingenio y doctrina, quien lo refirió en la vigilia del Santo, despues de haber pronunciado en su honor un famoso panegírico en la iglesia del Oratorio de Nápoles el año 1677, á la santa memoria de monseñor Cavallo, obispo de Caserta, notable no menos por su gran virtud que por su elocuencia, el cual el dia siguiente debia tambien predicar otro panegírico en honor del mismo Santo. Le dijo asimismo que se habia abstenido de referirlo en su panegírico, porque le habia parecido que esto redundaba en alabanza de su Padre S. Ignacio, cuya eminente santidad era tan estimada de Felipe, que encontrando un dia en Roma á dos Padres de la Compañía, preguntándoles si eran hijos

de Ignacio, y respondiéndole que sí: «Sois, dijo, hijos de un gran Padre: yo le estoy muy obligado, porque me ha enseñado á hacer oracion mental:» en cuyo dicho se manifiesta la profunda humildad de Felipe, profesor y maestro de oracion, y que en aquel tiempo habia recibido la plenitud de los dones del Espíritu Santo con la admirable fractura de dos costillas del lado del corazon. A mas de esto, leyendo despues de la muerte del santo Patriarca su vida ya impresa dijo «que de sus virtudes y gloriosas acciones no se habia escrito ni una mitad». Pero Dios, que habia destinado á Felipe para padre de tantos hijos y fundador de un Instituto nuevo no le dió inclinacion para abrazar, segun las insinuaciones de Ignacio, su Instituto, aunque le consideraba muy santo, como lo indicó, siendo el primero que trabajó para que entrasen italianos en la Compañía.

Observóse que aquellos que despreciando las amonestaciones de Felipe no trataban de mudar de vida; en breve recibian el castigo merecido por su dureza. Así sucedió á uno que aunque filósofo de profesion, era de cos-

tumbres contrarias á lo que enseña la filosofía; pues que reprendiéndole el Santo un grave crímen que habia cometido, despreciando con soberbia arrogancia la saludable correccion, fué cruélmente asesinado apenas se habia separado de él. A semejanza de este fué sentenciado á galeras otro que despreciando sus reiterados ruegos no quiso de modo alguno mudar de vida; y prendiéndole por sus crímenes ocho dias despues que le habló Felipe, fué condenado á muerte, cuya pena, merced á los influjos que tuvo, fué conmutada en la prolongada y penosa de galeras.

Al celo que tenia Felipe por la salud de las almas por todos los hombres, juntó el cuidado de auxiliarlos en cuanto al cuerpo; pues además de haber dado principio á la Cofradía de la Santísima Trinidad, como se ha dicho, asistia con frecuencia á los hospitales para servir á los pobres enfermos, arreglándoles la cama, limpiándolo todo, sirviéndoles la comida y finalmente empleándose para su comodidad en los oficios mas viles. Cuánta edificacion causó á todos este ejemplar ejercicio, lo demostró el éxito; pues tanto eclesiásticos como seglares

empezaron á frecuentar los hospitales, que antes les causaban harta repugnancia; por lo que los mismos enfermos viendo que les suplicaban que se dejasen servir creian que los burlaban. Cuando Felipe tuvo muchos hijos espirituales los enviaba por tandas al hospital.

El ejemplo de Felipe estimuló á Camilo de Lelis, insigne por sus virtudes y su hijo espiritual, á fundar la nunca bien alabada Religion de los Padres Ministros de los enfermos, dedicada esclusivamente al servicio de los pobres moribundos, y en la que no tienen estos fervorosos Padres un momento de que disponer; pues aun mas de noche que de dia, siempre tienen qué estar prontos á ejercitar su caritativo ministerio do quiera que la necesidad los llame. Y bien puede creerse que los acompañan los Angeles del paraiso; pues el mismo Felipe como testigo ocular dice, que los Angeles dictaron una vez las palabras que habian de pronunciar dos de ellos cuando encomendaban el alma á un moribundo.

Confesábase Felipe con el P. Persiano Rosa, sacerdote de gran virtud, que habitaba en san Gerónimo de la Caridad; y como Dios quer-

servirse de Felipe para la conversion de las almas, cuya mision no podia llenar cumplidamente en él estado de lego, inspiró á este buen sacerdote el que le mandase aspirar al sacerdocio, y que despues tomase el cargo de confesar. No es fácil concebir la sorpresa que causó á Felipe una intimacion tan imprevista, y lo mucho que se opuso á su humildad el pretender una dignidad tan elevada. Rogó, dijo, exageró cuanto pudo su inutilidad é insuficiencia; pero insistiendo Rosa en su intento, fué preciso que la humildad de Felipe cediese á la obediencia debida al confesor. En su consecuencia el año de 1551, teniendo el 36 de edad, tomó Felipe la primera tonsura en el mes de marzo, y las cuatro órdenes menores; despues sucesivamente el subdiaconado, el diaconado y finalmente á 23 de mayo del mismo año fué consagrado Sacerdote.

Son indecibles los sentimientos y afectos que esperimentaba en la celebracion del divino Sacrificio. De tal modo se enfervorizaba cuando decia misa, que en el punto en que otros necesitan recogerse en santas meditaciones si han de tener alguna devocion, él nece-

sitaba distraerse para no ser arrebatado del mundo á impulsos del espíritu y concluir de este modo el sacrificio comenzado. Confesó él mismo al P. Pedro Consolino, que si no se hubiera distraido antes con hacer que le leyeran libros indiferentes, de ningun modo hubiera podido decir misa. Pero ni aun esto era suficiente; pues que muchas veces se vió obligado á hacer una larga pausa para recobrarse del desfallecimiento que le causaba el amor de su Dios, con quien debia unirse tan estrechamente en aquella sagrada funcion. Al acercarse al Ofertorio era tan grande la dulzura divina que sentia su corazon, que su cuerpo mismo manifestaba con su agitacion el júbilo interior que gozaba el alma, pudiendo decir con el Profeta: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum.* Agitábase entonces mas su cuerpo, por lo que hacia estremecer la tarima del altar; y muchas veces cuando decia misa en la capilla privada retemblaba toda la estancia. Trataba él de reprimir cuanto le era posible aquellos ímpetus amorosos, volviéndose tan pronto al lado derecho como al izquierdo, hiriendo la tierra con el pié, ó ras-

cándose fuertemente la cabeza, ó bien diciendo al ministro «espanta aquellos perros, despide á esos pobres;» pero todo esto no bastaba, pues que era tal su temblor, que llegando á una dichosa parálisis no podia poner el vino en el cáliz si antes no apoyaba bien el brazo en el altar. Pero aunque el cáliz era muy pequeño, y él tenia costumbre de poner en él bastante vino, sin embargo jamás se vertió ni una gota en medio de tanto temblor: y Marcelo Benci, que tuvo la suerte de ayudarle muchas veces á misa, afirmó haber observado en varias ocasiones que el cáliz despues de la Consagracion se veia lleno de Sangre pura. Permanecia á veces absorto de tal modo en Dios, que era preciso tirarle de la casulla para recordarle la Epístola ó el Evangelio; por lo que queria que le ayudasen á misa los de la casa, pues de este modo podrian advertirle con mas facilidad. Cuando alzaba la Hostia sacrosanta, elevando los brazos, como es costumbre, los tenia estendidos sin poder bajarlos por largo rato: y él mismo refirió, como afirma Tarugi, que en aquel momento le parecia que le sujetaban y elevaban sobre la tierra

con una fuerza maravillosa; y en esta posicion se le vió elevado un palmo en el aire, cuando daba la comunion á algunos en su capillita. Para poder bajar los brazos tenia costumbre de elevar la sagrada Hostia apenas sobre la cabeza, y al punto con suma prontitud la bajaba; pues si se detenia un poco, ya no le era fácil bajarla. Lo mismo tenia que hacer al *Domine, non sum dignus*, comulgando lo mas pronto posible.

¿Pero quien podrá esplicar la dulzura estraordinaria que sentia al recibir en su pecho el sagrado Cuerpo del Señor? Baste decir, que hacia todos aquellos estremos que suelen hacer los que gustan una dulcísima y suavísima vianda. Al consumir limpiaba tan amorosamente el cáliz con sus labios, que con una golosina santa no sabia separarlos de él: de modo que no solo habia quitado el dorado de los bordes, sino que aun imprimió sus dientes en él, desgastando la plata de un modo ya notable; y de ninguna manera queria que se le diese la purificacion hasta que él la pidiese. Creian los que tenian mas familiaridad con él que al tomar las sagradas especies eucarísticas

gustaba un sabor enteramente igual al de la carne y sangre del Cordero inmaculado. Por estas dulzuras celestiales que sentia no permitió nunca que los circunstantes, y menos el que le ayudaba á misa, se colocasen en sitio desde donde pudieran verle el rostro.

Por la misma razon en los últimos años de su vida, para gozar con mas libertad de los favores que el Señor le dispensaba, con el consejo de hombres muy doctos obtuvo de Gregorio XIII facultad de celebrar en una capillita próxima á su habitacion. En ella (si bien cuando celebraba en público se apresuraba para no molestar con la tardanza á los asistentes), daba rienda suelta al espíritu y la devocion. Así pues, al llegar al *Agnus Dei* se retiraban todos los que estaban presentes, y un clérigo que se quedaba para encender una lámpara y apagar las velas, hecho esto se retiraba tambien despues de cerrar las ventanas que eran de cuatro hojas, y las dos puertas, para que no pudieran observarse los fervorosos afectos con que el Santo desfogaba su escesivo amor. Despues se colocaba fuera de la puerta una tablilla, que decia: « Silencio,

que el Padre está diciendo misa: » y pasadas dos horas volvia el ayudante y llamaba, y si el Santo respondia, abria la puerta, y encendiendo de nuevo las luces proseguia la misa; pero si no contestaba, se marchaba, y no volvia hasta despues de un rato. Pero que dijese misa en público ó en privado, aun despues de dar gracias, quedaba el Santo tan absorto, que no veia lo que pasaba delante de él, y tan pálido que parecia que se le acababa la vida.

Esta dulzura celestial y este júbilo que sentia su espíritu y su cuerpo, no solo le agitaban cuando decia misa, sino cuando administraba á los demás el divino Sacramento. Dando una vez la comunion á una hebrea convertida, mujer de uno de los neófitos que él catequizó, fué tan grande su temblor, que teniendo en la mano el Copon se veian las sagradas Formas elevadas sobre él; encendiéndosele el rostro de tal manera, que parecia un vivo fuego. Lo mismo sucedió cuando Nero del Nero, señor de Porcillano, recibió de su mano la comunion juntamente con el arcediano de Alejandría de Egipto, llamado Barsum, (á quien mandó su Patriarca por embajador al Papa, para tratar

asuntos de importancia), pues enfervorizándose por la abundancia de su amor, empezó á temblar de tal modo, que su brazo derecho se elevaba un palmo sobre el Copon, lo que dió lugar á que Nero procurase sujetarle con reverencia hasta tanto que le dió la comunion, por temor de que se le cayese alguna Forma: desgracia que jamás le sucedió, pues aunque á veces se desprendian de sus dedos las sagradas Formas, se mantenian por sí mismas en el aire, como se observó con asombro cuando dió la comunion á Julia Orsini, marquesa Rangona. Es de notar sin embargo, que aun cuando aquellos movimientos que hacia eran velocísimos, lejos de causar escándalo ó poca edificacion, movian á devocion y reverencia; advirtiéndose que entonces mas bien por fuerza superior *agebatur quàm ageret*. Finalmente bastaba para llenar su corazon de una alegría celestial el que tuviese en la máno ó tocase el sagrado cáliz, aunque estuviese vacío.

No es maravilloso, pues, que desde el punto en que fué ordenado sacerdote, jamás por ningun motivo dejase de celebrar diariamente, cuya costumbre aconsejaba la observasen los

demás sacerdotes sus conocidos, pues en aquellos tiempos no era cosa que estuviese muy en uso, dejando frecuentemente de ofrecerse él divino Sacrificio bajo el pretesto de descansar, de ir algun dia de campo, etc. Contra este abuso decia el Santo, «que quien busca el recreo fuera del Criador, y el consuelo fuera de Jesucristo, no le encontrará jamás». Sin embargo, para mortificar á veces á algun sacerdote penitente suyo y para hacerle merecer mas y más, le prohibia celebrar diariamente; y si era alguno que estuviese recien ordenado, no le concedia al pronto licencia de decir misa, para abrirle con la privacion el apetito hácia aquel Pan divino. Cuando por estar enfermo le era imposible decir misa, comulgaba todos los dias despues de tocar á Maitines, habiendo obtenido al efecto licencia del Papa para tener al santísimo Sacramento cerca de su habitacion en un cuarto á manera de Oratorio, el cual ha sido trasladado por los Padres á la nueva y magnífica iglesia de la Vallicella.

¿Pero quién podrá esplicar las ánsias amorosas que sentia cuando por cualquiera evento dejaba de comulgar á la hora acostumbrada?

Alejábase el sueño de sus ojos no pudiendo juntar los párpados hasta tanto que se unia con su Señor en la comunion; y así fué que estando enfermo una vez, despues de una noche entera de insomnio pidió la comunion no bien dió la hora de maitines; pero temiendo Francisco María Tarugi que la estremada devocion y las muchas lágrimas que solia derramar le quitasen el sueño en lo restante de la noche con grave daño de su salud, mandó que no se le administrase. Noticioso de esto Felipe hizo que llamasen á Tarugi, y le dijo con mucha ternura: «Sábete, ó Francisco, que yó no puedo reposar por el deseo que tengo del santísimo Sacramento: haz pues que me traigan la comunion, que al punto que la reciba descansaré»; y así se verificó en efecto, mejorándose además de tal modo, que en breve curó enteramente. Toda pequeña dilacion era para él larga y molesta en estremo, por lo que teniendo una vez Gallonio la sagrada Forma en la mano, y tardando en dársela, él con impaciencia santa le dijo: «Antonio, ¿por qué tienes á mi Señor en tu mano y no me le dás? ¡ah! dámele, dámele pronto!». ¡Oh confu-

sion y mengua para los cristianos del dia tan poco ansiosos del manjar espiritual, que el largo espacio de un año que dejan pasar entre una y otra comunion les parece una tregua momentánea!

CAPÍTULO VI.

Habiendo sido ordenado sacerdote Felipe pasa á habitar á S. Gerónimo de la Caridad, en donde dedicándose al confesonario obtiene admirable fruto.

Luego que se ordenó de sacerdote se trasladó Felipe á S. Gerónimo de la Caridad, en donde vivian reunidos unos cuantos, como sucede hoy dia. Estos dignísimos sacerdotes gobernados por la única ley de la caridad, vivian santamente dedicados solo á servir á Dios y al prógimo. Entre ellos sobresalian principalmente monseñor Cacciaguerra, de Sena, y Persiano Rosa, su director, el cual le mandó que se dedicase al confesonario. Ardua empresa fué esta para el Santo, como tan inclinado á la vida solitaria, cuya dulzura habia gustado por espacio de tantos años, y

mas aun porque en su humildad se creia inhábil para tan elevado ministerio; pero con todo esto juzgó mejor el obedecer que el darse crédito á sí mismo. Sometióse pues al pesado cargo de confesor, en el que vió el copiosísimo fruto que podia recoger su caridad: por lo cual sin reservar para sí un solo momento se consagró enteramente á este tan santo y sublime ministerio en beneficio de los pecadores. Y él mismo lo declaró así en muchas ocasiones, y principalmente un dia en que Gallonio, por no parecerle tiempo oportuno, prohibió la entrada á uno que queria confesarse en el cuarto del Santo; pues habiéndolo sabido este, le reprendió ásperamente diciéndole: «¿Nó te he dicho que no quiero tener ni una hora, ni un momento que me pertenezca?» Lo mismo hizo con Francisco Zazzera, el cual para que no molestasen al Santo cerró la puerta de su estancia; pero sabiendo este que habia allí uno que le esperaba, dió en su presencia una buena correccion á Francisco. Del mismo modo iba tambien muchas veces al cuarto de algun Padre, cuando sospechaba que esperase allí alguno para con-

fesarse, detenido por quien temia incomodar al Santo; y en tal caso reprendia á quien era causa de la detencion. Por esto tenia siempre abierta la puerta de su cuarto, y aunque estuviese enfermo ó en la cama, queria que hubiese entrada franca para todos, no distinguiendo él entre nobles y plebeyos, literatos é ignorantes, súbditos y superiores, abrazando como padre comun á cuantos á él recurrian.

No bien habia despuntado el alba, cuando ya habia él confesado en su cuarto á un buen número de personas, para cuya comodidad dejaba las llaves de aquel debajo de la puerta, con lo que podian abrir y entrar cuando quisiesen. Abierta despues la iglesia, se ponia al punto en el confesonario, en donde permanecia fijo hasta el mediodía, en cuyo tiempo solia decir misa: y si por alguna necesidad tenia que marcharse, cuidaba siempre de advertir á donde iba; no dejando nunca su puesto porque faltasen penitentes, pues en el mismo confesonario ó cerca de él se ponia á leer ó á rezar sus devociones, esperándolos al paso. Innumerables fueron los que sacó del fango del vicio con estar siempre pronto á oir sus

confesiones. Pobló, digamoslo así, los sagrados claustros tanto de mujeres, como de hombres penitentes suyos; no habiendo instituto religioso en Roma en que no entráran muchísimos de ellos; y particularmente la sagrada órden de Predicadores y la Compañía de Jesus se hicieron por su medio madres fecundas de muchos hijos, habiendo contado esta última entre los suyos, como ya se ha dicho, á los italianos, merced á sus exhortaciones.

Trataba el Santo de perfeccionar cuanto era posible en el estado de seglar á los que no llamaba Dios al religioso. Finalmente encontrándole siempre pronto, y con las eficaces exhortaciones con que demostraba la necesidad de confesarse á menudo, volvió á introducir la frecuencia del sacramento de la Penitencia, que estaba como en desuso, pues la mayor parte de los hombres se contentaban con confesarse una vez al año, de donde nacia principalmente la corrupcion de costumbres y la muerte irreparable de las almas; porque siendo cotidianas las enfermedades espirituales, se dilataba el remedio por todo un año. Mas no se contentó solo con esto, sino que

como era consiguiente introdujo tambien la frecuencia de la Eucaristía la cual no solo no estaba en uso en aquellos tiempos, sino que la miraban los fieles como cosa enojosa. Así que con razon dijo el obispo de Tulli, considerando el gran bien que hizo Felipe en tiempos tan calamitosos, que *tam periculoso, quam calamitoso tempore Deus Philippum suscitavit virtutibus sanctum, signis admirabilem, qui velut inter nubila Phebus fulgore suo tenebras discussit, tantam malorum caliginem dissipavit.* Eran insoportables las fatigas de Felipe en este importante ejercicio; pero Dios le recompensó con darle á gustar consuelos celestiales, por lo que él mismo decia: «Solo el sentarme en el confesonario me sirve de gran placer;» y llamaba á este grave trabajo su distraccion y consuelo, no habiendo dejado nunca de confesar aun estando enfermo; en términos que pocas horas antes de morir quiso oir las confesiones de sus hijos.

Con esta su incansable aplicacion y asistencia al confesonario, y con su natural dulzura y bondad, es indecible cuántas fueron las almas que ganó para Jesucristo, como lo testifican

las lecciones de su oficio : *In confessionibus audiendis, ad extremum usque diem perseverans, innumeros pene filios Christo peperit.* Ni la cansada vejez, ni las muchas y graves enfermedades de que se veia atormentado continuamente, ni la misma muerte yà próxima, que tan prevista tenia, pudieron separarle de esta ocupacion; y si bien los Padres, celosos de su salud que tanto importaba al aumento y progreso del Instituto, no dejaban de hacerle presente su edad decrépita y su salud quebrantada, á fin de que moderase su aplicacion á tan peligroso y perjudicial ministerio, obtuvieron por única respuesta «que él con la asistencia al confesonario habia ganado la mayor parte de aquellos hijos que mas notables adelantos habian hecho en el espíritu.» No solo pues de dia, sino tambien de noche sin reservar para sí una hora de descanso, estaba siempre dispuesto á oir las confesiones para bien de sus prójimos. Y el abate Jaime Crescencio, su antiguo penitente, refiere que el Santo confesaba á los hombres aun por la noche, porque muchos que se avergonzaban de dia, se avenian mejor á hacerlo en aquellas

horas; y él mismo añade haber oido decir al Santo, que de noche ganó á Francisco María Tarugi, á quien despues condujo á aquella altura de virtud que todo el mundo conoce. Su dulzura y la suavidad de su espíritu eran además tales, que era comun dicho que así como el iman atrae al acero, del mismo modo arrastraba hácia sí Felipe los corazones de los pecadores; por lo que quien con él se confesaba una sola vez, parecia como que se veia obligado á volver con dulce y espontánea violencia. Recibia á aquellos á quienes nunca habia visto con tanta benignidad y los abrazaba con tanto amor y caridad, como si por largo tiempo los hubiese esperado, ó mejor dicho, como si por espacio de muchos dias hubiera conversado familiarmente con ellos, como lo afirma el P. Agustin Manni con las siguientes palabras: *Ita cum illis se habebat, quos nunquam viderat, ac si multorum dierum consuetudinem cum illis habuisset.* Parecia que con cada uno agotaba su piedad, y sin embargo los demás encontraban espacioso lugar en su tierno corazon; por lo cual no se le llamaba con otro nombre que con el

de *Padre :* y lo era verdaderamente, porque con paternal cuidado y solicitud velaba sobre todos, abrazando con igual amor y afecto no solo á aquellos que habian nacido y se habian educado en Roma, sino aun á los estranjeros de cualquiera nacion que fuesen. Con razon pues vió y se complació aquella ciudad en èl fruto abundante que recogió con sus fatigas en este gran ministerio; porque observaba no sin admiracion que tanto las casas de los artesanos, mercaderes y soldados, como los palacios de los cortesanos, príncipes y prelados, se veian convertidos por decirlo así en claustros y monasterios de religiosos, merced á la prudencia, dulzura y caridad de este gran ministro del sacramento de la Penitencia, que en el desierto del mundo supo esparcir tan bien la semilla del espíritu é injertar en árboles infructuosos y silvestres la devocion y la virtud : *Ut hinc appareat,* (así exactamente concluye con noble epifonema el P. Agustin Manni la narracion del fruto que se vió y recogió con la asistencia de Felipe al confesonario) : *Ut hinc appareat quantum possit spiritualis patris, et confesarii prudentia, vi-*

gilantia, et charitas ad serenda in agris mundi spiritus semina.

Para que fuerà pues mas copioso y perpétuo el fruto, quiso el santo Fundador que aquellos que abrazaban su Instituto fuesen incansables ministros de este tan necesario Sacramento, ordenando que los confesores asistiesen al lugar destinado para aquel sacrosanto tribunal, no solo los dias de fiesta desde el amanecer hasta el mediodía, sino aun los miércoles y los viernes; y que además en los otros dias hubiese siempre en la iglesia por lo menos un confesor, para que así como todos los dias habia por muchas horas quien con la luz de la divina palabra iluminaba el entendimiento de los pecadores, hubiera tambien quien estuviese siempre dispuesto para recibir á aquellos que conociendo sus propios errores quisieran detestarlos y reconciliarse con Dios. Infundiendo en sus hijos el espíritu de su natural dúlzura y suavidad les decia, que para no aterrar á los pobres pecadores se manifestasen mas bien que severos jueces, padres amorosos, y padres que no los engendraban para el siglo sino para la eternidad;

y por tanto que los amasen y acariciasen con amor mas fuerte y afecto mas cordial, para mostrar de este modo que la gracia tiene mas fuerza para amar á sus hijos que la misma naturaleza. Queria que los compadeciesen y no los exasperasen; y que cuando sus llagas necesitaban ser lavadas con el bálsamo de la correccion, á ejemplo de aquel buen Samaritano del Evangelio, las suavizasen con el oleo de la dulzura y con los lenitivos de una compasiva caridad; que no contentos con oir sus confesiones les enseñasen con sus saludables advertencias el modo de preservarse en lo sucesivo; pareciendo poco á su caridad el sacar de los precipicios á los caidos, sino se les señalaba el buen camino y los peligros que podian encontrar, á fin de que procurasen evitarlos para no caer de nuevo con mayor daño del alma. Deseaba por tanto que les recomendasen particularmente el huir de las ocasiones y de las malas compañías, el abstenerse de leer libros obscenos y cantar canciones amorosas, que tanto mas poderosamente envenenan cuanto mas dulcemente alhagan. Sabiendo el santo Maestro que el demonio con

infernal artificio se esfuerza en quitar el rubor y la vergüenza á los míseros hijos de Adan cuando los impele á cometer las culpas, (de las que naturalmente deberia ser la vergüenza inseparable compañera para no cometerlas), y que con mayor estudio y eficacia procura despues que las han cometido con impudencia, que se ruboricen y avergüencen para que tarden en confesarlas ó para hacerles callar sacrílegamente alguna; con sabio consejo advertia á los suyos que cuando notasen que alguno de los penitentes ó por pusilanimidad ó por vergüenza se abstenia de confesar alguna culpa, con palabras suaves y benignas le animasen, y con destreza le indujesen á manifestar la oculta llaga. Finalmente queria que en las penitencias no fuesen rigurosos hasta la indiscrecion, diciendo que era mas seguro imponer menor penitencia de la merecida que mayor, por el peligro de que no se cumpla, y para no hacer mas difícil en lo sucesivo el acercarse á aquel sagrado Tribunal. Decia que con las mujeres debia mostrarse el confesor mas bien austero que cortés, así como él mismo lo habia practicado particularmente antes

de llegar á la edad decrépita; y que no fuesen fácilmente á su casa sino en caso de enfermedad, escuchando entonces sus confesiones con las puertas abiertas, para alejar toda vana sospecha de los seglares que fácilmente se escandalizan. Aconsejaba que á los pobres, así hombres como mujeres, cuando iban á confesarse no se les diese limosna, por el peligro de que incitados por esta se llegasen á aquel santo Sacramento mas para ser socorridos que para obtener el perdon de sus culpas y mas solícitos de las necesidades del cuerpo que de las de el alma.

Pero si renovó Felipe el uso interrumpido de la frecuente confesion, tambien inflamó la humana frialdad que habia vuelto estúpidas á las almas y perezosas en alimentarse del pan de los Angeles; contentándose los hombres con recibirle solo en la Pascua, y no acostumbrándose ya en aquellos tiempos aun entre los mismos sacerdotes á celebrar todos los dias; mas con sus poderosas exhortaciones indujo á estos á la loable costumbre de ofrecer diariamente el divino Sacrificio, y estimuló á aquellos á reparar su flaqueza con el Pan de

vida : pudiendo así afirmar con razon Gallonío que el Santo renovó la costumbre ya casi abolida de frecuentar los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía : *Id paulatim factum est,* dice el citado autor, *ut frequens, tum Confesionis, tum Eucharistiæ usus extinctus pæne dæmonis fraude, iterum renovaretur.* Quería él que los sacerdotes ofreciesen cotidianamente al Eterno Padre el Cordero inmaculado, pero exigia la preparacion necesaria; pues si bien prohibia el celebrar todos los dias á algunos de los suyos para mortificarlos y hacerles adelantar en la virtud, queria sin embargo que, ya se alimentasen con el Pan eucarístico, ya se abstuviesen de él, por su parte se hallasen siempre preparados para aquel imponente acto cuando él se lo mandára ; y la mejor preparacion, segun su parecer, era el vivir de tal modo y con tal pureza de conciencia, que á toda hora pudiese el sacerdote acercarse al altar sin remordimiento. Exigia tanto en los legos como en los clérigos, un ardiente deseo de recibir á su Señor sacramentado, sujetándose despues á la autoridad del prudente confesor ; y en cuanto á

la frecuencia, decia que debia medirse por la disposicion y no por la voluntad de los penitentes, debiendo examinarse el estado, las circunstancias y condiciones de cada uno. Por esta razon aconsejaba que se frecuentase la confesion mas que la comunion: así es que muchos de sus penitentes se confesaban todos los dias, y no todos los dias comulgaban; haciéndolo unos cada ocho dias, otros en las fiestas, otros tres veces á la semana y todos segun se les permitia, logrando muy pocos hacerlo diariamente.

Despues de haber ganado y regenerado el espíritu de muchos penitentes con sú continua asistencia al confesonario, introdujo en su cuarto las conferencias y los ejercicios espirituales en la forma que dirémos mas adelante, para que particularmente en las horas de calor, cuando el demonio es mas importuno, encontrándolos en tan buena ocupacion no pudiese ofenderlos; y así lo consiguió en efecto, pues no solo los preservó de la culpa con estos ejercicios, sino que elevó á muchos á un alto grado de perfeccion. Entre estos sobresalió el ya citado Juan Bautista Salviati,

que acostumbrado á vestirse con lujo y á que le siguiera una larga comitiva, despreciando despues el fausto hubiera querido ir solo por Roma y vestido humildemente; pero el Santo, como prudente, aunque quiso que usase de modestia en los vestidos y criados, fué sin faltar á la decencia que debia á su estado. Este buen caballero, despues de haberse ejercitado en los actos de caridad, como se ha dicho, y en el ejercicio de las virtudes, llegó á tal término que diciéndole que se aproximaba su muerte, alzando las manos al cielo empezó á cantar: *Lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus*: espirando á poco con suma paz en los brazos de Felipe que le asistió en este último momento. A este siguió (pues de Francisco María Tarugi hablarémos luego) Constancio Tassone, sobrino del cardenal Pedro Bertani de Fano, que llegando á ser familiar del Santo abandonó la corte, de cuyos lazos le parecia imposible desprenderse, y se entregó del todo al ejercicio de las virtudes, no habiendo oficio de caridad por humilde y vil que fuese que él no abrazase voluntariamente. Visitaba todos los dias

los hospitales, frecuentaba por tres veces al menos en la semana los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, y haciéndose despues sacerdote por obedecer al Santo, celebraba diariamente. Aborreció tanto las dignidades eclesiásticas y las riquezas, que generosamente rehusó un pingüe beneficio con que le brindaron; y finalmente admitido entre los familiares de S. Cárlos (lo que dá una buena idea de su bondad) fué á Roma con ciertos negocios de este Santo, en donde murió en los brazos de Felipe, quien le anunció antes su próxima muerte.

Pero no debemos olvidar aquí á Juan Bautista Modio, calabrés, médico de profesion, y hombre no menos docto que piadoso el cual escribió un buen tratado sobre las aguas del Tiber, é hizo algunas anotaciones sobre los *Cánticos* del Beato Yacopone. Habiendo enfermado del mal de piedra le visitó el santo Padre, y le exhortó á la resignacion en tan cruel dolencia; y mientras el Santo pasó á hacer oracion por él á la Iglesia próxima, lo que no habia podido conseguir por medio de su profesion, lo consiguió fácilmente con una

gota de las lágrimas de Felipe, pues se observó que apenas vertió la primera cuando Modio espelió la piedra con suma facilidad por lo que agradecido sobre manera al Santo, se entregó con mayor confianza en sus manos. Era tierno de corazon y en estremo misericordioso con los pobres. Por sus virtudes y talento para predicar quiso Felipe que refiriese en el Oratorio aunque seglar, las vidas de los Santos, en cuyo cargo le sucedió á su muerte por eleccion de Felipe un hijo suyo, tambien médico, llamado Antonio Fucci, que se ofreció á ir con él á las Indias á derramar su sangre por Jesucristo, estendiendo la luz del Evangelio y plantando la Cruz. Finalmente (dejando á muchísimos de las primeras familias de Italia, que haciéndose sus penitentes fueron espejo de perfeccion cristiana) Marció Altieri, caballero romano, avanzó tanto en el espíritu, que no podia hablar por la escesiva dulzura, y por su mucha caridad con los pobres no pudo conservar en su casa ni aun el cobertor de su cama.

Nobles por su virtud, si bien plebeyos por su condicion, fueron dos hijos espirituales del

Santo, Francisco María, llamado el Ferraris, y Tomás Siciliano; el primero de los cuales mereció por la pureza de su vida oir en la tierra las melodías del cielo, y cuyo olfato era tan delicado, que notaba el mal olor que exhala, aunque insensiblemente, el pecado. Lloraba no solo cuando comulgaba, sino cuando oia hablar del cielo; y tenia un corazon tan animoso y constante que enfermando de piedra rogó á Dios que sobre esta le mandase otra enfermedad mas grave y penosa para padecer mas por su amor; pero Dios, que no se deja vencer en generosidad, lejos de mandarle otro mal le libró al instante del primero. Era tan perseverante en la oracion que compadeciéndose de un hebreo rogó por su conversion tres años seguidos, y la obtuvo con gran consuelo de su alma. Finalmente, aunque ignorante, superó á muchos sabios en el conocimiento de Dios; pues él fué á quien encontró Tarugi haciendo oracion en pié; y pasmado al ver que se retiraba poco á poco haciendo estremos de admiracion y espanto, le preguntó la causa, á lo que le respondió: «Estoy considerando la grandeza de Dios, y cuanto mas

la considero tanto mas la veo aumentarse; por lo que su inmensidad me obliga á retirarme aun con el cuerpo.» El segundo, santamente ambicioso, pretendió ser barrendero de la basílica de S. Pedro; y habiendo obtenido este puesto le desempeñó con sumo gusto y eficacia, no separándose nunca de aquel santuario sino cuando iba á confesarse con el santo Padre; y aun de noche dormia sobre la tarima de uno de los siete altares de la iglesia. Sucedió una noche que oyendo un grande estrépito causado por el demonio con objeto de hacerle huir de aquel santo lugar, él, como soldado intrépido, no solo se mantuvo á pié firme, sino que, encontrando al enemigo en figura de Etiope detrás de una columna, alzó sin temor la mano para darle un golpe, á cuya accion confuso el demonio desapareció, y Tomás, como si nada le hubiera sucedido, volvió á colocarse tranquilamente sobre su tarima. Otros muchos fueron los penitentes de Felipe que, aunque de condicion humilde, llegaron á un alto grado de santidad; pero los pasaré en silencio por no alargarme demasiado. Sin embargo creo no deber concluir sin citar á

Pedro Molinaro, que por las muchas lágrimas que derramó, llegó á perder la vista, si bien la recobró despues mas clara y perspicaz por especial gracia de Dios.

CAPÍTULO VII.

Por el celo de la fe desea Felipe pasar á las Indias; pero conociendo por medio de un oráculo celestial que su destino estaba en Roma, establece en ella su perpetua habitacion, y en beneficio de las almas introduce algunos ejercicios espirituales en S. Gerónimo de la Caridad.

Cercado de la noble comitiva de tan virtuosos hijos, parecia estrecho el campo de Roma al celo de Felipe; por lo que considerando la escasez de operarios y la abundancia de trabajo que habia en las Indias, como confirmaban las cartas que mandaban anualmente de aquellas remotas playas los Padres de la Compañía de Jesus, y las que solian leerse en su cuarto cuando en él se hacian las conferencias y razonamientos espirituales, sintiendo encenderse en su corazon el fuego de la caridad

hácia aquellos prójimos tan lejanos, se decidió á embarcarse para llegar hasta ellos, tan luego como se persuadiese que tal era la voluntad de Dios; hallándose dispuesto no solo á sufrir por la fe las incomodidades de un viaje tan largo y penoso, sino á derramar su sangre por la propagacion de ella. Comunicó, pues, su designio á algunos de sus penitentes, á quienes juzgaba á propósito para la alta empresa que meditaba, entre los cuales fué el principal Francisco María Tarugi, cuyo fervor y celo le eran bien conocidos, eligiendo por último algunos otros hasta el número de veinte, de los cuales quiso que varios se ordenasen sacerdotes, para que se hallasen prontos á ponerse en camino, obtenida que hubiesen del sumo Pastor la facultad y bendicion para poder ir á las Indias con objeto de agregar al redil de Jesucristo aquellas infelices ovejas, hasta entonces sujetas y poseidas por el lobo infernal.

Pero no se dejó llevar de su fervor tan inconsideradamente que en obra de tanta importancia no pidiese consejo, y madurase con el tiempo la resolucion y sobre todo no procu-

rase con sus oraciones y las de otros conocer la voluntad de Dios; sabiendo muy bien como sabia que toda fatiga es vana, toda industria infructuosa y toda empresa de infeliz resultado, si no es bendecida por el cielo. Consultó pues su pensamiento con un monje de la muy ilustre religion de S. Benito, que habitaba en S. Pablo, hombre de muchas letras y de escelente vida, el cual lo envió al P. Agustin Guettini, prior del monasterio de los santos Vicente y Anastasio del órden Cisterciense, hombre eminente no menos por su ciencia que por su virtud, y quien cual otro Samuel fué dedicado al servicio de los altares por sus padres aun antes de haber nacido, que habia sido ilustrado por Dios con el espíritu de profecía, y que era devotísimo del Evangelista S. Juan, quien le anunció que habia de morir en el dia de su festividad, como sucedió en efecto, pues despues de haber dicho misa en aquel dia, se metió en la cama, y recibiendo la Estremauncion, pasó dichosamente á la otra vida antes de concluir el dia de su celestial abogado y protector. Este fué el grande hombre á quien Felipe pidió consejo sobre su in-

tento; pero queriendo consultar con Dios antes de dárselo, pasáronse algunos dias, al cabo de los cuales, presentándose de nuevo Felipe, le refirió aquel con su acostumbrada candidez que se le habia aparecido S. Juan, y le habia dicho « que su destino estaba en Roma, y que esta ciudad era en donde Dios queria servirse de él. »

Conociendo ya Felipe la voluntad del cielo, desechó enteramente la idea de pasar á las Indias, y se consagró de un todo al bien de las almas. Empezó pues sus razonamientos espirituales esplicando durante el dia dentro de las domésticas paredes de su aposento lo que habia aprendido en el seno de su Señor paciente cuando por la noche en sus prolongadas vigilias, permanecia en oracion al pié del Crucifijo. Reuníanse en este sitio algunos de sus penitentes que al principio no pasaban de siete ú ocho, y los cuales eran Simon Grazini y Monte Zazzera, ambos florentinos, Miguel de Prado, dos jóvenes plateros y uno de casa de los Massimos. Allí para huir del ócio y de las malas compañías, causa y orígen de todos los vicios, pasaban aquellos sus primeros peni-

tentes la mayor y mas peligrosa parte del día en discursos devotos y pláticas espirituales á vista de su respetable Maestro; tratándose de la manera ya de huir del pecado, ya de vencer las tentaciones, ora de hacer fructuosamente oracion, ora de adquirir las mas necesarias virtudes; lo que se hacia por via de conferencia, insistiendo siempre en la moralidad de costumbres como el principal objeto, y absteniéndose lo mas posible de las sutilezas escolásticas y de las cuestiones especulativas. Proponia Felipe, tomando por cátedra su pequeño lecho, el argumento que debia discutirse, diciendo cada uno sucesivamente su parecer: luego empezaba él á hablar, pero con tanto fervor y energía, y con tal agitacion de cuerpo, que no solo á su lecho, mas aun á todo el cuarto comunicaba su estremecimiento, como si fuera sacudido por un terremoto, elevándose á veces en el aire con todo su cuerpo, y manteniéndose en esta postura por algun tiempo, sin otro apoyo que el de su espíritu, que le levantaba y sostenia á distancia de la tierra. Administraba á los fieles hambrientos la divina palabra, que acompañada del espíritu y fervor

que exhalaba su corazon, fragua divina de sagrados ardores y estancia elegida por el Espíritu santo, no puede concebirse el fruto que sacó de aquellos que tuvieron la feliz suerte de ser sus oyentes. Con estos ejercicios unió al rebaño de Jesucristo á Juan Bautista Salviati, notable mas por la buena vida que emprendió y por su cristiana muerte, que por su estrecho parentesco con Catalina de Médicis, reina cristianísima de Francia: elevó á un estado eminente de perfeccion á Francisco María Tarugi, de Montepoliciano, pariente de dos Sumos Pontífices, y despues dignísimo cardenal de la santa Iglesia, libró del doble lazo de los placeres del siglo y de la corrupcion de la corte á Constancio Tassoni, sobrino del cardenal Pedro Bertami de Fano y mayordomo del cardenal de santa Flora, y con asombro de toda la Corte le hizo correr con libertad por el árduo sendero de la virtud. Finalmente ganó tantos con sus exhortaciones, que no siendo ya capaz su estancia para dar cabida á todos los que corrian con avidez á oirle, hubo que unir á ella otra inmediata.

Pero aun así, en breve fué pequeño el

espacio para la muchedumbre y el inmenso concurso de gente que queria alimentar su espíritu con el precioso pasto de la divina palabra; pues agrupándose á la entrada para encontrar despues lugar donde colocarse, muchos impedidos por la turba se veian no obstante obligados, no sin harto dolor de su alma, á quedarse fuera. Hubo, pues, necesidad de pensar en proporcionarse lugar mas amplio y adecuado al auditorio. Al efecto pidió Felipe y obtuvo de los diputados de S. Gerónimo de la Caridad, un sitio mas capaz y á propósito encima del altar mayor á mano derecha, que á la sazon no tenia ningun destino; y arreglándolo decentemente en forma de Oratorio, trasladó á él en el año 1538 el ejercicio de los razonamientos cotidianos.

Ampliado de este modo el lugar, creció á proporcion el número de concurrentes; por lo que el Santo juzgó aportuno admitir á hablar en su compañía á algunos de sus discípulos. Eligió para esto en primer lugar (como buen apreciador que era de los talentos y espíritu de cada uno) á Francisco María de Tarugi, llamado con razon, por el cardenal Baronio su

hermano y compañero, *Dux verbi*, ya porque fué el primero á quien eligió el santo Padre entre todos sus hijos espirituales, cuando aun era seglar, para anunciar la divina palabra, ya tambien porque fué escelente en la predicacion como pronto verémos. Eligió despues á Juan Bautista Modio, médico de profesion, natural de santa Severina en Calabria, y hombre de mucha instruccion. Apenas empezaron estos á hablar, dieron á conocer de qué padre eran hijos y con qué leche se habian nutrido: tal era la eficacia y el fervor con que hablaban de las cosas de Dios. Despues admitió sucesivamente para hablar en el Oratorio á Antonio Fucci y Cesar Baronio, natural de Sora, en el reino de Nápoles, hombre bien conocido no menos de los herejes que de los católicos, por haber sido perpetuo é invencible martillo de los primeros, y de los segundos fortísimo baluarte y defensa; y á algunos otros que imitando al santo Padre segun su capacidad para la predicacion, se ocupaban con increible provecho en tan santo y devoto ejercicio.

Nosotros ignorariamos el modo y órden que

en aquellos principios se guardó si la pluma de Baronio en un manuscrito suyo titulado *De origine Oratorii*, no nos hubiese transmitido noticia de ello. Primeramente, pues, para dar lugar á que se reunieran los fieles, y honesto y provechoso entretenimiento de aquellos que mas ansiosos y solícitos habian llegado ya, se daba á uno de los hermanos del Oratorio para que le leyese con pausa, un libro espiritual en que se enseñaba segun la doctrina de los Santos el modo de adquirir las virtudes, ó bien se referia cómo las habian practicado, describiéndose la vida de algunos de ellos, entretejida de várias y muy elevadas virtudes. De esta lectura otro de los hermanos sacaba argumento y materia para un discurso familiar, y en él, ó mas exactamente esplicaba, ó mas estudiosa y eficazmente inculcaba ó estendia y ampliaba en mejores términos aquello mismo que se habia leido. Añadia gracia y gusto á este ejercicio otro de los hermanos, el cual discurriendo en forma de diálogo con el primero que habia platicado hasta entonces, apuntaba alguna cosa á propósito de la misma materia, si por casualidad habia sido omitida

por el otro; despues si él mismo no habia esplicado perfectamente alguna cosa dudosa, examinándola con mucha mas detencion se declaraba, y por último cuanto á cerca de aquel argumento podia decirse útilmente, se investigaba y enlazaba con talento con el pasado discurso, redundando todo en prodigioso fruto y utilidad de los oyentes: pues en aquel coloquio se resumia cuanto la pluma de Casiano escribió ó compiló en sus *Conferencias* acerca de los vicios y virtudes, san Gregorio en los *Morales*, S. Ambrosio en el libro de *Oficiis*, y cuanto S. Basilio y otros en varios tratados consignaron por estenso tocante á la enmienda de las costumbres. Terminado este diálogo, otro hermano del Oratorio pronunciaba un sermon estudiado, ya sobre la severidad del juicio final, y de la precipitada inconstancia y volubilidad de la presente vida ó del tremendo trance de la muerte, bien de los tormentos eternos del infierno ó de los premios reservados por Dios á los justos en el Cielo: ilustrando lo que decian con el ejemplo de los Santos. Despues para recrear el ánimo de los oyentes se estableció

que otro (y fué el mismo Baronio) refiriese la Historia eclesiástica, empezando por la venida del Redentor, y narrando sucesivamente cuanto despues año por año habia acaecido de memorable en la Iglesia católica; y finalmente otro referia con brevedad la vida de algun Santo, tomada de graves y aprobados autores.

Tres horas lo menos duraron todos estos ejercicios por largo tiempo, sin que los oyentes sintieran alguna molestia ó tedio, así por la variedad de las cosas y modo con que se referian, como por la escelencia y fervor de los sugetos que hablaban. Hallábase presente á todo el padre S. Felipe, y como primero y supremo director tomaba parte en cuanto se hacia ó decia; y si por casualidad los otros pronunciaban alguna cosa ambigua ó no bien esplicada, la declaraba él difusamente. Terminados los discursos del modo y con el órden que se ha referido, por institucion del mismo Santo, siempre ansioso de conquistar para Dios las almas con la suavidad, se cantaban como por condimento y con particular gusto de los asistentes algunos cánticos espirituales, compuestos con arte suma y alusivos

á los asuntos que se habian tratado; y últimamente despues de una breve oracion eran despedidos los oyentes, repitiéndose los mismos ejercicios con igual método, todos los dias menos los festivos.

Trasplantado que fué este ejercicio de san Gerónimo á Santa María de la Vallicella, (como dirémos despues) con la mudanza de lugar se varió algun tanto el método; pues que en vez de los coloquios y conferencias y del otro sermon en forma de diálogo, se estableció que desde el sábado en adelante en cada dia ferial, comenzando por una leccion vulgar de cualquier libro devoto, se pronunciasen cuatro sermones, uno despues de otro, como al presente se acostumbra en la Congregacion de Roma.

Concluidos los sermones, quiso el santo Fundador que para recrear el ánimo de los oyentes se cantase un himno espiritual y un motete ó villancico, y rezándose tres Padrenuestros con tres Ave Marías por las necesidades universales de la Iglesia católica romana, se pusiese fin á este ejercicio.

CAPÍTULO VIII.

Del copioso fruto recogido por medio de los sermones familiares introducidos por S. Felipe en el Oratorio.

Si bien en los infinitos tesoros de la gracia no faltan medios poderosísimos para sujetar las almas rebeldes al dominio de su Señor y convertir los corazones estraviados, sin embargo habiendo venido para este fin el Hijo de Dios desde el cielo á la tierra, el principal medio de que quiso servirse al efecto y las poderosas armas con que intentó subyugar y someter el mundo á su obediencia, no fueron otras que la predicacion de la divina palabra; *Euntes in mundum universum*, dijo á sus discípulos por él elegidos para que cooperasen á la grande empresa, *prædicate Evangelium omni creaturæ*. Y ciertamente con estas armas movieron guerra al infierno, y le derrotaron: con ellas como con un fuerte martillo quebrantaron los corazones mas duros y obstinados de los pecadores: con su luz iluminaron las espesas tinieblas en que estaba envuelto el mundo, confundieron la vana sabiduría de los

sábios de la tierra y sometieron á los poderosos del siglo á la obediencia del Crucificado. Por esto Felipe, que, despues de la propia santificacion, como destinado por el cielo para cooperar con todos sus esfuerzos á la reparacion de las antiguas sillas que estaban vacantes en el cielo por la caida de los Angeles rebeldes, no meditaba otra cosa que el modo de convertir á los pecadores, para hacerlos dignos de ocupar aquellos purísimos asientos; despues de haber reflexionado dentro de sí con detencion los medios de llegar á ver cumplidos felizmente sus designios, juzgó que no habia otro mas oportuno y eficaz que el de la predicacion de la divina palabra. Determinó, pues, introducir en su Oratorio este ejercicio, y quiso que á mas de ser familiar fuese cotidiano.

No fué criado el mundo en un solo dia, ni en un solo dia puede convertirse; por lo que el sábio y prudente Felipe quiso que fuese continuo este ejercicio en su Congregacion, á fin de que, segun los movimientos de la gracia y las disposiciones de aquellos que allí asistian, sino en un dia, encontrasen en otro por tal medio su salvacion los pecadores. Y no se engañó

en su juicio; pues en breve se vió el abundante fruto que produjo aquella divina semilla esparcida diariamente en el campo de la santa Iglesia. Fueron sin número las conversiones de pecadores obstinados que rompiendo las duras cadenas de depravadas costumbres que miserablemente los sujetaban, conquistaron la antigua libertad de hijos de Dios; y muchísimos á la clara luz de aquellas eternas verdades, que con tanta sencillez y familiaridad esplicaban Felipe y sus hijos, conociendo la inconstancia y vanidad de las cosas terrenas, abandonaron el siglo y se retiraron al puerto de la Religion. Así se refiere en un antiguo manuscrito, compuesto cuando aun vivia el santo Padre, con las siguientes palabras: «Y por último que esta sea obra de Dios (habla de los ejercicios del Oratorio), se deduce manifies«tamente del fruto admirable que ha tenido «por resultado, el cual ha sido y es tanto y «tal que no hay en Roma convento de religio«sos que no haya participado de él en gran «manera; pues este santo lugar, como estímulo «del amor de Dios, ha enardecido el corazon «de tantas personas, que habiendo llegado

»muchísimas de ellas por tal camino á cono-»cer la vanidad del mundo, inflamadas del »fuego divino, se desprendieron de sus hono-»res, intereses, parientes y amigos, y entra-»ron unas en la Minerva, otras en los Capu-»chinos, estas en la Compañía, aquellas en »S. Benito y en otras Religiones, en donde des-»pues de entradas y aun antes de entrar con »una preparacion esquisita en el Oratorio, han »dado mucha honra á Dios y edificacion á su »Iglesia.» Hasta aquí el manuscrito.

Mas no fueron solo las Religiones las que gozaron de los frutos que produjo la semilla de la divina palabra, esparcida diariamente en el Oratorio con toda profusion, sino que tambien brotó felizmente en las casas particulares; y muchos padres de familia que antes vivian olvidados no solo de sus hijos sino aun de sí mismos, ilustrado su entendimiento, despues de haber arreglado su conciencia, ordenaron con santo temor de Dios sus propias casas y familias, de modo que parecian el traslado de una bien arreglada casa religiosa. Los mercaderes y artesanos que antes estaban engolfados en los intereses temporales no tuvieron despues en

estimacion otro lucro que el de la propia alma; y los que poco antes estaban tan ajenos y distantes de servir á Dios que se avergonzaban de dar en público señales de cristiana piedad, temiendo mas los dichos vanos de los hombres que los hechos de Dios; confortados con las poderosas palabras que oian en el Oratorio, gozaban despues y se llenaban de júbilo al ver que por amor de Dios eran objeto de risa y burla á los mundanos.

Pero tiempo es ya de que pasemos á referir algun hecho particular, para mayor confirmacion de lo que se ha dicho respecto del fruto y las conversiones conseguidas por medio de los sermones del Oratorio; si bien me limitaré solo á presentar alguno que otro entre los innumerables que pudiera citar para no cansar á mis lectores. Llegó á Roma, no sé para qué asunto, Estéban Calzolayo, natural de Rímini, soldado de profesion, de vida relajada y que se encontraba poseido de odios y enemistades gravísimas, las cuales ordinariamente arrastran larga cadena de maldades. Este, pues, guiado por la casualidad, ó mas bien por la divina Providencia, fué á S. Gerónimo de la Caridad y

se detuvo á oir los sermones familiares del Oratorio; y por respeto á la no menos devota que escogida concurrencia, se sentó en los últimos bancos. Dirigióle Felipe su perspicaz mirada, y sin conocerle le dió una favorable acogida, llevándole con santa cortesía y afabilidad á que se sentára en los primeros bancos. Prendado Estéban de aquel trato tan cortés y amable, y atraido como por una dulce violencia, oyó en los dias siguientes los sermones, los cuales iluminándole con una luz celestial le dejaron ver su lastimoso estado, le movieron á echarse á los pies de un confesor y á emprender la frecuencia de sacramentos, hasta lograr encontrarse en breve libre y salvo de aquellas cadenas de inveteradas enemistades que tenian ligada miserablemente su alma. Una vez ya libre, empezó ayudado de la gracia á correr sin obstáculo por el camino de la virtud en el que hizo tan maravillosos progresos, que aquel que poco antes en nada pensaba sino en vengarse de sus prójimos, llegó á ser tan tierno y compasivo, que cuanto ganába con su oficio lo daba liberalmente á los pobres, reservando para sí lo que apenas le bastaba para

sustentarse; y el que poco antes trataba de dar la muerte á los otros, pensaba despues continuamente en la suya, á la que se preparaba todos los dias como si en cada uno de ellos hubiera de morir. Pero lo admirable es, que entre aquellos pensamientos funestos y continuos, conservaba una inocente alegría, efecto seguramente de la tranquilidad de su conciencia. Fué muy obediente y aplicado á la oracion, en la que recibió de Dios muchos favores; y particularmente orando un dia en la iglesia de la santísima Trinidad de Puente Sisto, se le vió revestido de repentina luz y cercado de resplandores. Perseveró Estéban en esta vida tan ejemplar por espacio de 25 años, y la terminó con una buena y cristiana muerte. Previendo esta sus amigos le aconsejaron que recibiese en su compañía, en la pequeña casa en que habitaba solo, alguna persona que le socorriese en los accidentes imprevistos que pudieran ocurrirle; mas él jamás pudo decidirse á dejar la pacífica soledad que gozaba; y lleno de esperanza en la Reina del cielo respondia que confiaba en tan gran Señora que jamás habia de abandonarle. Y no salieron fallidas sus es-

peranzas; porque acometido de noche por un repentino accidente mortal, tuvo tiempo y vigor bastante para salir de casa y llamar á los vecinos para que le ayudasen y avisasen al párroco, á fin de que le administrára los últimos Sacramentos: como en efecto los recibió en su propio lecho con mucha devocion, y despues tranquilamente descansó en el Señor, dejando un suavísimo olor de sus virtudes.

No fué menos prodigiosa que esta la conversion de Pedro Focile, jóven napolitano, que entregado enteramente á las bromas estudiantiles acostumbraba á sazonar sus discursos con agudos y picantes chistes; por lo que para hacerle asistir un dia al Oratorio fué necesaria toda la fuerza de sus compañeros y amigos. Llevado de este modo por la gracia y contra su voluntad á aquel lugar sagrado, observó que Felipe le miraba fijamente, y le parecia que cada mirada era un penetrante dardo. Contra su carácter, asistió sin embargo á aquellos sagrados ejercicios, escuchando con estraordinaria atencion los sermones, y quedando con estos de tal modo sujeto y rendido, que parecia haber mudado improvisamente de cos-

tumbres; por lo que admirándose los compañeros le preguntaban qué le habia ocurrido para variar de aquel modo. En tanto la gracia que le habia esperado al paso, y que habia empezado ya á apoderarse de aquella alma y queria perfeccionar la grande obra de su conversion, le movió á hacer una confesion general, único medio de aclarar la confusion de su vida. Siguió, Pedro el interior impulso, y buscando al santo Padre se colocó junto á su confesonario. Pero Felipe, que ya le habia prendido en su afortunada red, despues de haber confesado á los otros, volviéndose al jóven convertido, (como si no hiciera alto en él y le despreciase, para poner de este modo á prueba su resolucion y mortificar al propio tiempo la vivacidad de su genio), le dijo que volviese en otra ocasion en tiempo mas oportuno: benigno rigor que siguió usando con él otras muchas veces por espacio de ocho semanas que continuó presentándose al Santo, cuyas repulsas eran poderosos atractivos con que mas se prendaba el jóven, creciendo su deseo de descubrirle los secretos de su conciencia. Despues de tan larga prueba, pasados

los dos meses, el santo Padre le recibió cariñosamente, pagándole con usura en consuelos la pena que hasta entonces habia sufrido. Despues de haberle confesado, con el favor de Dios le redujo en breve á una forma de vida ejemplar, llegando á ser uno de sus mas fervorosos penitentes. Predíjole Felipe que tendria un hijo, y antes que este naciese le pronosticó que perderia toda su hacienda y que moriria en la mayor pobreza, como en efecto sucedió: pues aunque en su juventud nadó en riquezas, luego que llegó á la vejez le faltó hasta el pan para sustentarse. Mas no por esto desistió del buen camino que habia emprendido; sino que perseveró constante en las virtudes hasta la muerte, mereciendo que esta fuese correspondiente á la vida que habia observado.

Omito referir menudamente otros muchos casos por no ser mas estenso; pero no puedo pasar en silencio lo que es mas admirable y que, segun el parecer del prudentísimo Baronio, parecia como un milagro; esto es, que muchos, como instigados del demonio, iban á propósito para reirse y burlarse y murmurar

de este provechoso ejercicio, y quedaban rendidos y transformados por el mismo.

¡Oh gran fuerza y maravillosa eficacia de la palabra divina, pura y sencillamente esplicada! Iban aquellos para reirse y burlarse de la familiaridad del estilo con que en el Oratorio se manejaba la palabra de Dios, y con aquella quedaban humillados y vencidos! Como heridos con los pesados golpes de aquellas voces eficaces, ó como traspasados por las ardientes saetas de aquellos fervorosos sermones, se veian obligados á cambiar la risa en llanto; pero en llanto saludable, porque nacia de la compuncion de su contrito corazon; y renunciando despues el mundo y sus vanas pompas, y despojándose del viejo Adan y haciéndose otros muy distintos de lo que eran, vestian áspera lana, y se desterraban voluntariamente del mundo confinándose en las comunidades religiosas, en donde determinaban su vida santa y loablemente.

Uno de estos fué Juan Tomás Arena, natural de Cantazaro, en el reino de Nápoles, jóven de costumbres disolutas, que en 1562 frecuentaba el Oratorio de S. Gerónimo, no con otro fin

que el de reirse y burlarse de los razonamientos espirituales y de los que predicaban familiarmente. Turbáronse algunos hermanos del Oratorio al ver su desacato, y refirieron al santo Padre cuanto habian observado á fin de que con su autoridad pusiese oportuno remedio. Felipe sin embargo, que conocia perfectamente la eficacia de la divina palabra, y que con su vista mas que de lince preveia lo què debia suceder, les dijo: «Tened un poco de paciencia, y no dudeis». Continuaba en tanto el jóven sus burlas irreligiosas sin dar muestras de enmienda; pero la paciencia de Felipe fué mas constante que aquellas, y no permitió de modo alguno que se le dijese una sola palabra. La divina semilla al fin, aun cuando caia en un corazon de piedra, hizo su efecto; pues ablandado el pecho de Juan con el celestial rocío de la palabra de Dios, vertió de sus ojos un rio de lágrimas, con que trataba de lavar las culpas y errores que habia cometido al reirse de aquellos devotós y provechosos ejercicios, cuya eficacia conoció por esperiencia; y poniéndose enteramente en manos del Santo, entró por su consejo algun tiempo

despues en la religion de Predicadores, donde durándole aun el primer fervor de su noviciado murió religiosamente.

Semejante á esto fué lo que sucedió á otro jóven, cuyo nombre se ignora, que ricamente vestido y adornado con mucho lujo iba con frecuencia á oir los sermones á S. Gerónimo, pero con igual ó peor intento que el citado Arena, pues á las burlas añadia un grande estrépito y rumor, con lo que distraia á los demás. Esta insolencia desagradó mucho á los hermanos del Oratorio, principalmente por la distraccion que causaba, y acudieron al santo Padre para que con severa correccion humillase el orgullo y la libertad de aquel jóven presuntuoso. Sonrióse Felipe oyendo sus súplicas: despues dijo que lo dejasen estar, porque en breve seria el jóven mejor y mas santo que ellos, como sucedió en efecto; pues reconociendo al fin su error sin que ninguno se lo advirtiese, para hacer penitencia condigna entró en una austera Religion, en la que perseverando laudablemente pasó á la otra vida cargado de méritos y virtudes.

Pero no solo en Roma produjeron tan bellos

frutos estos ejercicios; pues transplantados á otras regiones los dieron tambien copiosos. En Nápoles además de las abundantes cosechas que recogieron con sus eficaces sermones el P. Francisco María Tarugi y monseñor Juvenal Ancina; predicando el P. Troyano Bozzuto, que fué despues obispo de Caprea, obtuvo que muchas veces su auditorio pidiese á Dios en alta voz perdon de sus pasadas culpas. Un dia en particular pasando algunos jóvenes por la iglesia del Oratorio con el ánimo dominado por la pasion de la ira, se encontraron que predicaba aquel Padre, y que trataba precisamente del perdon que debemos á los enemigos; y fueron tales sus palabras y tan eficaces las razones que presentaba, que como por fuerza se detuvieron á oir todo su razonamiento, mientras que aquella furia del abismo los inducia á saciar al punto con sangre ajena la sed de su ánimo vengativo. Pero quedaron tan persuadidos, que no bien hubo terminado su discurso el Padre, postrados á sus piés depusieron el veneno del odio y juntamente las armas con que habian determinado vengarse: se confesaron con él, y se recon-

ciliaron con Dios y con sus prójimos. Además por obra del mismo Padre abandonaron muchos el mundo y cuanto este podia prometerles; logrando en un solo dia que diez y siete jóvenes que atrajo con sus sermones y mantuvo despues con otros ejercicios espirituales, vistieran el hábito religioso.

CAPÍTULO IX.

Introduce Felipe la oracion cotidiana y comun en el Oratorio.

Siendo como es la oracion la llave de oro con que se abre no solo el cielo, sino por decirlo así aquellas arcas y cajas en donde se conservan como en riquísimo erario los auxilios y gracias de que tanta necesidad tiene la humana flaqueza; el prudente Felipe para fortificar y animar á aquellos que con el poderoso auxilio de los discursos familiares del Oratorio habia levantado del profundo báratro de la culpa y encamináдolos por el sendero de la salvacion: pensó en darles el firme apoyo

de la oracion, cuya fuerza y eficacia habia esperimentado y por la cual habian llovido sobre su alma las gracias y favores del cielo. Y como es continua la necesidad que tiene la humana flaqueza de los auxilios divinos, juzgó que debia ser tambien continua la oracion que ha de impetrarlos; y al efecto dispuso que abriéndose á todos las puertas del Oratorio hubiese en él oracion á hora fija, y para que esta fuese mas ferviente y eficaz, quiso que se hiciera en comunidad segun la antigua costumbre de los primeros fieles.

Establecido este lugar, cuya comodidad atraia á los fieles, y en el que se inflamaban y enfervorizaban los unos con el ejemplo de los otros; señaló una hora fija para la oracion, y para mayor comodidad de los concurrentes dispuso que desde pascua de Resurreccion hasta las Calendas de setiembre, empezase á las seis de la mañana, y desde aquellas hasta la Pascua siguiente á las siete. Abriáse, pues, el Oratorio poco antes de la hora señalada por un hermano á quien se le habia encomendado este encargo, el cual tenia igualmente el cuidado de encender la lámpara y las velas, de

proveer de arena el reloj que debia medir el tiempo precioso destinado á tratar con Dios los importantes negocios de tantas almas, el libro de las sagradas preces que debian recitarse despues, como ya dirémos, y finalmente todo lo que era necesario para aquellos ejercicios. Dada la hora señalada se reunian allí los hermanos, y de rodillas delante de Dios por media hora, callando con la boca, pero clamando con el corazon con el mayor fervor que podian, trataban con su Señor del negocio de su alma, orando, llorando y suplicándole les perdonase las ofensas que le habian hecho; dándole gracias por los beneficios recibidos: pidiéndole los dones y las virtudes de que se juzgaban mas necesitados: alabando con todo su corazon á la divina bondad, y ocupándose por último en santas y devotas meditaciones, con las que su corazon se encendia siempre en mayor ardor.

Mas como en todos tiempos ha sido para la Iglesia católica de gran valor no solo la oracion mental, sino tambien la vocal, enseñada por los mas ardientes serafines que *clamabant alter ad alterum*, quiso el santo Padre

que en su Oratorio se uniese la una á la otra. Al concluir pues de pasar toda la arena del reloj que señalaba la media hora destinada para la oracion mental, haciéndose la señal con la campanilla por un sacerdote comisionado para esto, se recitaban en voz alta las letanías de los Santos: terminadas las cuales, al decir la oracion *Deus à quo sancta desideria,* quiso Felipe, amantísimo de la paz y caridad fraternal, para conciliarla y avivarla, mayormente en el pecho de los que frecuentaban el Oratorio, que dos de estos tomasen dos imágenes de la Vírgen con Jesucristo nuestro Redentor, y las diesen á besar al mismo sacerdote, que les decia *Pax vobis*, á lo que respondian, *et cum spiritu tuo*: despues secesivamente las daban á besar los mismos á todos los concurrentes. Entre tanto habiendo terminado el sacerdote las oraciones acostumbradas despues de las letanías, de órden del mismo santo Fundador, á quien por la gran práctica que tenia en dirigir las almas, era bien conocido lo difícil que es el perseverar en el bien; exhortaba á todos á rezar cinco Padre nuestros y cinco Ave Marías para obtener de Dios la perseve-

rancia en su santo servicio. Despues los invitaba á decir otros dos Padre nuestros y dos Ave Marías por la santa Iglesia, por el sumo Pontífice, cardenales, prelados y príncipes cristianos, por la conversion de los infieles, herejes y pecadores, y otro Padre nuestro y Ave María con el *Requiem æternam* por los hermanos del Oratorio y por todos los demás difuntos: por donde se manifiesta cuán viva era la caridad del bienaventurado Padre, que á todos abrazaba en su augusto pecho y pensaba en las necesidades de todos. Y por último á fin de pagar un tributó cotidiano á su gran Reina, Madre y Fundadora del Oratorio, ordenó que el mismo sacerdote dijese *Dominus det nobis suam pacem*, y que todos rezáran despues la *Salve Regina*, ú otra antífona de la Vírgen de las que usa la Iglesia segun la variedad de los tiempos; y diciendo despues un Padre nuestro y Ave María y cinco veces el santísimo nombre de Jesus por las necesidades de los hermanos encomendados á las oraciones comunes; segun la intencion de cada uno, se imploraba la continuacion del auxilio divino diciéndose: *Divinum auxilium maneat semper nobiscum*,

y de este modo terminaba este santo ejercicio.

Pero como las alas del alma, con que esta se eleva desde las cosas terrenas hasta las celestiales, son la oracion y la mortificacion, de tal modo que segun el consejo de los Santos y maestros del espíritu, no debe separarse la una de la otra; el santo Padre instituyó que en su comun y público Oratorio se ejercitase tambien la santa mortificacion, estableciendo al efecto que en tres dias de la semana, esto es, el lunes, miércoles y viernes en vez de rezar las letanías se tomára la disciplina. Concluida, pues, la acostumbrada media hora de oracion mental, y apagadas las luces, entonaba un sacerdote del Oratorio un breve paso de la pasion del Redentor para escitar los ánimos á tomar un castigo voluntario de la propia carne, en pago de las culpas pasadas y como preservativo de las futuras, ya que el Hijo de Dios por las mismas con tanto amor se dignó padecer inocentemente tan graves penas. En seguida cada uno, con instrumento destinado al efecto, se disciplinaba mientras se cantaban los Salmos *Miserere* y *De profundis*, y por último rezándose el Padre nuestro

y Ave María arriba dichos y la antífona de la Vírgen, se finalizaba este ejercicio.

Establecidas así las cosas que con tanto órden y devocion debian practicarse en el Oratorio, si grande fué el concurso de gentes que se agolpaban á oir los sermones familiares introducidos por Felipe, no fué menor ciertamente el que se reunió en el mismo lugar cuando abrió para universal beneficio aquella grande escuela de oracion. Pero no es de estrañar que tanta fuese la afluencia del pueblo que se reunia allí para orar, cuando todo el que con el Santo hacia oracion, aunque esta se prolongase demasiado, no solo no sentia cansancio ó fastidio, sino que jamás habia gustado una suavidad y dulzura semejantes. Memorable fué á este propósito lo que sucedió á Francisco María Tarugi la primera vez que habló con el Santo; pues haciendo en su compañía una hora entera de meditacion, aunque á la sazon Tarugi tenia poca práctica ó mas bien era en ella novicio, por lo que hubiera debido sentir naturalmente fastidio y tedio en tan largo rato; sin embargo fué tal la suavidad de espíritu que esperimentó, que pasada la

hora no hizo alto en ello por la escesiva dulzura que le comunicó la compañía de Felipe. Y de dos antiguos hijos suyos llamados el uno Simon Grazini, florentino, el otro Alejandro Salvio, de Sena, refiere casi lo propio el P. Bernabé en la vida del santo Padre, intercalada en las *Actas de los Santos* por los célebres PP. Bollando y Papebrocquis; pues orando con él sintieron llenarse sus corazones de celestial júbilo, de modo que les pareció un breve instante la hora entera que pasaron en aquel sacrosanto ejercicio; por lo cual segun ellos mismos confesaron, hubieran estado orando siempre por su voluntad, si siempre el mismo júbilo hubiera inundado sus almas.

Cuán acepta y agradable fuese á Dios la oracion en comunidad, establecida por su siervo Felipe en el Oratorio, cada cual puede conocerlo fácilmente, mas no parece sino que el mismo Dios quiso manifestarlo con celestiales visiones. Es fama que en el Oratorio de Nápoles mientras se hacia en comunidad la acostumbrada oracion, se aparecieron dos Angeles que bajo la figura de graciosos y nobles jóvenes estuvieron esparciendo flores sobre

aquella devota reunion. Y no hay por qué estrañarlo; pues si Jesucristo declaró que en donde estuviesen reunidos dos ó tres para dirigir sus ruegos al Altísimo, Él se hallaria tambien en medio de ellos; nada tiene de singular que se hallasen presentes los Angeles en donde estaban reunidos muchos hombres con el mismo objeto. Y si el oficio de aquellos es presentar y ofrecer á Dios los delicados perfumes de las oraciones de los justos, quisieron en esta ocasion dejarse ver esparciendo flores sobre aquellos fieles congregados, acaso para mostrar que habiendo agradecido y aceptado la majestad de Dios el perfume de sus plegarias, les concedia aquellas virtudes que ellos tal vez le pedian ardientemente, representadas por las bellas y olorosas flores que sobre ellos sembraban aquellos hermosos y celestiales mancebos.

CAPÍTULO X.

Introduce S. Felipe para alivio y consuelo de los pobres enfermos las visitas frecuentes á los hospitales de Roma, dedicándose á ello con incansable caridad los de su Oratorio.

Tenia sobrada razon el venerable Juvenal Ancina en afirmar que Felipe se mostraba admirable especialmente en la prudencia y destreza para inventar y promover ejercicios espirituales; la verdad de sus palabras se comprueba no menos con lo que hasta ahora se ha referido, que con lo que se dirá en los capítulos siguientes. Dijimos que habiendo abandonado el Santo el comercio en el mundo, al que pretendia inclinarle su padre, se trasladó á Roma para comerciar en espirituales y celestiales riquezas: y bien presto conoció las eternas ganancias que le ofrecia el vasto campo de los hospitales de Roma, siendo no solo ricos mercados en donde puede ganarse mucho con poco trabajo, sino inagotables minas en que enriquecerse espiritualmente; por cuyo motivo iba con frecuencia á tales lugares, consumiendo en tan piadoso y cristiano ejer-

cicio todo el tiempo que le sobraba de las continuas meditationes y contemplaciones de las cosas divinas. Habiendo visto por esperiencia las grandes ganancias de tan fructuosa ocupcaion, como que los mercaderes espirituales no tienen celos de que los demás se enriquezcan, ni temor de que les quiten su lucro; antes bien cuanto mas procuran que atesoren los otros tanto mas creen acumular pasa sí; propuso á sus hijos, y los animó no menos con su ejemplo que con sus exhortaciones, á que se impusieran la piadosa costumbre por largo tiempo abolida en Roma, como afirma Gallonio, de ir á servir los pobres enfermos de los hospitales. Así pues luego que habia confesado á sus hijos en los dias festivos, despues de la debida preparacion para recibir al Señor, y concluida la misa, communion y accion de gracias, se dividian aquellos en tres secciones, de las cuales una iba al hospital de san Juan de Letran, otra al de la Vírgen del Consuelo, y la tercera al de Santo Espíritu; quedando edificada con su ejemplo toda la ciudad de Roma, tanto por el piadoso recogimiento con que iban aquellos devotos jóvenes por las

calles, cual convenia á los que poco antes habian alojado en su pecho al mismo Jesucristo é iban entonces á servirle en la persona de los pobres enfermos, cuanto por el mérito de las caritativas obras en que iban á emplearse. Llegando al hospital cada uno procuraba con oportunos y espirituales discursos consolar al enfermo á cuyo servicio estaba destinado, exhortándole á la paciencia, persuadiéndole á que medicinára no solo su cuerpo con los remèdios, sino su alma con el sacramento de la Penitencia, y animándole á esperar en la divina misericordia: despues se esmeraba en ayudarle y servirle en cuanto habia menester, y á mas le recreaba dándole alguna cosa de las várias que aquellos devotos hermanos llevaban para consuelo de los pobres enfermos. De entre los mas fervorosos de aquellos, que entre todos eran unos treinta ó cuarenta, mandaba todos los dias el santo Padre algunos á hacer la misma caridad con gran provecho de los enfermos y de los que en los mismos hospitales estaban destinados á su cuidado y servicio; aprendiendo de ellos el modo de servirlos con caridad. Y bien podian servir de

modelo: pues enseñados por su santo maestro, tenian por única advertencia que no pensasen que servian simplemente á los enfermos en lo que necesitaban, sino que para hacerlo con aquella fineza de caridad que convenia debian atender á la fe; imaginándose que aquel pobre era Jesucristo, y *tener por cierto* que lo que hacian por el enfermo lo ofrecian al mismo Jesucristo, porque así lo cumplirian con mayor y mas perfecto amor, y la ganancia de su alma seria incomparablemente mas notable.

Ni debemos pasar aquí en silencio como en tan santo ejercicio se empleaba por las exhortaciones de Felipe no solo la gente humilde y mediana, sino personajes notables por sus letras y nobleza. Cesar Baronio, no obstante estar ocupado en los ejercicios del Oratorio y en componer la grande obra de los *Anales*; fué diariamente por espacio de muchos años á visitar los enfermos. Juan Bautista Salviati, hermano de Antonio María Salviati, cardenal, y pariente cercano de Catalina de Médicis reina de Francia, separado del mundo por las eficaces palabras del Santo, como ya se ha dicho, entre otros espirituales ejercicios que con

mucho fervor abrazó fué uno el de la continua asistencia á los hospitales sirviendo con sus manos á los pobres enfermos, y haciendo con ellos los oficios mas humildes y bajos, con suma edificacion de quien lo observaba y particularmente de quien sabia qué personaje era. En efecto, sucedió con un pobre enfermo, que habiendo estado en otro tiempo á su servicio, se hallaba á la sazon postrado en una cama del hospital del Consuelo, y quien nada sabia de la mudanza de vida de su señor, que viéndole junto á sí, y oyendo que le instaba para que se levantase, juzgó que lo decia por burla; no pudiendo persuadirse que un caballero mundano y de nacimiento tan elevado quisiera ejercitarse en tan bajo ministerio, por lo cual constrastó un buen rato la incredulidad y respeto del siervo con la caridad del señor: aunque al fin quedó vencedora esta, teniendo que ceder la obstinacion del enfermo á las repetidas instancias de Juan Bautista. De modo que el humilde caballero de Jesucristo nunca fué mas honrado, que cuando por amor de su Dios servia al proprio siervo en cuanto necesitaba.

Inútil es manifestar lo grato que era á Dios todo esto: baste decir que para que se inclinasen mas eficazmente los hombres á dedicarse á aquel caritativo ejercicio, no dejó nuestro Señor de obrar algunos singulares prodigios. Dos cosas sobre todo suelen alejar á los fieles de servir á Jesucristo en los hospitales; la una es el temor de contraer algun mal por la atmósfera que reina en ellos, que con la muchedumbre de hábitos enfermos juzgan no solo poco sano sino inficionado, y la otra, la repugnancia que causa la suciedad que necesariamente allí se encuentra. Pues bien: para quitar la falsa aprension del primer obstáculo y la sobrada delicadeza del segundo, echó mano Dios en aquellos tiempos de dos operaciones maravillosas. Testifica Cesar Baronio que habiendo ido muchas veces á la acostumbrada visita de los hospitales, y estando él mismo acometido de fiebre, que parecia que debiera habérsele agravado en aquel recinto volvia enteramente libre de ella, y encontraba la perdida salud en aquellos receptáculos de enfermedades y de malos humores. Tan cierto es que quien vá á ejercitar

aquella caridad, no debe temer el encontrar mal alguno, cuando allí se curan las enfermedades maravillosamente en vez de contraerlas; y aunque á las veces sean de naturaleza contagiosa, no lo son para los que por amor de Dios asisten á los enfermos, como afirmó el Nacianceno: *Eos, qui ægrotantibus assistunt, et propter Deum serviunt, singulari Dei munere ab infirmitatibus etiam contagiosis non infici.* Pero quizás es mas estraño lo que tocante al segundo caso sucedió á una señora, llamada Flora Ragni, antigua penitente de Felipe y su primogénita, segun él mismo la llama en una carta que se conserva y venera en la Congregacion del Oratorio de Nápoles, á cuya ciudad vino ella á habitar.

Esta virtuosa señora, pues, cuando estaba en Roma y el santo Padre dirigia su conciencia, iba con otras señoras de gran piedad por órden de este á ejercitarse en algunas obras de caridad varios dias de la semana á la casa de los *Huérfanos,* que está en la plaza Capranica, tales como hacerles las camas y asearlos. No fué pequeña la repugnancia que sintió ella al principio en tal ejercicio, por la molestia y

fastidio que le causaba la hediondez de tales sitios; pero como virtuosa que era y obediente al santo Padre, de cuya voluntad dependia, no quiso dejar aquel cargo, y se contentó con participar á su Santo director su repugnancia. Quiso saber Felipe por menor en qué sentia mas repugnancia; la buena señora respondió que principalmente el ver cierta clase de bichillos que encontraba al limpiar aquellos pequeños huérfanos. Entonces el Santo, que no queria sino la aceptacion de la victoria y no ya la ejecucion, le mandó que el primero de aquellos, que le viniese á la mano, se lo pusiera en la boca. Aterrada con tan dura órden la señora respondió : « Padre, ¿cómo es posible hacer eso?» á lo que añadió Felipe : «Vé y hazlo.» Llegó el dia establecido, en que debia segun costumbre ir á servir á aquellos pobres niños; y era increible la repugnancia que sentia pensando que llegaba la hora de cumplir el duro mandato; pero armándose de valor venció toda repugnancia é intrépida se fué al lugar destinado. Entregándose allí á los acostumbrados ejercicios, usó no solo de la ordinaria sino de mayor diligen-

cia para encontrar alguno de los aborrecidos animalillos; y no pudo encontrar ninguno, aunque de otros de diversa especie hallase no pocos; con lo que no pudo cumplir lo mandado por faltarle, no sin prodigio, la ocasion de ponerlo por obra. Yendo pues á la mañana siguiente á confesarse con el santo Padre, este como rígido exactor de sus preceptos la preguntó si habia hecho lo que se le habia impuesto, á lo que ella contestó refiriendo lo ocurrido y el Santo con una sonrisa la despidió. Todo estó lo manifestó ella despues de la muerte de Felipe en las informaciones que se hicieron en Nápoles de órden de la sagrada Congregacion de ritos para su canonizacion.

Grande era sin duda la ganancia que hacian los hijos del Santo, frecuentando los hospitales, en los que subia de punto, por decirlo así, el oro de su caridad; pero no menor era el provecho que sacaban de ello los pobres enfermos, no solo porque se aliviaban en cuanto al cuerpo y se recreaban con aquellas continuas y amorosas visitas y con varios regalos que les llevaban los mismos, sino porque sus almas eran socorridas con una utilidad

que á fuer de espiritual, era incomparablemente mayor para ellos. A mas de las eficaces exhortaciones, con que los invitaban á la paciencia y al sufrimiento y los inducian á otros actos virtuosos, continuamente recibian por su medio los últimos Sacramentos, de que acaso se hubieran visto privados. Esta desgracia le hubiera sucedido exactamente á un pobre enfermo, si Baronio, ó mas bien el mismo santo Padre, no le hubiese socorrido. Habia llegado aquel infeliz fuera de hora al hospital de Santo Espíritu, y metiéndole en cama antes que manifestase los males de su alma al confesor, se agravó entre tanto su dolencia en tales términos que sin pérdida de momento hubo que administrarle la santa Uncion. En tan crítico estado, marchando á pasos acelerados á su ultimo fin, indudablemente hubiera pasado al otro mundo este desdichado sin recibir la absolucion sacramental de sus culpas, si Felipe, llamando intempestivamente á Baronio, no le hubiera mandado que fuese al hospital de Santo Espíritu. Excusóse Cesar diciendo que ya era tarde y que habia pasado la hora acostumbrada; pero sin em-

bargo por obedecer al Santo se encaminó allá y llegando á tiempo que parecia que su caridad debiera estar ociosa, se puso á pasear por el hospital, cuando casualmente, ó mejor dicho, por divina disposicion, se encontró con aquel desgraciado, quien, segun se usa con los moribundos, tenia el Crucifijo y la lámpara al lado de la cama. No dejó Baronio pasar la ocasion; dirigióse de seguida al moribundo y se puso á decirle algunas palabras proporcionadas á su estado, para confortarle, hasta que prosiguiendo su discurso, vino en conocimiento de que aquel pobrecito que á tan grandes pasos caminaba hácia la eternidad, no se habia aliviado del peso de sus culpas, ni provisto para su viaje del Pan eucarístico. Dispuso pues que inmediatamente le fuesen administrados aquellos dos importantes Sacramentos, y no bien los recibió, cuando como si el alma no esperase ya otra cosa para desprenderse de los lazos del cuerpo exhaló el último suspiro. Refirió Baronio al santo Padre cuanto habia ocurrido, el cual atribuyéndolo no ya á su vista perspicaz, sino á la fuerza y virtud de la obediencia, le dijo:

«Ahora vé y aprende á obedecer sin réplica.» Este ejercicio tan laudable se ha conservado y se conserva en la Congregacion del Oratorio, yendo frecuentemente á servir y consolar á los enfermos de los hospitales los hermanos seglares del Oratorio, acompañados de los Padres prefectos del mismo, con mucho fruto y edificacion no solo en Roma, sino aun en otras ciudades ilustres en donde se ha establecido el instituto del Oratorio.

CAPÍTULO XI.

Celo de Felipe en favor de los infieles y muy especialmente de los hebreos.

Hemos visto ya cómo correspondió Felipe á los designios de la divina Providencia al destinarle á la Capital del orbe católico y no á las Indias como él deseára en un principio en union de otros. No obstante esto siempre conservó un afecto simpático hácia el suspirado Oriente, en términos que cuando en Roma trataba con alguno de aquella parte del mun-

do, sentia abrasársele el corazon, palpitándole como si pretendiera salírsele del pecho para volar allá á emplearse en la salud del prógimo y en servicio de su Señor. En cuanto alcanzaron despues sus fuerzas, no cesó de procurar la salvacion de los infieles en Roma, á cuya simple vista no podia contener las lágrimas; y de tal modo ardia en deseo de salvarlos, que para convertirlos no perdonaba medio que estuviese á su alcance. Y Dios le concedió ver el abundante fruto de sus afanes; pues muchísimos por sus persuaciones y poderosos ruegos se redujeron al gremio de la santa Iglesia.

Referirémos á este propósito algunos de los casos ocurridos al Santo. Iba él en una ocasion con Próspero Crivelli, su penitente, á la sacrosanta basílica Lateranense, cuando se unió á ellos en la calle un hebreo. Entrando juntos en la iglesia, y arrodillándose delante del altar del Santísimo, solo el hebreo con la cabeza cubierta y vuelto de espaldas al altar permaneció con la mayor indiferencia. Acercóse Felipe á él, y le insinuó que hiciera esta breve oracion al menos: « Si sois vos el verdadero

Diós, haced, Cristo, que abrace yo vuestra cristiana religion»; pero obstinado el hebreo lo rehusó diciendo «que no podia hacerlo, porque seria dudar de la verdad de su fe.» A esta respuesta tan terminante, volviéndose Felipe á los que estaban en la iglesia, les dijo iluminado por una luz superior: «Rogad por este à la Majestad divina, porque sin duda se hará cristiano». El éxito demostró la verdad de esta prediccion y la virtud de sus oraciones; pues poco despues, con la ayuda de Felipe, y merced á sus poderosas plegarias, fué este infeliz regenerado en Jesucristo por las aguas del Bautismo.

Yendo en otra ocasion Marcelo Ferro, sacerdote é hijo espiritual del Santo, á la basílica del Príncipe de los Apóstoles en la vigilia de su fiesta, se encontró con dos jóvenes hebreos que se entretenian en el pórtico de aquel célebre templo; y siempre celoso por la salvacion del prójimo, empezó atentamente á hablar con ellos, y poco á poco giró la conversacion hasta llegar á discurrir sobre nuestra santa Religion; y á fin de aficionar mas á aquellos jóvenes ponderó particularmente la gloria de

los Apóstoles S. Pedro y S. Pablo que habian sido hebreos, invitándoles por último á que fueran un dia á ver á Felipe, que habitaba en S. Gerónimo. Prometiéronselo los jóvenes, y lo pusieron en ejecucion. Es indecible el cariño y ternura con que los recibió el Santo cuando los vió; por lo que movidos de su maravilloso atractivo continuaron visitándole todos los dias; pero cesando de pronto en sus visitas, entró Felipe en cuidado, y solícito por la salvacion de aquellos jóvenes mandó á Ferro que á toda costa los buscase. Fué él inmediatamente al lugar en donde habitaban, y supo por la madre que uno de ellos, afligido de una enfermedad grave, estaba á las puertas de la muerte. Pidióla Marcelo con instancias que le permitiese verle; y disponiéndolo Dios así, accedió aquella, suplicándole que indujese á su hijo á tomar algun alimento, y que se lo administrase él mismo, porque tal vez se decidiria á tomar de su mano lo que la inapetencia ó la repugnancia no le permitan ni aun mirar. Y en efecto, tomó cuanto le ofreció el sacerdote, el cual aprovechando la conyuntura, se acercó al oido del jóven, y en secreto

le dió mil espresiones de parte de Felipe, con cuyo nombre quedó consolado el enfermo, manifestando su satisfaccion con una sonrisa: despues al retirarse Marcelo le recordó la promesa hecha al siervo de Dios de abrazar la religion cristiana; y habiéndose ratificado en ella el enfermo, partió aquel lleno de consuelo á dar parte de todo á Felipe. Aseguróle este que en breve ayudado de las oraciones recuperaria la salud del cuerpo, y regenerado con las aguas del Bautismo, obtendria tambien la del alma, conforme sucedió; pues ya restablecido, volvió con su hermano á ver á Felipe, y ambos á dos se bautizaron á instancias de este.

Mayor trabajo hubo de costar al Santo la conversion de otro hebreo, por haber tenido que desprenderle del doble lazo de la superstición paterna y de las riquezas, siendo como era de familia muy principal y rica entre los hebreos. Más sin embargo de todo pudo reducirle al camino de la salud, y se le bautizó en la basílica Vaticana. No contento Felipe con esta victoria, quiso conseguir otra mayor, valiéndose de este mismo jóven para atraer á la fe á su padre. Al efecto le hacia conversar

con este, sin embargo de que al Pontífice Gregorio XIII, reinante á la sazon, parecia muy peligrosa tal conversacion, por el daño que podia recibir fácilmente aquella tierna planta con el trato del padre endurecido en la obstinacion hebráica. Pero el Santo, que ilustrado por una luz sobrenatural veia aun las cosas lejanas y ocultas, protestó que él le hacia conversar con su padre, porque abrigaba la esperanza de que este se convertiria infaliblemente por medio de su hijo: y no se engañó; pues tanto hizo el ingenioso mancebo que le persuadió á que fuera con él á ver á Felipe, en donde quedó cogido en las redes del Evangelio.

Habiéndosele muerto á este mismo un hermano muchos años despues, separó á cuatro hijos suyos del trato con los hebreos para hacerlos catequizar y reducirlos á la fe, y los presentó á Felipe, que entonces habitaba en la Vallicella. Acariciólos el Santo con grande amor; pero no entró á hablarles de materias de fe hasta pasado algun tiempo, que empezó á exhortarlos á que se encomendasen al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacób á fin de

que les hiciese conocer la verdad; y él mismo les ofreció que haria oracion por ellos, añadiéndoles además que en la misa haria violencia al Señor. Y estaba tan seguro Felipe que obtendria del Señor la conversion de aquellas almas, que dijo á algunos: «Mañana cuando diga yo misa dirán que *sí*». Se habian manifestado ellos duros y pertinaces hasta entonces, y aun en la mañana siguiente, á pesar de haberles rogado muchos que se ablandasen, permanecieron impasibles hasta tanto que celebrando misa Felipe, segun su prediccion, cambiaron instantáneamente de idea, por la poderosa fuerza de la gracia, dando el deseado consentimiento para bautizarse; y uno de ellos depuso en el proceso que aquella mañana contestó afirmativamente, porque le pareció que un espíritu, que debia ser su Angel custodio, le decia que pronunciase un *sí*.

Habiendo dado los jóvenes su consentimiento, Felipe y los Padres los tuvieron en su casa para amaestrarlos en la fe, y enseñarles los principales misterios de nuestra religion: cuando hé aquí que uno de ellos cayó enfermo de tanta gravedad, que temiendo al segundo

dia por su vida, trataron de bautizarle. Pero yendo el Santo á visitarle aquella misma tarde despidió á cuantos estaban en su cuarto, y tocándole en la frente puso despues su mano sobre el pecho, encomendando de este modo á Dios la salud del enfermo con el fervor que solia, hasta que al fin volviéndose á este, le dijo resueltamente: «No quiero que tú mueras, porque dirian los hebreos que los cristianos te habian hecho morir; y así haz que me recuerden mañana que ruegue por tí en la misa». Oyendo esto el P. Pedro Consolino, á quien era bien conocida la eficacia de sus oraciones y la veracidad de sus promesas, dijo al enfermo que curaria de seguro. Sin embargo pasó tan mal la noche, que al llegar la mañana juzgó su médico Gerónimo Cordella que estaba próximo á morir, por lo que avisó á su tio para si queria verle antes de que espirase. Pero recordando Consolino á Felipe de parte del enfermo la estremada necesidad en que se hallaba, celebró misa el Santo, terminada la cual pudo sentarse el jóven en la cama como si estuviera sano; y viniendo á poco el tio le encontró sin fiebre.

Nada de esto sabia el médico Cordella; así que viniendo á visitarle despues de comer, y hallándole sano, dudó al principio si le habrian burlado, como él mismo dijo á un paisano suyo, añadiendo con gracia despues que se repuso de la admiracion: «Con que teneis los médicos en casa, y vais á buscarlos fuera». Y decia la verdad; pues que esta maravillosa cura fué toda obra de Felipe, que con la fuerza no de los remedios humanos sino de sus oraciones, detuvo aquella alma próxima á desprenderse de los lazos del cuerpo, como él mismo aseguró al enfermo luego que estuvo bueno, diciéndole: «Hijo mio, ibas á morir sin remedio, pero yo no he querido, porque no dijese tu madre que nosotros éramos la causa de tu muerte.»

Habiendo pues recobrado la salud de un modo tan admirable, fué bautizado este jóven en union de los otros por Clemente VIII en S. Juan de Letran el dia de los santos Apóstoles Simon y Judas, con gran contento de Felipe y de los jóvenes convertidos, los cuales, apenas fueron regenerados en Jesucristo, inflamados de caridad desearon sacar á su

madre del error en que vivia obstinada y ciegamente. Procuraron, pues, y obtuvieron de los superiores que separada ella de la sociedad de los demás hebreos estuviese en la casa de Julia Orsini, marquesa Rangona, y luego recurrieron á Felipe para que los alentase con la esperanza de la conversion de su madre. Aseguróles este, como si tuviera á la vista lo que habia de suceder, « que no se reduciria por entonces, porque no convenia; pero que lo haria en tiempo mas oportuno con otros muchos »; como se verificó exactamente, pues al cabo de seis años se afilió en la bandera de la Cruz con otros veinte y cuatro parientes suyos.

Pero no se redujo el celo de Felipe solo á los hebreos, de los que convirtió tan gran número, sin embargo de que por su obstinacion es empresa muy árdua; sino que se estendió tambien á los herejes y con un éxito estraordinario. Harémos mencion entro otros muchos del famoso heresiarca Paleologo, en cuya conversion intervinieron muchas cosas singulares, que prueban manifiestamente el celo y virtud de Felipe. Condenado aquel miserable, como heresiarca, á las llamas del sagrado tri-

bunal de la Inquisicion, y siendo ya conducido al suplicio, lo supo Felipe estando en el confesonario en S. Gerónimo; y compadeciéndose de la condenacion eterna de aquel infeliz obstinado, se puso en marcha al punto para salirle al encuentro en la calle que llaman del Peregrino. Encontróle en efecto, é inmediatamente sin que le sirvieran de obstáculo ni los grupos de curiosos, ni los guardias que acompañaban al reo, se metió por donde era mas espesa la turba hasta llegar á él; y abrazándole con ternura, le habló dulce y eficazmente de los importantes intereses de su alma. Despues de esto, como si hubiera echado ya en aquel corazon la semilla de la palabra divina, se separó de él para esperar el fruto. No se hizo este desear mucho tiempo; pues llegando á Campo de Flor en Roma, en donde debia ejecutarse la justicia, sintiendo la fuerza de las palabras de Felipe, aunque no le conocia, empezó á decir: *Ubi est ille vir, qui loquitur in simplicitate Evangelii?* Y al acercarse al palo, en que atado debia ser quemado vivo, apareció Felipe benigno y lleno de gravedad, y mandó á los ministros de justicia con

una superioridad que le comunicaba el cielo *tanquam potestatem habens*, que no ejecutasen el castigo; al mismo tiempo indujo con sus dulces exhortaciones al reo á que se pusiera sobre un banco para desdecirse de sus errores, y detestar públicamente sus herejías, y por último para asegurarle mejor obtuvo que le condujesen de nuevo á la prision.

Visitábale con frecuencia en ella, procurando con sus discursos enternecer su corazon; y para humillar su orgullo, que suele ser compañero inseparable de la herejía, le dió á leer las vidas de los VV. Juan Colombino y Yacopone de Todi, afirmando que tal clase de gente mas que con la sutilizas y disputas, se gana con los ejemplos de los Santos. Finalmente para granjearse su benevolencia, obtuvo de Gregorio XIII que á mas de la racion que acostumbraba dar á los reos el santo Tribunal, se le concediese una buena limosna; de este modo le obligo tanto, que á cada paso se lamentaba de no haber conocido antes á Felipe. Pero como á veces suelen ser instables los buenos propósitos de los herejes, no perseveró mucho tiempo en la religion católica;

sino que en parte volvió á adherirse á sus falsas opiniones, como lo presagió Felipe diciendo, «que ya en alguna ocasion no le habia agradado su conversion». De aquí es que como reincidente se le condenó al fin á ser degollado; pero Felipe que jamás le desamparó, hizo tanto, que arrepentido de nuevo dió en la muerte señales de verdadera contricion, asistiéndole en aquel trance, por órden del Santo, Cesar Baronio y Francisco Bordini, individuos ambos de la Congregacion.

Finalmente el mismo celo por la propagacion de la fe le sugirió el medio de atender aun á los que estaban distantes de él: y no solo á los que vivian, sino á los que habian de nacer despues de una larga serie de años favoreció con mandar á Baronio que discurriese en primer lugar sobre la Historia eclesiástica, y despues escribiese los *Anales* de ella, para poner en claro muchas verdades pertenecientes á la Iglesia, que ó se hallaban sepultadas en las tinieblas de la antigüedad, ó desfiguradas por la malicia de los herejes. Con esta obra quedó confundida la herejía, que arrogante triunfaba en el septentrion con

las mentiras que divulgaban los herejes, y se puso un dique á la malicia con que engañaban á los hombres que desconocian los sucesos de la Iglesia. Además hizo que dos Padres de la Congregacion compusiesen y publicasen en beneficio de los cristianos que habitaban en Pera, arrabal de Constantinopla, un libro de confesion, como se vé en un escrito presentado por él al Papa. De este modo Felipe, sin salir de Roma, ayudó por sí y por otros á los infieles, y cooperó á la propagacion de la fe católica y á la conservacion de ella en el Oriente, como testifica la Bula de su canonizacion, en que se dice que *sedentes in tenebris, et umbra mortis infideles ad clarissimum fidei lumen adduxit.*

CAPÍTULO XII.

Dá principio Felipe al Oratorio en S. Gerónimo de la Caridad; despues á instancias de los Florentinos, mediante la autoridad pontificia, toma el gobierno de su iglesia de S. Juan en Roma, sin dejar por esto á S. Gerónimo, en donde es perseguido por los malos, y ofendido no pocas veces con insolencias y villanías.

Corria el año 1558, cuando siendo estrecha para la muchedumbre la estancia de Felipe, en donde se celebraban los ejercicios, solicitó este y obtuvo de los diputados de S. Gerónimo de la Caridad un lugar ámplio y capaz sobre la nave de la iglesia; y acomodándole decentemente en forma de Oratorio, trasladó á él el ejercicio de los razonamientos espirituales, según hemos dicho mas arriba. Movidos los Florentinos del fruto que se sacaba y del concepto que les merecian su bondad y santidad, desearon que se encargase él de la iglesia de S. Juan de su nacion: y si bien al principio se mostró poco propicio el Santo, interponiendo su autoridad el sumo Pontífice Pio IV, bajó la cabeza y aceptó el gobierno de aquella, con condicion sin embargo de se-

guir habitando en S. Gerónimo, en donde, como verémos, siendo ejercitada su paciencia por la insolencia de algunos malos, encontraba él sus delicias.

A fin pues de que estuviese bien servida la nueva iglesia, hizo que se ordenasen de sacerdotes tres de los suyos que fueron Cesar Baronio, Juan Francisco Bordini y Alejandro Fedeli, mandándolos á habitar en S. Juan; á los cuales se reunieron poco despues Francisco María Tarugi y Angel Velli. Estos fervorosos é incansables operarios se ejercitaron en aquella iglesia por diez años consecutivos en actos de humildad y de caridad; no dejando ni por un dia, á mas de las graves atenciones que tenian en S. Juan, de ir varias veces á la iglesia de S. Gerónimo para honrar á su amado Padre, confesarse con él y asistir á los ejercicios del Oratorio. Sin embargo pasados diez años y considerando los Florentinos la grave incomodidad que sufrian aquellos Padres, rogaron al Santo que trasladase á su iglesia los ejercicios, y al efecto fabricaron un espacioso Oratorio, al que por complacer á aquellos señores y para aliviar el peso de sus

hijos, trasladó los ejercicios el 15 de abril de 1574. El sin embargo no quiso salir de S. Jerónimo, aunque le instaron para ello, por no perder el mérito que podia adquirir con las ocasiones que allí se le ofrecian de ejercitar su paciencia.

Vivian en aquella casa disfrazados con el traje de clérigos dos religiosos apóstatas, de costumbres perversas y de insolentes modales. Instigados por Vicente Teccosi de Fabriano médico de profesion y uno de los diputados de S. Gerónimo de la Caridad, (al cual no agradaba por la desemejanza de costumbres que habitára Felipe en S. Gerónimo) con manifiestos insultos y descaradas villanías trataban de hacerle partir. Cuidaban ellos de la sacristía, por lo que apenas veian que venia el Santo á decir misa, ya le cerraban la puerta, ya le negaban los ornamentos ó le daban los mas deteriorados, diciéndole entre tanto por lo bajo mil palabras ofensivas é injuriosas: bien le escondian el cáliz, ó el misal, ó le hacian desnudarse cuando estaba revestido; bien (y esto era amenudo) le hacian ir de un altar á otro, ó volver á la sacristía, llegando

hasta quitarle con mano sacrílega el cáliz que llevaba para ofrecer en sacrificio al Altísimo la sangre del Cordero inmaculado. El sin embargo no solo sufria con invencible paciencia tan descaradas afrentas, sino que se esforzaba con suma afabilidad por endulzar la aspereza de su grosera conducta, tratándolos con indecible caridad y humildad y estando siempre pronto á servirlos, hablaba bien de ellos con los demás, y sobre todo rogaba á Dios por ellos. Pero cuanto mas hacia Felipe por ablandar aquellos corazones obstinados, tanto mas se endurecian y se enfurecian contra él; por lo que juzgó oportuno recurrir con mas eficacia á la oracion, para que el Señor confortase mas y mas su paciencia con la gracia. Rogaba esto en la misa con todo fervor, cuando fijando los ojos en el Crucifijo oyó interiormente que una voz celestial le aseguraba obtendria una paciencia perfecta; pero que debia conseguirla por medio de injurias y de afrentas.

Muchos deberian tener esto presente cuando quisieran tener paciencia pero sin ocasion de ejercitarla; deseando que los demás sean buenos mas bien que serlo ellos, mientras no

quieren que nadie los incomode para tener ociosa su paciencia. Pero no obró así Felipe, pues que no quiso huir la ocasion de ejercitar la suya, viviendo por muchos años en medio de las injurias y afrentas; y despues que oyó aquella voz celestial siguió sufriendo con tanta alegría y buena voluntad, que antes se cansaron de ofenderle aquellos perversos que él de sufrirlos; llegando al estremo de reirse de las ofensas y de procurar disculparlos con todas sus fuerzas. Habián transcurrido ya dos años, en los que dió vigor Felipe á su espíritu con la continua tolerancia de tanto oprobio, cuando encontrándose con el mas temerario de aquellos apóstatas, he aquí que sin causa ni motivo se lanzó improvisamente sobre el Santo con tanta furia é insolencia, y blasfemando de tal modo, que viendo el otro compañero tan insufrible maldad en él y tanta mansedumbre en Felipe, haciéndose amigo de enemigo que era, se arrojó sobre el apóstata, y sujetándole fuertemente por el cuello, sin duda alguna le hubiera ahogado á no haberlo impedido el Santo. Tocándole Dios en el corazon, y conociendo despues cuán grandes fue-

ron las injurias que hasta entonces habia hecho á Felipe, y remordiéndole la conciencia por haber apostatado de la religion, recurrió al Santo, cuya virtud tanto habia esperimentado, y revelándole los secretos de toda su vida, y como habia desertado de la milicia cristiana, fué benignamente acogido y por sus exhortaciones volvió despues al seno de su antigua religion, haciéndose á poco tiempo el panegirista de las virtudes de Felipe.

De este modo triunfó su invencible paciencia, poniendo de nuevo á este miserable en camino de salvacion. Despues de algun tiempo atrajo tambien á sí á Vicente Teccosi, primera causa de sus persecuciones, el cual vencido por su heróica tolerancia, reconociendo su error, le pidió perdon en público, y se puso enteramente en sus manos, eligiéndole por su confesor, y aficionándosele de tal modo que no dejaba de visitarle ni un solo dia.

Pero no por esto cesaron las calumnias que habian de ejercitar su paciencia; pues además de las que sufrió á causa de su Instituto, mientras permaneció en S. Gerónimo de la caridad fué burlado en los palacios por los cortesanos,

en los cafés por los ociosos, y en las tiendas y sitios públicos por todos los que no se consideraban capaces de imitarle. Decian que comia espléndidamente: que sus penitentes le obsequiaban con muy buenas aves: que sus hijas espirituales le condimentaban viandas estremadamente sabrosas, y sin embargo el sóbrio siervo de Dios, no solo lo llevaba en paciencia, sino que su espíritu recibia de ello grande alegría. Así fué que muchos que esperimentaron su imperturbable moderacion de ánimo, arrepintiéndose de sus burlas le encomiaron y le alabaron como Santo: y ciertamente que merecia este título su constante é invencible sufrimiento. Pero mayor que estas y mas sensible le habria sido seguramente la calumnia que le levantaron, si su pecho no hubiese sido, digámoslo así, de bronce; pues que habiendo metido en la cárcel al criado de un cierto sugeto que habitaba en S. Gerónimo de la Caridad, por no sé qué malas relaciones, valiéndose los émulos del Santo de la coincidencia de llamarse Felipe el preso esparcieron la voz de que aquel estaba en la cárcel por causa de mujeres. Noticioso

el Santo de calumnia tan fea no trató de salvar su fama tan notablemente herida; sino que con ánimo tranquilo y sin vindicarse dejó que cada uno juzgase de él á su antojo.

Con igual mansedumbre sufrió que le maltratára en presencia de muchos un Prelado, á quien habia ido á recomendar á un cierto noble romano, penitente suyo, falsamente acusado de delito capital; pues no solo contra la costumbre de aquella corte no quiso el Prelado dar oidos á sus verídicas palabras, sino que además le llenó de injurias: quedando los que lo presenciaron admirados aun mas que del insolente proceder del Prelado de la tranquilidad de ánimo de Felipe. Era tan grande su paciencia que con ella mudaba á veces los ánimos de los que le ofendian. Así se verificó con un Cardenal, que mal informado sospechaba de su persona, por lo que una vez que le encontró, mandó parar el coche y le reprendió gravemente en público; pero el siervo de Dios le oyó con rostro tranquilo, y en seguida con la confianza que dá la inocencia se acercó á su oido y le dijo algunas palabras tan eficaces que, deponiendo el ceño y mudando de

concepto, le abrazó con amor, deshaciéndose en caricias. Estas y otras persecuciones sufrió Felipe mientras habitaba en S. Gerónimo de la Caridad; por lo que Francisco Rosano, insigne teólogo, con muy buen sentido afirmó «que con razon habia querido habitar en san Gerónimo, pues este santo Doctor habia tenido tambien muchos émulos».

Llegó á echar la paciencia tan profundas raices en su ánimo que no solo toleraba las injurias, y sufria á sus perseguidores, sino que los amaba con tan gran ternura, que quien le maltrataba tenia, digámoslo así, una prenda segura de su amor. Ni tal amor era estéril: pues verdadero imitador de Jesucristo, como dice la bula de su canonizacion, rogaba á Dios por ellos, *pro persecutoribus verus Christi imitator deprecabatur Deum;* y al efecto solia ir á S. Pedro, ó á la antigua Traspontina, mandando aun á sus penitentes que rezasen por ellos un Padre nuestro y un Ave María. Así pues, volviendo á la sacristía una mañana despues de haber celebrado, dijo á algunos: «Hé rogado por *fulano* mas de lo que acostumbraba»: el cual era uno que tanto contra

él como contra un penitente suyo habia procedido todo lo peor posible. Súpose despues que este sugeto habia caido en cama mientras el Santo decia misa, y que de resultas de la enfermedad murió, haciéndole Dios la gracia de revelárselo á Felipe durante el sacrificio, para que rogase por él con sus eficaces oraciones; y conservó despues el Santo una memoria tan tierna de su persona que siempre que hablaba de él lloraba de compasion.

Dios sin embargo (vengador justísimo de quien es perseguido y no se resiente en obsequio de su amor), en breve castigaba á los que habiéndole ultrajado no reconocian su error pidiéndole perdon, sino que permanecian en su obstinacion. Visitaba el Santo por caridad á una de las primeras señoras de Roma, que estaba reducida ya al estremo de una enfermedad mortal; y temiendo un sobrino que la herencia que él deseaba fuese para la Congregacion, como hombre de mucha autoridad hizo entender á Felipe que no volviera á parecer por aquella casa. Pero el Santo, que pretendia hacer partir de esta vida á la moribunda cargada de riquezas espirituales y no

aspiraba á las terrenas que la paciente, como carga inútil y moneda que no corre en la patria celestial, abandonaba en la tierra; no cuidándose de las palabras del sobrino siguió asistiendo á la enferma para disponerla al tremendo viaje. Habiendo observado su constancia los Padres de la Congregacion le rogaron una y otra vez que interrumpiera sus visitas para no esponerse á un lance con aquel audaz é interesado jóven, á lo que él con intrepidez admirable respondió: «Bien sabeis, hermanos, que no voy á esa casa sino por procurar la salud espiritual de aquella alma; por lo tanto no desistiré de la empresa, aunque hubiese de morir en ella; porque ¿qué cosa mas gloriosa puede suceder á un siervo de Jesucristo que morir por él?» Pero como los Padres no cesaban de rogarle que huyese del peligro: «Ea, les dijo, no dudeis que yo saldré salvo seguramente, porque la enferma que está en las últimas agonías, en breve se pondrá buena, y el sobrino, que está sano, morirá dentro de quince dias». Y sucedió como lo dijo; pues tomando Dios la defensa de su siervo ultrajado sin el menor motivo, cortó el hilo de

de la vida del jóven exactamente el dia décimoquinto, y la moribunda tia se restableció y sobrevivió largo tiempo.

Lo mismo sucedió á otros muchos, como se referirá en el capítulo XIV, que trata de las persecuciones que sufrió la naciente Congregacion del Oratorio. Diré, pues, para concluir, que no solamente personas particulares sino familias enteras tuvieron un mal fin, por haber maltratado con ultrajes á este mansísimo cordero, el cual, por mucho que le ofendieran jamás se irritaba, sino que con modesta sonrisa endulzaba al punto cualquier impulso de ira que pudiera inquietarle. Y si á veces se mostraba severo cuando convenia que reprendiese los defectos de sus hijos, al punto que se separaba de ellos solia decir con frente serena á los que estaban á su lado: «¿Nó os parece que me he dejado llevar de la cólera? Pues no es así, no; sino que á veces es preciso obrar de este modo.» En otras ocasiones mostraba el rostro afable y risueño á los mismos que habia reprendido severamente para alejar la amargura de sus corazones: por lo que habiendo en una ocasion reprendido con aspe-

reza á Gallonio, quien se turbó por ello algun tanto en el mismo acto de reprenderle, acercándose á él, quiso que le besase, mostrando de este modo que no se irritaba contra las personas, sino contra los defectos y los vicios.

Por lo demás era tan conocida de todos su inalterable paciencia, que afirmaban constantemente, que no solo no se turbaba nunca por cualquiera injuria que se le hiciese, sino que rebosaba de placer cuando recibia alguna afrenta; y así fué que habiéndole referido que algunos decian que era un decrépito sin seso, se alegró de ello estremadamente : llegando así la virtud á hacer gustosas las injurias á los siervos de Dios, mas que lo son para los mundanos las alabanzas y los aplausos.

CAPÍTULO XIII.

Orígen de los Oratorios vespertinos inventados por la ternura de S. Felipe, y de la visita de las siete Iglesias el jueves último de Carnaval.

La caridad ingeniosa de Felipe le hacia continuamente meditar é inventar nuevos modos

de ganar almas para Jesucristo, sacándolas de las peligrosas sendas del mundo y llevándolas á las llanas y seguras de Dios: y esto del modo mas dulce y suave y con las maneras mas atractivas que jamás pudieran imaginarse, sirviéndose, para no espantarlos aun, de los recreos y entretenimientos, con que como con el cebo escondia el anzuelo de poderosos y eficaces medios para llevar las almas hácia su Señor; de manera que hasta de la música pensó valerse para edificar la celestial Jerusalen con los empedernidos corazones de los pecadores. Entre sus invenciones (como él mismo confesó en un documento que darémos pronto á conocer) fué importantísima la del Oratorio vespertino que tuvo el siguiente orígen.

Despues que los Sacerdotes que se congregaban en S. Juan de los Florentinos habian cantado vísperas, y despues que Baronio ó Juan Francisco Bordini habian pronunciado el sermon como alternativamente solian hacerlo, iban estos á reunirse con su amado Padre á la Minerva ó á la Rotunda ó á otro lugar ameno y templado, que solia señalar el mismo Santo.

Reunidas en él las ovejas con su Pastor y los miembros con su cabeza, con santa recreacion esplayaban su espíritu, entreteniéndose en conferencias espirituales y en razonamientos devotos, proponiendo Felipe ú otro que él designaba, algun asunto de espíritu, al que los demás respondian segun su parecer; ó bien se leia algun libro espiritual, del que se sacaba materia ó se tomaba argumento para discurrir en forma de conferencia. De este modo se recreaba el cuerpo con el aire libre de aquel sitio, y con la vista inocente de algun ameno y pintoresco paisaje, y se esplayaba al mismo tiempo el espíritu con aquellas devotas conferencias. Viendo pues el gran fruto que de este suave y dulce ejercicio se sacaba, empleándose tambien el tiempo en los dias festivos destinados por la Iglesia á que los fieles olvidados, digámoslo así, de las cosas temporales de que tratan en el resto de la semana los consagren á Dios; para atraer con mayor halago á la gente, añadió el santo Padre como por aliciente la música y una breve oracion no menos graciosa que inocentemente recitada por un niño, ó algun corto diálogo ú otra

devota representacion; y aquellos razonamientos en fôrma de conferencia se cambiaron en discursos, pero familiares, hechos por los Padres del Oratorio segun su acostumbrado estilo. Elegíase al efecto segun parecia mas oportuno y conforme á la estacion, ya un sitio ya otro para hacer este ejercicio, que era comun á todos los que querian asistir á él; pero conociendo despues con la esperiencia que era mayor el concurso haciéndose en un mismo lugar, segun la estacion, pareció mejor establecer que despues de pascua de Resurreccion se tuviese en el monte de S. Onofre, lugar ameno y de bellísima vista, desde el cual se descubre toda la ciudad de Roma y su campiña, y en donde habia de cantarse primeramente una letrilla espiritual por músicos escogidos, luego pronunciaria un niño un breve discurso aprendido de memoria; despues los Padres de la Congregacion de Roma dirian sucesivamente dos breves sermones, intermediados con una letrilla y finalmente con otra se concluiria el ejercicio. Pero cuando era fatigoso el ir al monte de S. Onofre por el calor del estío, se hacian estos mismos ejercicios en

cualquiera iglesia dentro de poblado; habiendo servido al efecto por mucho tiempo la iglesia de S. Eustaquio, si bien en los ultimos años pareció oportuno á los Padres trasladarlos á la nueva y hermosa iglesia de santa Inés en la plaza Navona ó circo Flaminio.

Finalmente para que en el invierno tuviese tambien la gente devota un entretenimiento espiritual que la alejase de las mundanas y profánas distracciones, introdujo un ejercicio semejante en el Oratorio de casa donde diariamente se hace la oracion comun. En este desde el primer dia de noviembre hasta pascua de Resurreccion, despues de hacer por la noche la acostumbrada oracion y cantada la antífona de la Vírgen, segun los tiempos, pronuncia un niño un breve sermoncito; en seguida hay un discurso familiar de media hora dicho por un Padre y precedido y seguido de un rato de música: discurso que suele versar sobre la vida de algun Santo ó sobre cualquier punto moral y devoto.

En cuanto al fruto sacado de este ejercicio en tiempo del santo Padre, claramente se demuestra en un escrito que él mismo dirigió al

sumo Pontífice, y que á continuacion copiamos. Dice así: «Nuestra Congregacion á mas »de los cotidianos razonamientos espirituales »que tiene en el Oratorio, acostumbra tambien »á tenerlos en los dias festivos por via de »recreo en diversos puntos de Roma; y para »mayor atractivo de toda suerte de personas, »entre los razonamientos de los sacerdotes »hacemos que un niño recite algun discurso »de edificacion, y vemos que nuestro Señor »se ha servido de cada una de estas redes »para prender almas. El año pasado se con»tinuaron estos ejercicios en el patio de la »Minerva con mucho mayor concurso del acos»tumbrado durante el estío, y este año se ha »hecho lo mismo durante el buen tiempo en »la viña de la Compañía de los Napolitanos »con un concurso de tres ó cuatro mil per»sonas; habiéndolo trasladado ahora con la »misma asistencia á la iglesia de los de Bres»cia, en la calle Julia. La esperiencia ha mos»trado que alternando con los ejercicios sérios »hechos por personas graves la amenidad de la »música espiritual, y la sencillez y pureza de »los niños, se atrae mucha mas gente de todas

»clases; y la misma esperiencia muestra, que »haciéndose aquellos siempre en un sitio se »aumenta el concurso mucho mas que los años »pasados, en que no se hacian constantemente »en un mismo lugar». Hasta aquí el citado escrito, del que se deduce como de autoridad irrefragable por causa de quien la daba que era el santo Fundador y de quien la recibia que era el sumo Pontífice, el gran fruto, que produce este ejercicio; descubriéndose además las santas industrias, con que procuraba Felipe prender á los pecadores con el cebo de la música y de los discursitos de los niños inocentes, manifestando, como era justo, estos sus santos engaños y artificios al que regia la nave de S. Pedro.

Y en verdad que tocante á la música ha querido Dios aun con prodigios demostrar cuánto se complace en ella en el Oratorio y en las iglesias de la Congregacion, con el siguiente suceso. Habia introducido ya en Florencia, patria del Santo, la Congregacion del Oratorio á su hijo y paisano el P. Pedro Bini, hombre de gran virtud, quien por primer asiento eligió el Oratorio de S. Sebastian, en el que

introdujo los ejercicios y particularmente la parte de música que desempeñaban por devocion algunos ciudadanos honrados é inteligentes en el arte. Sucedió, pues, que una noche mientras oraba este siervo de Dios junto á una pequeña ventana que daba á la iglesia, vió que se habia prendido fuego en ella, ardiendo dos piés derechos que sostenian el coro ó tribuna destinada para la música. Temiendo entonces el humilde Padre que aquel incendio, mas que casual fuese dispuesto por la divina Providencia, porque acaso no le fuera grato que en los principios de la naciente Congregacion en Florencia se usase aquella pompa; en vez de pedir socorro y valerse de los medios humanos para estingüir el incendio, volviéndose á su Dios hizo esta breve oracion, dictada por su temor y gran confianza: «Señor: si esta música no es de vuestro agrado, haced que se desplome esa tribuna; pero si quereis que continúe vos sabeis lo que habeis de hacer para que se sostenga». Así dijo, y despues como si no fuese la propia iglesia aquella que estaba ardiendo, con una total indiferencia y resignacion en Dios pro-

siguió hasta la aurora sus acostumbradas oraciones. Apenas amaneció, cuando entrando en el templo un hermano de la Congregacion para dar la acostumbrada señal del *Ave María*, se apercibió del fuego, y presuroso despertó á los demás de la casa para impedir que las voraces llamas propagándose mas acabasen con la iglesia. Quedó en breve estinguido el incendio con las oportunas diligencias adoptadas; pero no pudieron tan fácilmente calmar la admiracion que les causó el conjunto de maravillas que observaron seguidamente. El fuego, sin que nadie le detuviese, estuvo ardiendo toda la noche, y sin embargo no habia consumido del todo los maderos, ni la tribuna que sobre ellos se apoyaba habia padecido detrimento alguno. Pero creció de punto su pasmo, cuando vieron que ésta se habia sostenido, por decirlo así, en el aire; pues si bien las vigas no se habian consumido enteramente, sin embargo una parte se habia quemado de modo que naturalmente era imposible sostuviese ya el peso, haciéndolo entre tanto la divina Omnipotencia, para dar á entender al P. Pedro y á todos cuánto le agradaban las

devotas y eclesiásticas músicas del Oratorio, dispuestas mas que para halagar el oido para cautivar suavemente los corazones de las criaturas racionales en el amor de su Señor.

Pero volvamos á las ingeniosas invenciones de Felipe. Nada satisfecho con el continuo fruto que sacaba con tantos ejercicios cotidianos, con el suave cebo de la música y con el atractivo de los discursos de los niños, con que santamente engañaba y halagaba las almas pecadoras; considerando que, si bien en todo el curso del año hace grandes conquistas el demonio, en Carnaval y particularmente el jueves *gordo,* en que, por la mala costumbre introducida, aun las personas que observan una vida pacífica se permiten algunas libertades, hace mayores conquistas, representando á los seglares como digna de escusa la disolucion y perdonable la desvergüenza; trató de combatir y vencer al arte con el arte, inventando con su sagacidad un modo de desviar á la gente de los detestables entretenimientos que en aquel dia suelen ser generales, con algun ejercicio espiritual; pero que para que fuese admitido con mas facilidad, ocultase la

unidas en él las ovej
embros con su cabeza,
playaban su espíritu,
nferencias espirituales
votos, proponiendo Feli
gnaba, algun asunto de
más respondian segun
a algun libro espiritual
ateria ó se tomaba argum
forma de conferencia. In
caba el cuerpo con el a
io, y con la vista inocen
pintoresco paisaje, y se
empo el espíritu con aque
ncias. Viendo pues el
te suave y dulce ejerci
eándose tambien el tiemp
ros destinados por la Igl
vidados, digámoslo así,
orales de que tratan en el
s consagren á Dios; par
alago á la gente, añadió
or aliciente la música y
o menos graciosa que in
a por un niño, ó algun

gacion, que la instruia en las dev
ciones y ejercicios que debian hac
el camino; pues parte del tiempo
en meditar algun punto espiritual
laba á la seccion el Padre director
se empleaba en cantar algun Saln
cancion espiritual, ó bien las Leta
efecto iba tambien la música; t
cual, si sobraba algo de tiempo, s
que desterrado todo discurso vano
do, hablasen entre sí de cosas
todas las otras iglesias que se
pronunciaba un breve sermon p
de la Congregacion ó por otro Rel
vidado al efecto. Se cantaba la
iglesia de S. Sebastian, ó en la de
Redondo, concluida la cual, la
de los concurrentes alimentaban
con el pan de los Angeles, lo que
en la iglesia de los SS. Nereo y A
el cardenal Baronio, titular de la
bajo la direccion y cuidado de los
Oratorio de Roma.

Terminada la Misa y comunion
viña de los Máximos ó de los Cr

devocion, por decirlo así, bajo la apariencia y la máscara de recreo.

En un principio estableció en aquel dia particularmente la visita de las siete iglesias principales de Roma, las cuales en tiempo del Santo se visitaban tambien en otros dias, especialmente despues de pascua de Resurreccion, si bien en los últimos años de su vida se limitaron solo al tiempo de Carnaval, y así ha seguido haciéndose hasta el dia de hoy. A fin, pues, de que sirviese de algun provecho al espíritu, y de honesta recreacion al cuerpo, procuró el santo Padre ordenarla de modo que incitase á ir á ella aun á los seglares y mundanos, disponiéndolo todo de este modo. Por la mañana temprano se visitaba la basílica Vaticana y despues la de S. Pablo en la via Ostiense; en ella se reunian todos, y juntos continuaban haciendo las visitas de las otras iglesias. Dividíase la muchedumbre (que aunque al principio no escedia de treinta personas, despues aun en vida del Santo pasaba de dos mil, y hoy dia llega á cuatro mil) en varias secciones, cada una de las cuales era guiada ó dirigida por un Padre de la Congre-

gacion, que la instruia en las devotas ocupaciones y ejercicios que debian hacerse durante el camino; pues parte del tiempo se gastaba en meditar algun punto espiritual, que señalaba á la seccion el Padre director; otra parte se empleaba en cantar algun Salmo, himno ó cancion espiritual, ó bien las Letanías, á cuyo efecto iba tambien la música; terminado lo cual, si sobraba algo de tiempo, se procuraba que desterrado todo discurso vano y aseglarado, hablasen entre sí de cosas de Dios. En todas las otras iglesias que se visitaban se pronunciaba un breve sermon por un Padre de la Congregacion ó por otro Religioso, convidado al efecto. Se cantaba la misa en la iglesia de S. Sebastian, ó en la de S. Estéban Redondo, concluida la cual, la mayor parte de los concurrentes alimentaban su espíritu con el pan de los Angeles, lo que se hace hoy en la iglesia de los SS. Nereo y Aquileo, que el cardenal Baronio, titular de la misma, puso bajo la direccion y cuidado de los Padres del Oratorio de Roma.

Terminada la Misa y comunion, iban á la viña de los Máximos ó de los Crescencios, ó

al jardin de los Mateos en el monte Celio, á donde se continúa yendo despues de la muerte del Santo; porque aquellos piadosos y religiosos señores para participar del fruto de aquella recreacion espiritual la cedian con la mejor voluntad para tan honesto y piadoso fin. Allí se confortaba el fatigado cuerpo con un ligero desayuno. Sentábanse por órden sobre la yerba, como las turbas á quienes apacentaba el Redentor, y á cada uno se le daba pan y vino bien aguado, un huevo, un poco de queso y alguna fruta. Amenizaba la frugal refeccion y la hacia mas sabrosa un concierto de instrumentos ó bien algun motete que cantaban los músicos que acompañaban á la devota comitiva; y finalmente despues de un corto descanso se proseguia la visita á las otras iglesias: y de este modo no menos recreado el espíritu que el cuerpo, se volvian todos contentos á sus casas por haber empleado bien aquel dia tan peligroso.

Mucho interesaba á Felipe este ejercicio por el palpable fruto que de él sacaba: pues si bien algunos concurrian á él por mera curiosidad, sin embargo se apartaban del mal,

y aun estimulados por el ejemplo de los buenos, hacian despues los mismos ejercicios con la devocion debida. Interesábale tanto, repito, que en muchos años no dejó el Santo de asistir á él para que las cosas saliesen sin mudanza y con edificacion; y era tan grande su fervor y constancia, que muchas veces por fatigarse demasiado le sobrevenia calentura. Solo en los últimos años de su vida fué cuando se abstuvo de asistir, ya porque sus débiles fuerzas no se lo permitian, y ya tambien porque habiéndose encaminado perfectamente aquel ejercicio con la larga costumbre y con su direccion, podia esperar que no se alteraria en lo mas mínimo. Componíase la devota comitiva de toda clase de gentes (escepto mujéres que estaban terminantemente escluidas), é intervenian tambien muchos Religiosos de todas las Ordenes, y particularmente los Padres Capuchinos, que á nadie ceden en dar ejemplo de devocion, acudian cada vez en número de veinte á veinte y cinco. Igualmente iban muchos de los Padres de santo Domingo, y alguna vez asistia todo el Noviciado.

El mismo sumo Pontífice Gregorio XIII mo-

vido de la pública devocion de tanta gente, dispuso asistir á este piadoso ejercicio acompañado de muchos Prelados y un gran número de Cardenales; y lo verificó el año 1575 en que con motivo del jubileo del Año santo concurrieron tantos fieles á la capital del mundo católico. Cuando el Pontífice y su comitiva llegaron á la iglesia de S. Lorenzo, estramuros de la ciudad, se encontró con Felipe á quien seguian millares de personas; y este encuentro produjo naturalmente en sus corazones un santo gozo que no pudieron menos de espresar dando afectuosas gracias á Dios por el bien de tantas almas que en aquel tan peligroso tiempo se hallaban fuera de las ocasiones del pecado. Pareció entonces al Papa para mayor utilidad de los presentes que seria muy del caso pronunciar allí un sermon adecuado á las circunstancias del tiempo y de aquel devoto ejercicio; y Felipe inspirado ciertamente del Espíritu Santo, respondió que allí entre los Prelados estaba monseñor Alejandro Sauli, obispo de Aleria, quien sin duda alguna desempeñaria el cometido á toda satisfaccion. Diósele pues aviso, y aunque al prin-

cipio, por efecto de su modestia, rehusó el cargo, rindiéndose al fin á la obediencia del Papa, predicó repentinamente contra la libertad de aquellos dias y gravedad del pecado, con sentimientos religiosos tan eficaces, y espresiones tan fervorosas y fuertes que no pudiera hacerse mejor en el mas estudiado y meditado discurso.

Quiso Dios manifestar con gracias particulares y favores especiales cuán grata le era esta bella invencion de Felipe para apartar á los hombres de la disolucion del Carnaval é impedir por consiguiente que le ofendieran: pues yendo una vez el Santo con aquella devota comitiva que era numerosísima á la referida visita de las siete iglesias; cuando estaban entre S. Pablo y S. Sebastian se oscureció el cielo y sobrevino una tempestad tan horrorosa, que aterrada la gente trataba de librarse con la fuga; lo que visto por Felipe, les animó y alentó, asegurándoles que no se mojarian. Algunos dieron fe á sus palabras y se mantuvieron firmes; otros, menos crédulos, como que no conocian por esperiencia la veracidad de sus promesas, buscaron la salva-

cion en la fuga; pero se engañaron, pues los que hicieron caso de las palabras del Santo no se mojaron, mientras que los otros que pusieron la esperanza en sus piés se calaron completamente, aunque se alejaron bien poco de los primeros.

A propósito del Carnaval, creemos deber referir aquí el suceso de que se hace mencion en la *Vida* de S. Felix de Cantalicio, por la gran parte que tuvo en él nuestro Santo. Hallándose S. Felix el último dia de Carnestolendas muy afligido y angustiado por las muchas ofensas que durante él se hacian á Dios, vino á buscarle á la celda Fr. Lope, tambien capuchino y religioso de gran santidad, y poseido de los mismos sentimientos del Santo, le dijo: «¡Oh Fr. Felix! ¿nó harémos nosotros hoy un buen Carnaval por amor de Jesucristo?»— «¡Oh sí: de muy buena gana! respondió san Felix; ¿pero de qué modo hemos de valernos?»— Entonces Fr. Lope le manifestó el pensamiento que le sugeria su fervor para ir á la plaza del Corso á ahuyentar las numerosas huestes de demonios que allí andaban triunfantes é induciendo á hombres y mujeres

á faltar á la ley de Dios. Pero no quisieron llevar á cabo su obra sin antes consultarlo con S. Felipe, el cual no solo lo aprobó y quiso se efectuase, sino que dispuso que tambien algunos Padres del Oratorio fuesen compañeros en esta empresa de aquellos varones santos.

Habiéndose pues prevenido antes con muy fervorosa oracion, cuando la plaza del Corso estaba llena de gente y el demonio por medio de sus ministros conseguia mas victorias, los animosos soldados de Cristo aparecieron en aquel escandaloso teatro en esta forma. Iba delante un Padre de la Congregacion llevando enarbolada la imágen de Jesus crucificado, á cuyos lados iban otros dos Padres del Oratorio con hachas encendidas en las manos y todos tres vestidos ó cubiertos de sacos negros; venia luego el santo Fr. Felix, de quien tiraba Fr. Lope con una gruesa soga que traia á la garganta; y por último seguíanles Fr. Marcos de Castello y Fr. Dionisio Francese, ambos capuchinos, con calaveras y huesos de difuntos en las manos y colgados al cuello. Nuestro Santo no iba en persona, sino en espíritu, porque quedó en casa haciendo oracion para

que tuviese buen éxito aquella santa empresa. De esta suerte entraron en la plaza, pasando por medio del mayor concurso, ya caminando en silencio, que solo era interrumpido con algunas esclamaciones semejantes á las de los Profetas, ya haciendo algunas paradas como mejor les parecia. Este nuevo espectáculo, que lo animaba tanto la presencia de Cristo crucificado, el concepto de santidad que tenian aquellos venerables hombres y las apostólicas amenazas que Fr. Lope fulminaba contra los despreciadores de la ley divina, causó tal asombro, pavor y conmocion en el pueblo, que todos en alta voz comenzaron á clamar: *¡Misericordia, misericordia!...* Seguidamente fueron retirándose los principales autores y fomentadores de los escesos y escándalos que allí tenian lugar, y á ellos siguieron en breve las demás personas presentes, logrando así aquellos valerosos discípulos de Jesucristo que quedase la plaza libre de enmascarados, y derrotado y confundido el demonio y sus ministros.

CAPÍTULO XVI.

Suscita el demonio varias persecuciones contra el naciente Oratorio de las que queda victorioso por divina virtud y proteccion.

Indignábase el demonio lleno de envidia y de ira viendo la cruda guerra que le habia declarado Felipe con sus ejercicios, y se enfurecia no solo porque á viva fuerza con las poderosas armas de la divina palabra, de la oracion y de la frecuencia de los Sacramentos le arrebataba la injusta presa de tantas almas como tenia encadenadas en sus envejecidas y perversas costumbres; sino porque con las débiles armas de la lengua de los niños le vencia y le subyugaba, y porque con la dulzura de la música en sus santos ejercicios habia llenado el infierno de luto y de dolor; y en fin porque aun en aquellos dias en que solia triunfar reinando la disolucion, se veia obligado á deplorar sus pérdidas, merced á la diligencia de Felipe. Poseido, pues, de rabia é indignacion, incitó con su venenoso hálito á cierta gente perversa á que suscitase horribles persecuciones contra el santo Padre

y su naciente Instituto, censurando por boca de malignos y envidiosos los nuevos ejercicios, y calumniando las santas industrias de que se servia, hasta el punto de que llegasen falsas informaciones á oidos de los primeros prelados de la Iglesia; los cuales, movidos por el justo celo con que velan por el bien de los fieles, se informaron de todo, y conociendo la verdad por disposicion divina, no solo no contrariaron el nuevo Instituto, sino que le dispensaron su proteccion; sirviendo así el soplo de la persecucion alentado por el frio aquilon, en que pensó fijar su asiento lucifer, no para arrancar sino para arraigar mas y mas el nuevo árbol del Oratorio plantado por Felipe en el bello campo de la Iglesia.

En el año de 1559 se levantó la primera y fiera borrasca contra la costumbre de ir á las siete iglesias; pues viendo algunos malévolos y envidiosos el feliz aumento de los ejercicios de Felipe, y que crecia cada vez mas el número de sus discípulos, con reserva en un principio y despues descaradamente, empezaron á morder su honra con ávido diente, llamándole ambicioso, amigo de alabanzas populares y

de aplausos y séquito de los hombres; lo cual, decian ellos, era tanto mas monstruoso y detestable, cuanto que haciendo profesion de despreciar el mundo, se llevaba la atencion de toda Roma con aquella multitud de gente que conducia á las siete iglesias. Otros mas viles y de mas baja condicion, aunque no menos malignos que los primeros, le calumniaban diciendo que era un ambicioso y gloton; y viendo la provision que se hacia, sin considerar el número de personas para que se destinaba ni la calidad de los manjares, atribuian aquel paseo á pasatiempo y golosina y nunca á devocion. Otros, en fin, de los que quieren pesarlo todo con la razon de Estado, y juzgar segun los inicuos dictámenes de la mundana política, afirmaban que tan gran comitiva necesariamente habia de ser causa de tumultos y ocasion de contiendas, debiéndose por lo tanto, como aconsejaba la humana prudencia, impedir aquella reunion tan numerosa de gente. Propaladas estas falsas voces por la ciudad llegaron á óidos del mismo Felipe, el cual confiado en la rectitud de su conciencia, y mucho mas en el favor de Dios, por

cuya gloria habia introducido aquella visita, lo dejó todo en manos de la Providencia divina; y porque entre los que no aprobaban la costumbre de visitar en congregacion las siete iglesias, habia alguna persona de categoría y aun de estado religioso, y el santo Padre no podia sufrir que sus hijos murmurasen de aquellos; él mismo, para conservarles el crédito y la estimacion, se esforzaba por escusarlos, y finalmente para impedir toda clase de queja y murmuracion contra ellos, mandó á Antonio Gallonio que no bien alguno empezase á abrir sus labios para hablar de tal materia, postrándose al punto en tierra dijese: «Confieso mi culpa de haber murmurado de tal ó cual persona;» para hacer de este modo que se enmendase, é impedir que siguiesen los que trataban de imitarle.

Mas mientras Felipe obraba así, los émulos y envidiosos no contentos con las calumnias propaladas contra el Santo en la ciudad de Roma, le acusaron al vicario del Papa, informándole siniestramente de que era un ambicioso y soberbio, motor de conjúraciones; y por último, que intentaba formar una nueva

secta. Apenas lo oyó aquel Prelado, deseoso de conservar la ciudad libre de alborotos, mandó llamar á Felipe, á quien reprendió ásperamente, echándole en cara cuanto sus émulos le habian referido : despues le ordenó que no solo se abstuviese de llevar comitiva alguna sino que por quince dias no confesase ni hiciese otros ejercicios sin nueva licencia; amenazándole con la cárcel si puntualmente no obedecia. Cualquiera otro que no hubiera tenido el ánimo del Santo, se hubiera abatido seguramente con el tono de estas palabras; pero él recibió aquella afrenta con sereno y alegre rostro, contestando en seguida con la debida modestia «que así como para gloria de Dios habia introducido aquellos ejercicios, tambien para gloria de Dios estaba pronto á omitirlos; pues siempre anteponia á su particular inclinacion las órdenes de los superiores; y que habia dado principio á las visitas de las siete iglesias no con otro objeto que el de recrear los ánimos de sus penitentes y desviarlos de las desenvolturas y licencias del Carnaval.» Pero, ¡ah! ¡y cuán poderosas son las siniestras informaciones, como vayan bien disfra-

zadas! A la modesta respuesta de Felipe, irritándose mas aquel Prelado le calificó de ambicioso y dijo que cuanto hácia no era ya por mayor honra de Dios, sino para formarse una secta; y añadiendo otras semejantes palabras le despidió, asegurándose antes de que se presentaria en juicio toda vez que se le ordenára.

Apenas salió Felipe del palacio, cuando como exacto custodio de la obediencia y puntual observador de las órdenes de los superiores, principalmente eclesiásticos, prohibió á los suyos que le siguiesen; asegurándoles sin embargo que en breve se aclararia en el mundo la verdad, y que por lo tanto tuviesen paciencia por algun tiempo. Pero aquí *fué* de ver la pena y trabajo que sintieron sus hijos, viéndose privados de la dulce conversacion de su amado Padre, con cuyas fervorosas palabras sentian encenderse en su pecho el fuego del santo amor. Como ovejas separadas de su pastor se quejaban amargamente con profundos suspiros; y cuanto mas se alejaba el Santo, prohibiéndoles que le siguieran, tanto mas crecia el deseo de seguirle. Acostumbraba él

para impedir á los suyos que le acompañasen cuando andaba por Roma, mandar á unos hácia un punto, á otros hácia el opuesto; y aquellos, á quienes parecia no poder vivir sin él y sin gozar de su amable presencia y compañía, le esperaban ocultos en algun sitio por donde sabian que debia pasar, y en cuanto pasaba le seguian á lo largo, gozando en ir en pos de sus huellas, aunque fuera de lejos. Él sin embargo, como es propio de los siervos de Dios, no solo en aquellos trabajos conservaba la misma igualdad de ánimo y serenidad de rostro sino que sacaba de ellos sentimientos de profunda humildad, diciendo que aquella persecucion se la mandaba Dios para que alcanzase la verdadera humildad; y que por lo tanto habia de cesar cuando hubiese sacado de ella el fruto que Dios pretendia.

Entre tanto con ardientes preces encomendaban este asunto al Señor muchos de sus siervos, que á peticion de Felipe hacian por ello continuas oraciones: con lo que destruyéndose las maquinaciones de sus adversarios, no solo hizo Dios conocer la inocencia del Santo, sino que dispuso que tuviera aviso

de ello por una persona desconocida. Hallábase un dia con algunos de sus compañeros, cuando se presentó un sacerdote cubierto de tosco hábito ceñido con un cordel, de grave aspecto, de color moreno y barba y cabellos negros, y en presencia de todos dijo que le mandaban algunos religiosos, á quienes Dios habia manifestado una cosa muy importante; y despues llamando á parte á Francisco María Tarugi se la declaró. Díjole que estableciesen la oracion de las Cuarenta horas, y que estuviesen seguros de que además del gran provecho que de ella se seguiria á las almas, toda aquella persecucion que por arte del demonio habia sido levantada, se desvaneceria como el humo y la obra del Oratorio floreceria mas gloriosa que nunca, añadiendo por último que quien impugnaba á Felipe y sus ejercicios, seria castigado por Dios si no desistia de su mala empresa.

Y en efecto sucedió cuanto dijo: pues habiendo dado cuenta el Santo á los superiores de las cosas que se le oponian, sin servirse de medios humanos, con sola su modestia y humildad, se cercioraron de la inocencia de su

vida é integridad de costumbres, y se le restituyó la facultad de confesar, animándosele para que viviera como antes. Y porque un prelado primario continuaba impugnándole, le sorprendió repentinamente la muerte, despues de haber ido á dar noticia al Papa de lo sucedido; é igualmente porque una persona á quien no agradaba aquella costumbre de ir á las siete iglesias, dijo con malignidad á un compañero suyo : «¿Tú no sabes que estos Gerónimos (así eran llamados en Nápoles en aquellos tiempos y aun en el dia los Padres del Oratorio) han ido á las siete iglesias, llevando consigo siete caballerías cargadas de tortas?» añadiendo otras palabras de burla y de desprecio; sintió en breve muy pesada la mano de la divina justicia, pues á los pocos dias fué asesinado, y aun el compañero que le escuchó murió tambien en breve. Entre tanto el Sumo Pontífice, que entonces lo era Paulo IV, varon de suma integridad y justicia, habiendo oido cuanto habia pasado, y conociendo la santidad é inocencia de Felipe, y que era guiado en sus acciones por un espíritu superior, al cabo de algun tiempo en señal de benevolencia y

de estima le mandó un presente de dos cirios dorados de los que en la capilla pontificia arden en presencia de su Santidad el dia de la Purificacion de la Vírgen Santísima; mandándole á decir que le daba ámplia facultad para ir á las siete iglesias y para hacer los demás ejercicios acostumbrados, y añadiendo que le pesaba de no poder ir él mismo en persona, encomendándose por último á sus oraciones.

Reconocidos Felipe y sus hijos al cielo, por estos favores bendecian y daban gracias á la divina Bondad, porque con su poderosa virtud habia calmado aquella borrasca, y despues del oscuro nublado de una tan horrible persecucion les habia concedido la deseada serenidad. Determinaron por tanto dar públicamente al Altísimo las debidas gracias visitando las mismas siete iglesias; lo que se hizo con grandísimo concurso de personas que quisieron ser partícipes de aquel recreo espiritual tan impugnado por los envidiosos y malévolos.

Pasada esta tempestad, descansó por algunos años el Oratorio; pero no descansaba el demonio, á quien la victoria de Felipe despues de tantas maquinaciones urdidas con sus in-

fernales artificios, y las cotidianas pérdidas que el triunfante Oratorio hacia sentir al abismo, le encendian en mayor cólera. Para vengarse, pues, y para saciar en parte su rabioso furor, bajo el pretesto de celo obró de manera que algunos otros suscitasen una nueva y mayor persecucion contra los ejercicios del Oratorio. Así sucedió mientras gobernaba la Iglesia el santo Pontífice Pio V, en el segundo año de su Pontificado, y de Cristo 1567. Gallonio que lo refiere no dice cuál fuese el motivo, ni cuáles las armas de que se valieron en esta nueva persecucion: cuenta solo que no faltando quien tuviese por sospechoso el Instituto, no pensaba en otra cosa dia y noche que en destruirle; pero que á pesar de los poderosos esfuerzos salieron vanos sus intentos, porque Dios le defendió y protegió como obra suya.

En el año quinto del mismo Pontificado, y en principio del 1570, fué atacado de nuevo con mas vigor y descaro, y principalmente su primer ejercicio de los razonamientos familiares. Levantáronse algunos audaces y no titubearon en decir al Papa que en los discursos, que se hacian en S. Gerónimo en presencia y por ór-

den del santo P. Felipe, ó por sencillez, ó por imprudencia, ó acaso por arrogancia del que razonaba, se decian muchas ligerezas y despropósitos, y que se sacaban ejemplos no bien fundados; lo que podia causar un grave escándalo á los oyentes. Llegando á oidos del Pontífice estas siniestras noticias, como prudente y celoso Pastor, mandó á dos doctísimos teólogos de su misma órden de Predicadores, los cuales fueron el P. M. Paulino de Lucca, y el P. M. Alejandro Franceschi, que despues fué Obispo de Forti, que fuesen (sin que el uno supiese la comision del otro) á oir los razonamientos que se hacian en el Oratorio, y observasen detenidamente si lo que en él se decia era conforme á las doctrinas de la fe católica y reglas de las buenas costumbres y de la cristiana prudencia, y que le diesen cuenta circunstanciada de todo. Empezaron pues segun su comision, á frecuentar el Oratorio aquellos buenos y doctos religiosos para ver qué doctrinas en él se enseñaban. Por este tiempo Alejandro de Médici, embajador entonces del Gràn Duque de Florencia (que despues por sus méritos vistió la Púrpura, y llegó

á ocupar el solio de S. Pedro) fué á la audiencia del Papa, quien despues de tratar con él algunos negocios, y sabiendo como sabia que frecuentaba tambien el Oratorio, le dijo que allí se hablaba con poca cautela, y específicó que habiéndose referido el ejemplo de la santa vírgen y mártir Polonia, que por sí misma se habiá lanzado á las llamas, no se esplicó despues como habia hecho esto la Santa movida por especial impulso é inspiracion del Espíritu Santo.

Toda esta conversacion que tuvo el Pontífice estando solo con el citado embajador no se ocultó á Felipe, aunque ausente, como se deja ver por lo que en breve sucedió. Concluyendo el embajador su audiencia con el Papa, fué á la Minerva á oir el sermon. Instóle allí German Fedeli de parte del santo P. Felipe para que se dignára llegarse á verle porque tenia que hablarle de un negocio, y le era imposible ir él mismo en persona por estar desazonado de un pié y en cama. Aquel bondadoso señor se dirigió á S. Gerónimo inmediatamente que comió, y como piadoso y devoto que era, quiso antes de ir al aposento del Santo asistir á los

sermones del Oratorio: disposicion seguramente del cielo para que conociese con evidencia la santidad de Felipe, que con luz superior supo esto y lo que aquella misma mañana habia pasado entre el embajador y el Papa; por cuyo motivo habia mandado á Tarugi, que debia predicar aquel dia, que tratase de las cosas pertenecientes á los sermones de que habiá hablado el Papa con el embajador, y particularmente refiriese con la debida cautela el ejemplo de santa Polonia. Llenóse de asombro el embajador al oir hablar de tales cosas; pero aun mas debió admirarse cuando despues de los sermones entró en el aposento de Felipe, y oyó que este le preguntaba: «¿Qué os ha dicho el Papa esta mañana tocante á nosotros?» No pudo ocultar ya lo que veia que era tan conocido del Santo; por lo que le contó detenidamente lo que él no podia saber, como no supo, sino por divina revelacion, pues aquella conversacion entre el embajador y el Papa nadie absolutamente la habia oido.

En tanto los dos religiosos Domínicos, observando no sin admiracion el espíritu de Felipe, y el modo y órden que se guardaba en

el hablar, y la fuerza, eficacia y sana doctrina con que el Santo y sus discípulos trataban de las cosas espirituales, refirieron al Papa que habiendo oido muchas veces los sermones, y escudriñado cuanto en ellos se decia, habian conocido que en los hijos del santo Padre iba unida la doctrina á la piedad, y al espíritu la seguridad de tratar los asuntos en la forma que convenia. Regocijóse el Papa con este anuncio, y se alegró de que en tiempo de su Pontificado hubiese tales hombres en Roma, aumentándose en él hasta el estremo la estimacion á Felipe y sus hijos. Y esto mismo lo demostró en efecto con las obras; pues debiendo mandar por su legado *á látere* á España, Francia y Portugal al cardenal Alejandrino su sobrino, eligió entre los demás sugetos eminentes destinados á acompañarle, á Francisco María Tarugi, á quien declaró todos los secretos importantes que debian tratarse en aquella legacion. De este modo quedó desvanecida con el divino auxilio esta nueva impugnacion contra el naciente Oratorio, al que quedaron tan adictos los dos citados religiosos que aun despues de terminada su comision, siguieron sin embargo

asistiendo casi diariamente por devocion á los sermones, predicando ellos mismos repetidas veces en el Oratorio : lo que igualmente hacian otros muchos religiosos de varias Ordenes, y entre ellos frecuentemente el P. Franceschino del órden seráfico de S. Francisco, famoso predicador y religioso de ejemplar vida.

Habiéndose trasladado el Oratorio como se ha dicho, desde S. Gerónimo á S. Juan de los Florentinos, en donde sus naturales habian fabricado á sus espensas en la ribera del Tíber un edificio á propósito para los ejercicios introducidos por Felipe, permanecieron en él sus hijos por muchos años atendiendo tranquila y pacíficamente á la conquista y conversion de las almas. Pero al fin se intentó el último asalto contra aquella ejemplar reunion; porque el demonio, que habia quedado burlado y perdido en las pasadas batallas, pensó en moverle una nueva guerra, tanto mas peligrosa, cuanto que habia de ser intestina, y tener orígen en uno de los mismos que allí vivia con los demás. Refiere este hecho Baronio en su ya citado manuscrito.

Vivian en aquel santo lugar aquellos vene-

rables sacerdotes con admirable edificacion, ocupándose todos por fuera en promover la gloria de Dios, y por dentro en el mútuo amor, reinando entre ellos la caridad de modo que se amaban mas que si fuesen hermanos, cuando el demonio para hacer el último esfuerzo á fin de destruir aquella para él demasiado importuna Congregacion, tentó á uno cuyo nombre no cita Baronio, el cual, siendo el último que en S. Juan se habia reunido á la virtuosa hueste de Felipe, pretendió ser el Benjamin, solo para dar muerte á la madre que le habia tenido en su seno. No se portaba él como convenia á un hijo de tan gran padre como Felipe, y á un hermano de tan virtuosos sacerdotes como Tarugi, Baronio y los demás compañeros. Con paternal amor y con su natural suavidad le amonestó y dirigió el santo Padre á fin de atraerlo al buen camino; pero viendo que con él era perjudicial mas que provechosa la benignidad con que regia á los suyos, pues persistisndo en su desobediencia despreciaba sus órdenes y exhortaciones, para que como oveja dañada no contagiase á las demás, le espulsó de aquel pequeño rebaño,

y le separó de la compañía de los otros. Pues este fué precisamente el instrumento de que se sirvió el demonio para hacer las últimas pruebas contra el Oratorio, que por decirlo así aun estaba en su infancia. Con su hálito ponzoñoso llenó el corazon de este infeliz de indignacion y de rabia, para que la arrojase contra aquel inventando mil mentiras y falsedades. No es decible lo que hizo y propaló el irritado maligno espíritu, á cuyo fin tuvo á bien de representar al mal sacerdote como una afrenta lo que solo era un merecido castigo: baste saber que no hubo piedra que no removiese para hacer caer el naciente edificio. Con estudiadas invenciones y calumnias trató de desacreditar con los Florentinos á sus hermanos, y concitar contra ellos su ódio tejiendo una continuada serie de graves imposturas. Y ya habia logrado con sus engaños hacer que en varios conciliábulos se tratase de espulsar de S. Juan á los que justamente le habian echado de su compañía: cuando hizo Dios salir un nuevo Gamal, es decir uno que era bastante principal entre los de la nacion Florentina y estimado de todos, el cual sabedor

de la bondad y virtud de los Padres y de la malignidad del calumniador espulsado, tomando el partido de la combatida inocencia, con la fuerza de las razones y con su autoridad reprendió á los otros é hizo que quedase totalmente desvanecida la nube levantada por lucifer para arruinar el apenas nacido Instituto, y permitida por Dios para establecerle mejor y perpetuarle, como dentro de poco verémos.

CAPÍTULO XV.

Funda Felipe el instituto del Oratorio en la Iglesia de Santa María de Vallicella, y despues de concluirse èl nuevo y magnífico templo que se levantó, empiezan á celebrar en él los divinos oficios.

Hasta el año 1575 fueron en Roma como peregrinos los ejercicios del Oratorio, no teniendo asiento fijo; pues habiendo empezado en S. Gerónimo pasaron despues á S. Juan de los Florentinos, y conociéndose por la esperiencia cuán abundante era el fruto que se sacaba de ellos, aunque no tuviese Felipe idea

de fundar Instituto nuevo, sin embargo rogándole los suyos que ordenase una asociacion á fin de perpetuar aquel Instituto tan provechoso, accedió á sus instancias, y al efecto trató de proveerse de lugar en donde poder fundar la Congregacion. Muchos se le ofrecieron á propósito; pero por varias consideraciones, entre otras la de haber oido el oráculo del Vicario de Cristo, fué elegida la Iglesia de Santa María de la Vallicella, en el barrio llamado de Parion.

Habiendo pues tomado posesion de esta iglesia en virtud de la Bula apostólica del Pontífice Gregorio XIII, fundó y erigió el santo patriarca y fundador Felipe una Congregacion de presbíteros seculares que quiso se llamase la *Congregacion del Oratorio*, tomando la denominacion de aquel primer Oratorio de S. Gerónimo de la Caridad, en que se empezaron públicamente los ejercicios de razonamientos familiares y cotidianos y la oracion en comunidad. De este modo fué como el Oráculo del Vaticano confirmó y aprobó el nuevo Instituto con la citada Bula, que empieza: *Copiosus in misericordia Dominus,*

con fecha de 13 de julio de 1575, en el año cuarto del Pontificado de Gregorio XIII, á quien por esto se confiesa eternamente obligada la Congregacion del Oratorio, que despues fué asimismo enriquecida y honrada con varios privilegios y gracias de otros sumos Pontífices sus sucesores.

Obtenida ya de Felipe y los suyos la iglesia de Santa María de la Vallicella, hubiesen deseado que inmediatamente se trasladáran á ella desde S. Juan de los Florentinos los ejercicios del Oratorio y su habitacion, pero se dilató por algun tiempo á causa de la obra que hubo precision de empezar. Era aquella iglesia tan antigua que, como observó Baronio, no se encuentra en las *Memorias antiguas* que á la Natividad de la Vírgen se dedicase en Roma iglesia alguna antes que ella; por cuya razon fué enriquecida con muchas indulgencias por Eugenio III, (cuyas concesiones se encuentran hoy en los registros antiguos), é igualmente se hace muchas veces mencion de ella en las *Memorias* de las antiguas parroquias de Roma. No era pues de estrañar que se la hallase ruinosa. Pareció

por lo tanto oportuno hacer que se la reconociera, y se dió este encargo á Mateo de Castillo, sábio y esperimentado arquitecto, el cual la registró hasta en sus cimientos; y encontrándola en tan mal estado por su antigüedad, que amenazaba ruina, creyó que seria inútil todo lo que se gastase en repararla, á no ser desde los cimientos. Calculando pues que con la suma que se necesitaba para la reparacion habria acaso suficiente para edificar una iglesia mas grande y capaz, y de consiguiente mas acomodada á la multitud de gentes que concurrian á los ejercicios del Oratorio, aconsejó á los Padres desistieran de su primer pensamiento. Agradó á todos su prudente y razonado consejo; y aun cuando el inmenso gasto superaba las fuerzas de la naciente Congregacion, no desmayó Felipe, porque teniendo como tenia puesta en Dios toda su confianza, veia abiertos para él todos los erarios de la Omnipotencia. Una vez tomada ya posesion de la antigua iglesia, mandó á ella á German Fedeli y Juan Antonio Lucci de Balmarea, sacerdote de gran virtud y su antiguo hijo espiritual, á fin de que cuidasen de oficiarla,

encargándoles tambien el cuidado de la parroquia, y para que tuviesen cuenta de la poca fábrica que se trató de hacer al principio. Entre tanto Felipe, á quien agradaba poco la antigua estrechez de aquella casa dedicada á Dios y á su santísima Madre, trató de hacerla mas magnífica, y quiso para ello que todo dependiese del consejo y direccion del citado arquitecto, el cual se portó en aquella obra con no menor piedad que prudencia; pues sin interés ninguno empleó en ella sus conocimientos y su trabajo, y no quiso jamás manifestar á los Padres la planta del futuro templo para que, como dice Baronio, no se asombrasen de la grande amplitud de la mole, é impidiesen que se fabricára.

Pero si grandes fueron los planes del arquitecto, mas magníficos eran los de Felipe; pues habiendo una mañana, inspirado de aquel Dios que daba valor y vigor á su confianza, dado órden para que se destruyese la antigua iglesia á fin de dar principio á la nueva, y debiendo el arquitecto tirar el cordel para señalar la longitud de la fábrica, al salir el Santo de la sacristía de S. Gerónimo

de la Caridad en donde habitaba, para ofrecer el divino sacrificio, le mandó á decir que lo suspendiese hasta tanto que él fuese, porque queria absolutamente presenciar aquella importante resolucion. Luego que el santo Padre hubo celebrado con su acostumbrada ternura y dado las debidas gracias se dirigió á la Vallicella, en donde el arquitecto estaba ya preparado para aquella operacion. Tiró este la cuerda con las proporciones que le parecieron convenientes; pero no condescendió con su ciencia el Santo, mandando que se fijasen con mas amplitud, lo que hizo por tres veces, hasta tanto que se llegó al punto, que Dios habia revelado á Felipe, y entonces dijo este: «Parad aquí y cavad.» Obedecieron los albañiles, y no sin asombro encontraron un antiguo muro de duros ladrillos de diez palmos de alto, y otro tanto de ancho, cuya longitud se estendia á mas de la que habia de tener la iglesia. Nadie sabia que existiese tal muro sino Felipe que le vió con sobrenatural mirada, y fué como un tesoro, encontrado oportunamente, porque sobre él se fabricó despues todo el lado del Evangelio, que cimentado en

pared tan sólida quedó tan fuerte, que no ha sufrido deterioro como el lado de la Epístola. Además se sacó de él la mayor parte del material que fué necesario para los otros cimientos de la iglesia, y aun para una buena parte de las paredes. Con tan feliz principio se trazó el nuevo edificio á 17 de setiembre de 1575, poniendo la primera piedra con toda solemnidad Alejandro de Medici, arzobispo de Florencia.

Despues de esta sagrada y solemne ceremonia dió principio el santo Padre á la gran fábrica sin contar casi con ningun recurso. Pero estaba él tan provisto de confianza en la divina Providencia, que le valió mucho mas que todo humano apoyo, pues que apenas se puso mano á la obra cuando concurrieron los fieles con tantas dádivas que en dos años se vió muy adelantada. La primera suma que en ella se empleó fueron doscientos escudos que dió S. Cárlos Borromeo, como afortunadas primicias con que un Santo ayudaba y fomentaba la obra de otro Santo, y que fueron feliz presagio de las grandes limosnas que se recibieron despues de la piedad de los fieles para

la conclusion de la obra comenzada. Temian los Padres, considerando la escasez de recursos pecuniarios, no poder llevarla á cabo, tanto mas cuanto que por las grandes líneas ya señaladas, conocian cuán magnífico y por consiguiente costoso habia de ser el templo. Y no solo los de casa sino aun los estraños dudaban que se pudiera concluir una obra tan superior á las débiles fuerzas de la naciente Congregacion, y no dejaban de representar al mismo santo Fundador que era casi imposible tamaña empresa. Pero él nada desconfiado, antes bien lleno de confianza en Dios, lés contestaba magnánimamente que tenia tal esperanza de que se concluiria que le sobraba ánimo para arruinar la fábrica ya hecha y emprender de nuevo otra mas bella y gigantesca. Entre las personas que midiendo las obras de Dios por las fuerzas humanas exageraban la dificultad de la empresa, fué una la condesa Adriana, mujer del conde Próspero de la Genga; mas nada supo decir al Santo cuando le contestó con estas palabras: «He hecho pacto con la santísima Vírgen de no morir hasta tanto que esté cu-

bierta la Iglesia»; como en efecto sucedió, viendo en sus dias conseguido, por decirlo así, un imposible.

Y en verdad que era mas que difícil la perfeccion de aquella gran mole que deseaban los Padres ver terminada para trasladar á ella los ejercicios y su habitacion. Entre tanto empezó á hacérseles escesivamente penosa la tardanza, cuando movido Dios por los ruegos del santo Padre, estimuló de tal modo con sus dulces y suaves impulsos á toda clase de gentes, que no hubo, digámoslo así, quien con espontáneos tributos no contribuyese á la construccion del edificio. Competian los pobres con los ricos, dando aquellos bastante mas que estos, si se atiende no á la cantidad sino á la fe con que lo hacian. Cada uno ofrecia lo que le permitian sus cortas facultades. Las mismas señoras, mejor que lo hicieron las mujeres hebreas, se quitaban con júbilo los anillos de las manos para ofrecerlos á la fabricacion de aquel templo.

A las piadosas y pequeñas ofertas de los pobres siguieron las abundantes dádibas de los ricos, señalándose entre ellos los Prelados

y eminentísimos Cardenales. El cardenal Federico Borromeo, grande imitador de las virtudes de su primo, dió cuatro mil escudos para que se prosiguiese una obra comenzada con el dinero de S. Cárlos. Otros ocho mil dejó el cardenal Pedro Donato Cesi, y su hermano Angel, obispo de Todi, empleó despues sobre treinta mil en la bella y magnífica fachada de la misma iglesia, además de lo que habia gastado en la capilla de la Presentacion. Pero así como en la dignidad escedia á todos el sumo Pastor Gregorio, así tambien los superó en el afecto y la benignidad con que atendió á la fábrica de la nueva Iglesia; pues no menos en su principio que en su prosecucion se mostró siempre liberal, y tanto que al parecer de Baronio puede decirse con justicia que él edificó aquel templo; por lo que en memoria de sus grandes beneficios se creyó que despues de la Vírgen, debia dedicarse al gran Pontífice S. Gregorio, de quien llevaba el nombre é imitaba las costumbres : y así se llamó la nueva iglesia *Santa María y S. Gregorio en Vallicella.* Diversas personas contribuyeron liberalmente con lo demás que se necesitó

despues de las referidas sumas; gastándose en vida del Santo hasta cien mil escudos solo en la fábrica de la Iglesia, como él mismo confesaba para inflamarse mas y mas en dar la debida gloria y honra á Dios que tan abundantemente le habia provisto de todo, siendo así que habia acometido una empresa tan grande sin contar casi con ningun recurso.

¿Pero qué puede faltar á quien confia verdaderamente en Dios? ¡Ah! antes ciertamente falta nuestra confianza que dejar aquel liberalísimo Señor de proveer á quien pone en él de veras sus esperanzas. Así nos lo enseñó el Santo especialmente en esta ocasion; pues que si bien algunas veces se hallaba reducido al estremo de necesitar dinero para pagar á los operarios, jamás se confundia ni desmayaba, sino que decia siempre: «Dios me ayudará»; y al punto correspondia el suceso á sus esperanzas, y le llegaban socorros con tal oportunidad que muchos juzgaron con razon que en diferentes ocasiones se le proporcionó dinero milagrosamente. Era tal su confianza en Dios, y tan grande su desconfianza en los auxilios terrenos, que en las mayores necesidades para

la continuacion de la fábrica no pudo resolverse nunca á pedir nada á nadie. Por esto habiéndole referido un dia el hermano de Congregacion que cuidaba de la fábrica, que aun no se habia llegado á las cornisas y el dinero se habia agotado, por lo que era preciso suspender la obra; lleno de confianza en Dios le animó el Santo, diciéndole: «Que no dudase que el Señor proveeria segun la necesidad». No se tranquilizó con esta respuesta el hermano, y guiado por humana prudencia le sugirió que habia un caballero bastante rico y tan inclinado á las obras de piedad que cuanto tenia daba por amor de Dios; por lo que si él le pedia seguramente contribuiria con una buena limosna. Mas Felipe no aceptó el consejo como contrario á sus intenciones y le volvió esta respuesta: «Hijo mio jamás he pedido cosa alguna y Dios me ha provisto siempre. Ese caballero sabe perfectamente nuestra necesidad, y si quiere hacer alguna limosna la hará por sí mismo». Apreció Dios la confianza de su siervo, y por otro medio le proveyó abundantemente; pues pasados pocos meses murió un abogado principal muy afecto

al Instituto, quien sin que nadie se lo sugiriese, como inspirado por Dios, dejó piadosamente mas de cuatro mil escudos para la fábrica; y á los seis meses murió otro, que para el mismo objeto dejó mas de ocho mil; de modo que pudo proseguirse felizmente el comenzado edificio, el cual parecia que corria á cuenta del cielo mas que de Felipe, pues tan oportunamente y sin humana diligencia sobrevenian los socorros necesarios. Pero nuevos y mas patentes prodigios le declararon obra del cielo ó mas bien de su Reina.

En tanto que el edificio seguia prósperamente, el P. Juan Antonio Lucci, á cuyo cargo estaba, mandó allanar para comodidad de la misma la antigua Iglesia, y que dejasen en pié solo una pequeña capilla, ya porque en ella se veneraba la antigua y devota imágen de la santísima Vírgen, que al presente se adora en el altar mayor de la Vallicella, cuanto por conservarse en la misma el santísimo Sacramento, que, por ser párroquia aquella iglesia, debia administrarse á los moribundos sus feligreses. Habia ordenado tambien que para la mayor decencia posible así de Jesus sacramentado

como de la sagrada imágen de su santa Madre dejasen cubierta la capilla con su antiguo techo; cuando he aquí que una mañana envió á llamar el Santo á toda prisa al citado P. Lucci, y le ordenó que al punto mandase demolèr el techo de la capilla, porque debiendo en la noche anterior desplomarse naturalmente, habia visto él á la gran Madre de la Misericordia que le sostenia con su poderosa mano. Apenas el P. Juan Antonio volvió de S. Gerónimo á la Vallicella, hizo llamar acto continuo á los trabajadores y les mandó echar abajo el ruinoso techo; mas nō biem empezaron á hacerlo cuando vieron no sin asombro que el fundamento principal en que se apoyaba, saliendo fuera de la pared, se sostenia en el aire; por lo que todos lo juzgaron y publicaron como un milagro.

Habiendo trascurrido ya dos años desde la colocacion de la primera piedra, y quedado concluida con los auxilios del cielo una parte suficiente para los ministerios eclesiásticos y para un numeroso concurso de gentes, se dió principio á los divinos oficios en 3 de febrero de 1567, en cuyo dia cayó aquel año la Domini-

ca de Septuagésima, celebrando solemnemente la primera misa el mismo Alejandro de Médici, que ofició tambien de pontifical en las Vísperas, y oyéndose durante todo el dia en aquel nuevo recinto la harmonía de sonoras voces y músicos instrumentos. Para hacer mas solemne la festividad concedió el sumo Pontífice indulgencia plenaria á los que visitasen devotamente la nueva iglesia, por lo que fué grande el concurso de gente; y en la siguiente próxima Cuaresma administró el pan de la divina palabra á un numerosísimo pueblo el célebre predicador apostólico P. Fr. Lobo, capuchino.

No debemos pasar aquí en silencio que si la devota piedad de los fieles se señaló tanto en contribuir con gruesas sumas para la fábrica del augusto templo, no se señaló menos en ofrecer con abundancia preciosas alhajas y sagrados ornamentos para el culto divino. Apenas se abrió parte de aquella iglesia cuando á porfía concurrieron á proveerla de vasos sagrados, de recados preciosos para los altares y de costosas alhajas; de modo que, como refiere Baronio en su manuscrito, fueron tan-

tas y tales las ofertas que, si bien la iglesia no estaba concluida en cuanto á la fábrica, no tenia que envidiar tocante á ornamentos á las mismas basílicas, á las que se igualó tambien despues en cuanto á la magnificencia del edificio, á la suntuosidad de las capillas incrustadas de finísimos mármoles y á la belleza de las pinturas. Así es que se la considera como uno de los mas notables y magníficos templos que se admiran en Roma; habiéndose llamado *Iglesia nueva*, por la circunstancia de haber sido reedificada desde los cimientos como dejamos dicho: denominacion que se ha transmitido á los Padres del Oratorio de la Congregacion de Roma, en términos que no son conocidos comunmente en esta capital sino con el nombre de *Padres de la Iglesia nueva*.

CAPÍTULO XVI.

Pasan á vivir en comunidad á la iglesia de la Vallicella los Padres del Oratorio, á donde finalmente vá tambien á fijarse el santo fundador Felipe, y declarado prepósito perpétuo de la Congregacion, le rinden sus hijos una admirable obediencia.

Habiendo empezado los Padres del Oratorio en 3 de febrero de 1577 como ha poco se dijo á oficiar en una parte de la nueva iglesia, que ya estaba corriente para los ministerios eclesiásticos y ejercicios del Oratorio, en el siguiente abril pasaron á habitar en Santa María de la Vallicella, y trasladaron á ella los discursos familiares, que se hacian primero en S. Gerónimo, y despues en S. Juan de los Florentinos, en donde quedaron algunos para el gobierno de aquella iglesia, los cuales al fin en 1588 por decreto de la Congregacion se retiraron á la Vallicella para vivir en comunidad con sus demás hermanos. Pero si capaz era la nueva iglesia aunque no concluida del todo, la casa destinada para habitacion de los Padres era demasiado reducida, por lo que vivian en ella con grande incomodidad; mas

la divina Providencia proveyó á la penosa estrechez, disponiendo prontamente con oportuno y eficaz remedio que pudiesen ensancharse algun tanto, y despues sucesivamente acomodarse con mayor desahogo.

Estaban contiguas á la estrecha casa de la Vallicella otras de un caballero milanés y sacerdote muy ejemplar, llamado D. Alfonso Visconti, el cual atraido con la vecindad por el olor de las virtudes de los hijos del santo Padre y la sublimidad de los ejercicios que practicaban, deseó habitar en su compañía y vivir con ellos. Comunicó pues su casa con la de la Congregacion rompiendo una pared que las separaba, y quiso tambien ser admitido en compañía y reunion de los Padres con tanta edificacion, que mereció los elogios de Baronio en su manuscrito. Habiéndose, pues, acomodado bajo el mismo techo los Padres del Oratorio á 8 de mayo del dicho año 1577, eligieron por unanimidad prepósito de la nueva Congregacion al santo fundador Felipe. Además en otra Congregacion fueron elegidos para entender en el gobierno general de la misma, y como consejeros del prepósito, el citado

Alfonso Visconti, Juan Francisco Bordini, Francisco María Tarugi y Antonio Talpa, nombrando asimismo procurador al mencionado Visconti, como práctico de negocios y cosas de la córte. Algun tiempo despues, estendiéndose cada vez mas la fama de la nueva Congregacion, fué tanto lo que creció el número de Padres y hermanos, que subiendo, como afirma Gallonio, á ciento treinta, bien pronto volvieron á encontrarse muy reducidos; pero la divina Providencia acudió de nuevo á socorrerlos maravillosamente, proveyéndolos de habitacion suficiente.

Corria el año 1531, cuando por órden del cardenal Savello, que entonces era vicario del Papa, debian trasladarse unas cuantas monjas que bajo la regla de Santa Clara vivian en un pequeño monasterio titulado de santa Isabel, contiguo á la casa de la Congregacion, á otro monasterio llamado de las Tapiadas *(delle Murate)*, que era de la misma Orden. Pareció pues muy oportuna á los Padres esta ocasion para ensanchar su casa con la compra de aquel monasterio; pero proponiéndoselo al santo Felipe, á quien no agradaba que la casa

en sus principios se cargase de deudas, y que por otra parte tenia firmes esperanzas en Dios de que por otros medios le proporcionaria habitacion, no quiso condescender á sus instancias, antes bien los disuadió de tal intento. Sin embargo, guiados algunos por el dictámen de la prudencia humana, se esforzaron (permitiéndolo Dios para hacer brillar mas la luz superior que guiaba al santo Padre), en llevar á cabo la compra. Y en efecto ya se habian reunido las partes en un sitio para estender la escritura de venta, cuendo el Prelado que gobernaba el monasterio, no contento con el pagaré que le daban los Padres de la suma ya convenida, exigió que se le diese el dinero en metálico, cosa bastante desusada en semejantes compras; por lo que vino á deshacerse el contrato, cuando parecia estar ya concluido. Determinaron pues dar cuenta de todo lo ocurrido al Santo, que aun habitaba en san Gerónimo de la Caridad, y comisionaron al efecto al P. Pompeyo Pateri. Pero ya Felipe, antes de que se lo dijeran sabia cuanto habia sucedido; y así fué que encontrándose Pateri al salir de casa con el santo Padre que subia

las escaleras para entrar en la iglesia de la Vallicella, antes que aquel pronunciase una palabra, le dijo: «¿No os anuncié yo que ese monasterio no habia de comprarse?» Despues añadió: «Dadme aquel pagaré, porque si bien nosotros no compraréмos el monasterio, Dios nos proveerá por otro camino.» A la prediccion siguió en breve el suceso, pues pasados apenas cinco meses, el cardenal Pedro Donato Cesi lo compró con su propio dinero, y con gran munificencia lo donó á los Padres de la Congregacion; y no satisfecho con esto compró al año siguiente otra casa y se la dió igualmente á los Padres; con lo cual sin empeñarse quedaron suficientemente provistos de habitacion.

Entre tanto, aunque Felipe, como autor, fundador y prepósito gobernaba su Congregacion, habitaba en S. Gerónimo, cuya demora le era muy amable; y por esto, aunque muchas veces le pidiesen sus hijos con encarecidas súplicas que fuese á habitar con ellos, no podia, ó no sabia resolverse á ello detenido por dos poderosos obstáculos. Era odioso, digámoslo así, á su profunda humildad el nom-

bre de fundador de Congregacion, y por esto aunque era el autor de aquella, viviendo lejos parecia como que se ocultaba que él la habia fundado. Por otra parte, el haber encontrado en S. Gerónimo abundantes medios de ejercitar su paciencia (como dijimos ya en el capítulo XII), le hacia muy grata aquella habitacion; soliendo decir al que le persuadia la dejase, «que no queria huir la cruz y aquel lugar en que el Señor le habia dado tantas ocasiones de merecer.» Pero considerando los Padres la necesidad que de su presencia tenia la Congregacion, y los saludables influjos que recibiria aquel cuerpo de la cercanía de su cabeza; viendo que tan repetidas instancias eran ineficaces, resolvieron valerse de medios mas poderosos. Acudieron al efecto al citado cardenal Pedro Donato Cesi que con singular afecto distinguia á la Congregacion, para que esponiendo al sumo Pontífice su justa demanda, interpusiese su valimiento con su Santidad, á fin de que usando de autoridad con Felipe, le hiciese acceder á lo que ellos juzgaban tan razonable. Sirvióles con esmero y diligencia el Cardenal, y pareciendo justa al

sumo Pontífice, que á la sazon lo era Gregorio XIII, la peticion de los Padres, encargó al mismo Cardenal que en su nombre mandase á Felipe, que á todo trance fuese á reunirse con sus hijos á la Vallicella. Esto bastó para que el Santo, hasta entonces reácio en abandonar la antigua estancia de S. Gerónimo, dispusiese su partida, sin alegar escusa ó dilacion alguna, posponiendo toda particular inclinacion, aunque justa, á la voluntad divina, que se le manifestaba en el mandato pontificio. De este modo fué necesario que su paciencia y humildad, que hasta entonces le habian detenido en S. Gerónimo, cediesen á la obediencia, que siempre fué el norte que dirigió sus acciones.

En el dia 22 de noviembre de 1583, dedicado á las glorias de la santa vírgen y mártir Cecilia, saliendo de S. Gerónimo, trasladó su habitacion á Santa María de la Vallicella. Vióse, pues, en aquel dia por primera vez reunido mas estrechamente con su cabeza el cuerpo de la Congregacion, habiendo trascurrido seis años desde que sus hijos se habian trasladado allí de asiento. Quiso el Santo que su mudanza

fuese triunfal, procurando que le burlasen y escarneciesen, siendo las mofas é irrisiones los verdaderos aplausos de los siervos de Dios, con los cuales triunfan de sí mismos y del demonio. Al efecto pues mandó que llevasen casi como en procesion, desde S. Gerónimo á la Vallicella los pocos y viles muebles que tenia, con lo cual consiguió su intento; pues pasando por el palacio Savella, que entonces era cárcel pública, fueron insultados y cubiertos de oprobio los que los conducian; ganando así por medio de la mortificacion en la propia persona y en la de los suyos.

Instalado en la nueva habitacion, guardó el Santo el mismo retiro y método de vida que en S. Gerónimo. Eligió para sí el cuarto mas alto y retirado de la casa, para poder como antes lo hacia, atender mas fácilmente lejos del ruido á la santa contemplacion, continuando así con admirable perseverancia hasta su último instante el mismo plan de vida que se impuso cuando se dedicó á Dios en el servicio del altar. Pero por el grande afecto que siempre tuvo á su antigua habitacion de S. Gerónimo, quiso conservar mientras viviera las

llaves de aquel cuarto en que habia habitado por espacio de treinta y tres años; y no solo mandaba á menudo á visitarle alguno de los suyos, sino que él mismo tenia especial gusto en estar algun rato en donde tantos habia pasado con tan gran fruto y placer de su espíritu.

Venerábanle todos, como era debido, y le reconocian por gefe y fundador de la Congregacion : así pues el año 1577 fué de comun consentimiento de los Padres confirmado contra su voluntad superior y Prepósito de ella, con lo que hizo algunas Constituciones para el gobierno interior de la casa, las que fueron aceptadas sin contradiccion. Gobernó con suma prudencia y consejo dirigiendo á sus súbditos con la caridad y el amor : llevándolos de este modo á donde queria con tal suavidad que el cardenal Tarugi afirmó, «que si bien los súbditos de la Congregacion no estaban ligados con votos, sin embargo no cedian en la obediencia á los monjes de Egipto ; y que ninguno de los Fundadores de religion, á lo que él sabia, habia sido mas obedecido de sus discípulos, que Felipe de los suyos ; estando estos dispuestos á precipitarse sin detencion desde una ven-

tana, y aun en medio de las llamas, si el se lo mandase». Y en efecto hablando un dia del mérito de la obediencia cercado de sus hijos junto á un estanque, dijo como de paso: «¿Quién seria entre vosotros el que, si yo se lo mandára, se echase en ese estanque?» y he aquí que uno de ellos, sin que le hubiese hecho la menor indicacion, se arrojó al punto al agua con grave riesgo de su vida, sino le hubieran socorrido los demás.

Padecia Baronio de una gran debilidad de estómago, de modo que cualquier alimento que tomára le causaba suma molestia. A esta dolencia, por la relacion que hay entre la cabeza y el estómago, se añadia tal debilidad de cabeza que le habia prohibido Felipe que hiciera oracion ó cualquiera otro acto mental; no obstante esto, entrando un dia despues de comer en el aposento de Felipe, en el que por casualidad habia un pan y un limon, le mandó el Santo que se comiese ambas cosas en su presencia. Cumplió Baronio cuanto se le mandaba; aunque temia que naturalmente habia de resultarle un daño notable, siendo aquella comida no solo escesiva para su débil estóma-

go, sino enteramente contraria. Sin embargo, el mérito de la obediencia le libró no solo de un dolor casi seguro, sino que le hizo ver que aquellos manjares eran un remedio saludable para sus males, quedando al punto libre de la debilidad de estómago y de la cabeza. El mismo afirmó que muchas veces cuando estaba abatido con la calentura le habia mandado Felipe á los enfermos del hospital de Santo Espíritu, y que él lejos de escusarse obedecia al punto, recibiendo el premio con volverse á casa enteramente bueno. De otros muchos casos que se encontrarán esparcidos en esta obra puede deducirse cuánto le obedecian los súbditos de la Congregacion, y cuán celoso era él mismo de la obediencia; pues aunque gobernaba con gran benignidad y era muy mirado en mandar, sin embargo, si los suyos faltaban á la obediencia los castigaba severamente hasta querer que salieran de la Congregacion, como lo manifestó espresamente, segun verémos en el cap. XVII. Así que para acostumbrarlos á obedecer sin detencion, y á deponer su propio dictámen, continuamente les mandaba cosas que parecian repugnantes

á la prudencia humana, y que habian de cumplir en hora y tiempo inoportuno; y si veia que tardaban en obedecer, los instaba con reiteradas órdenes para que tuvieran que dejar á un lado el parecer propio.

Pero lo mas admirable en esto es que no solo fué, como se ha dicho, obedecido de los suyos con tanta prontitud, sino aun de los penitentes seglares, y en cosas muy difíciles y sensibles. Mandó una vez á tres de ellos que se desnudasen y se paseasen de este modo por uno de los sitios mas frecuentados de Roma; y lo mismo mandó que hiciese un sacerdote en la iglesia, cuando estaba llena de gente; y así este como los otros tres, quitándose la capa á la primera indicacion, empezaron á desabrocharse el vestido; pero contúvolos el Santo, que solo pretendia que se decidiesen á obedecer. Mandó á otro que paseaba con él por el Coliseo, que llevase sobre sus espaldas al hospital de S. Juan á un pobre mendigo, que yacia tendido sobre el lodo; y aquel aplicó sus hombros á la pesada y preciosa carga, conduciéndola al hospital con edificacion de cuantos le encontraban.

¿Pero quién no habria obedecido á Felipe, si tan felizmente salia todo lo que mandaba, y por el contrario tan mal éxito tenia lo que se hacia contra su voluntad? Francisco María Tarugi, que pudo vanagloriarse de haber sido su novicio por espacio de cincuenta años (tan ciegamente le obedecia), porque quiso una sola vez contra la prohibicion del Santo levantarse de noche á hacer oracion, recibió el castigo con un dolor tal de cabeza, que en doce meses no pudo volver á orar. A otro, que sin su licencia se daba disciplina diariamente, habiéndoselo comunicado despues por escrupulizar de ello, se la prohibió Felipe, juzgando que no le era conveniente; si bien despues á fuerza de instarle mucho, le permitió, aunque contra su voluntad, que se la diese una vez á la semana. Pero al poco tiempo se vió obligado á confesar él mismo á los piés del Santo la repugnancia que esperimentaba cuando debia dársela, siendo tal el horror que sentia, que no tenia valor ni aun para alzar la disciplina.

A uno le prohibió el ir á Tívoli y á otro á Nápoles, y uno y otro contra su precepto quisieron cumplir su deseo, si bien ambos reco-

gieron el fruto de su desobediencia, pues el primero dando una caida del caballo se rompió el hueso de la cadera, y el otro estuvo á pique de caer en el mar. Pero mas infeliz fué todavía el fin de un jóven Pisano, que contra el dictámen del Santo quiso formar con otro compañía: llegó á noticia de Felipe, y abiertamente predijo que tendria mal fin, como sucedió en efecto; pues no mucho despues fué muerto por el compañero, pagando así su desobediencia.

Por el contrario feliz en alto grado fué el viaje que hizo desde Roma á Arsoli Fabricio Maximi, aunque en el peor tiempo de la canícula y contra el consejo de los médicos; pues dos hijos suyos enfermos de tanta gravedad que uno de ellos no tomaba otro alimento que caldo y el otro casi ni aun esto, con el viaje que les mandó hacer el santo Padre, aunque parecia contrario á la razon, recobraron la salud. Vicente Crescenci, hermano del Cardenal Pedro Pablo Crescenci, que por obedecer fué á pasearse con otros jóvenes á S. Francisco de la Rivera *(in Ripa)*, sin embargo de que habiendo caido del coche le pasó una rueda

sobre las piernas, salió enteramente ileso, confesando él mismo que la obediencia al Santo le habia salvado; y Felipe mismo le aseguró que aquello habia sido un milagro, del que debia tener perpetua memoria, para dar gracias al Señor.

El abate Marco Antonio Maffa tenia grandísima aversion al ministerio de la predicacion, en términos que con gusto se espondria antes á cualquier otro peligro. Resolvióse no obstante á predicar una vez por obedecer al Santo; y desde aquel momento se halló tan otro, que fué uno de los que con mas acierto y facilidad pronunciaban las pláticas del Oratorio. Egidio Calvelli, lego de la Congregacion, sentia mucha repugnancia en asistir á la botica, y quejándose en una ocasion al Santo de que por atender á aquella oficina no podia cuidar de sí, le respondió aquel: «¿Y qué es mejor, estar turbado por los hombres ó por los demonios?» Dióse Egidio por avisado, continuó en la obediencia, y se halló tranquilo y pacífico.

Fabricio de Maximis, de quien ya se ha hecho mencion, tenia una hija llamada Magda-

lena sobre cuya vida habia impuesto un *Juro* de muy gruesa cantidad. Acostumbraba por la primavera á retirarse á su castillo de Arsoli, y yendo una vez á despedirse del Santo con motivo de este viaje, le dijo: «Quita aquel *Juro* antes de partirte.» Confiado Fabricio en el buen estado de salud y pocos años de su hija, no hizo caso del aviso; pero en el inmediato setiembre murió Magdalena, sin que su padre tuviese tiempo para asegurar su dinero: y así por no obedecer al Santo, perdió la hacienda el mismo que por ser obediente antes habia ganado dos hijos. Semejante infortunio cupo á Curcio Lodi de Aquila á quien Felipe intimó que no prestase una cierta cantidad; pues no habiendo querido obedecer la órden, se resolvió á hacer el préstamo, y nunca pudo cobrar su dinero. No sucedió así á otros, que por ser obedientes á sus palabras, evitaron la pérdida de grandes cantidades. En poder de cierto mercader depositó un pobre vaquero, llamado Domingo, trescientos escudos que era todo su caudal; avisóle Felipe que sin perder momento sacase su dinero de poder del comerciante. Obedeció prontamente, y á los po-

cos dias quebró el comerciante, y él se vió libre de tan sensible pérdida.

Todos estos casos, fuera de otros muchos que podiamos referir, son otras tantas pruebas manifiestas de las grandes utilidades que ocasionaba la obediencia rendida al Santo, y de los graves daños á que se esponia el que faltaba á ella por presuncion ó desprecio. Asi lo esperimentó un hijo de la Congregacion. En el juicio prudente de ella y de este su santo Fundador, siempre fué esceso muy reprensible que cualquiera de sus hijos mostrase grandes ánsias, y mucho mas que hiciese instancias repetidas para ser promovido á los sagrados Ordenes, ó á los ministerios de predicador ó confesor. Dejóse dominar demasiado de este deseo un sugeto, procurando con diligentes ánsias que lo promoviesen al sacerdocio: prohibióselo el santo Padre para mortificar los escesos de su voluntad con la demora que le dictaba su prudencia. El pretendiente no observó el mandato, y siguió haciendo diligencias hasta que consiguió satisfacer sus deseos; mas no los vió logrados de un todo, porque saliendo de la Congregacion de allí á poco,

perdió la vocacion, y por no ser obediente con rendimiento, vino á no ser Congregado con perseverancia.

No deja de ser notable tambien á este propósito lo que referia de sí mismo un jóven romano, que habiéndose casado se veia comprometido á veces á ir á los festines que celebraban los parientes. Dice pues este jóven, que cuando asistia á ellos con licencia del Santo, no le molestaba ningun mal pensamiento; pero que si sucedia que iba sin su beneplácito, le asaltaban mil imágenes impuras. Terminarémos por último este capítulo citando las palabras de Juan Andrés Poncio Lucatelli, á propósito de la obediencia: «Jamás, decia, me salió mal lo que hice por consejo del P. Felipe, y cuando me desentendia de sus órdenes, no daba paso en que no tropezára»; observándose así que quien hacia obediente lo que él queria, ganaba siempre tanto en lo espiritual como en lo temporal.

CAPÍTULO XVII.

De la forma que dió el santo Fundador al Instituto de la Congregacion del Oratorio, y de su gobierno y observancias.

Habiéndose unido por la habitacion, como ya lo estaba por el afecto y la caridad el santo P. Felipe con sus hijos en la Vallicella, gobernó con mucha paz y satisfaccion de todos su Congregacion, de la que contra su voluntad conservaba la superioridad y la prepositura, que le fué conferida por darle gusto solo por tres años; pues queriendo que en lo sucesivo se eligiese ó confirmase en el gobierno el superior cada tres años, y que no fuese perpétuo, dispuso que de todos modos se practicase esto primeramente en su persona. Obedeciéronle pues los Padres, que pendian en todo de su querer; pero considerando despues la precisa necesidad que tenia la Congregacion aun naciente de ser gobernada por su amado Padre para crecer y adelantar en las virtudes y en el espíritu, juzgaron los mismos Padres que debia esceptuarse su persona de la regla general, por lo que á 19 de junio de 1587 le

declararon superior perpétuo y prepósito de la Congregacion, obligándole con ruegos sumisos y poderosas razones á aceptar un cargo que tanto repugnaba á su humildad. Bastante habia declarado él los motivos qre le habian determinado á formar el instituto del Oratorio y que ya dejamos citados; pero con esta ocasion espresó su intento con mas claridad, manifestando ser su ánimo que sus hijos se mantuviesen en estado de presbíteros y clérigos seculares, sin vínculo de votos, ni de juradas promesas, y que sirviesen á Dios libremente y con voluntad siempre espontánea, atendiendo á la propia salvacion y á la del prójimo, con el desempeño de los ejercicios del Instituto, añadiendo que jamás habia tenido intencion de introducir una nueva religion, porque ya habia várias y muy santas en las que podian cumplir su deseo los que aspirasen á mayor perfeccion, sujetándose á los votos. Esto fué lo que manifestó el santo Fundador acerca de su nuevo Instituto, y lo que ratificó despues en su muerte como último codicilo, segun en breve verémos. Y en efecto, como afirma en un manuscrito el P. Agustin Manni,

su fin fué introducir en la Iglesia un instituto que no retrajese con la austeridad religiosa ni angustiase al corazon con la estrechez, sino que con una vida moderada y virtuosa brindase á aquellos que no se atreven á emprender una rígida y austera, y que mas bien son llamados á servir á Dios por el camino de la dulzura y suavidad. Hé aquí los términos en que se espresa: «El fin de nuestro B. Padre »fué, entre otros, el de formar una Congre»gacion que no con austeridad de vida ni con »rigores religiosos, ó con la abstraccion total »de las cosas temporales, sino con una vida »moderada, con buenas costumbres y honesta »disciplina, y con un uso modesto y virtuoso »de las cosas de este mundo caminasen al fin »eterno por las sendas de Dios, y en medio »de las licencias del mundo. Esto supuesto, fá»cilmente puede verse que la belleza y gracia »de este estado y su perfeccion son como las »de la virtud, que no consiste en los estremos, »sino en el medio y en la moderacion.» Hasta aquí el citado Manni. Y en la *Vida* del santo Padre escrita por Bacci se lee asimismo que él queria fuese tal el género de vida de la Con-

gregacion, que considerándole aquellos que no se atreven á entrar en las religiones por la aspereza de las reglas, tuviesen donde poder retirarse para servir mas libremente á Dios.

Cuán celoso era además el Santo de que se conservase en su Instituto la libertad no coartada por los votos, bien claramente se deduce de algunos de sus escritos, que fueron como dos codicilos encontrados despues de su muerte, en los que exhorta á sus hijos á que no muden el estado de la Congregacion sino que perseveren en el de presbíteros seculares, segun su primera institucion. Y dedúcese que su voluntad era ajustada á la de Dios, por haberlo espresado así con clara respuesta su Vicario en la tierra. Pues habiéndose manifestado en alguno inclinaciones y deseos contrarios á la opinion del santo Padre inspirados por el deseo de la mayor perfeccion aneja al estado religioso por razon de los votos, se creyó oportuno, para cortar de raiz toda propension á innovar, recurrir al sumo Pontífice, el cual habiendo oido con benignidad cuanto se le espuso por una y otra parte, dijo ser su voluntad que en la Iglesia católica se perpe-

tuase la Congregacion sin ningun vínculo de votos como tienen tantas otras religiones para los que desean ligarse con ellos: *Nos omninò volumus*, respondió el Papa, *ut perpetuo in Ecclesia Dei talis Congregatio presbyterorum sæcularium reformatorum, absque ullo voti ligaminè perseveret, quandoquidem non deerunt quam plures religiones pro iis qui earum spiritu tenentur*. De aquí es, que conociéndose claramente ser voluntad de Dios que en su Iglesia vestida de variedad hubiese un estado en el que viviéndose con vida comun se conservase la libertad, hay un decreto entre otros en las Constituciones impresas, confirmadas y aprobadas con apostólica autoridad del Pontífice Paulo V, con fecha 24 de febrero de 1612, el cual previene que cuando algunos de los individuos de la Congregacion quisiesen mudar de estado, y determinasen ligarse con votos ó con promesas juradas, aunque fuese el mayor número de la Congregacion, pudiesen entrar en la religion que quisieran; pero que los bienes de la Congregacion, en cualquier lugar que se hallasen, queden en poder de los Padres que quieran conservar el antiguo es-

tado, aunque sean en mucho menor número que los otros, sin que tengan que dar á aquellos la mas mínima cosa. El tenor del decreto es como sigue: *Cum nostra congregatio solo charitatis mutuæ nexu, neque ullis astricta votorum, juramenti, aut promissionis hujusmodi vinculis, olim per sanctum patrem Philippum Nerium fuerit divina inspiratione instituta, atque hæc fuerit ejus et omnium Congregationis Patrum mens semper unanimis, ac sit, ut ita perseveret, decretum est, si quando aliqui ex nostris putaverint ab hoc statu recedendum, et alligare Patres, fratresque ullis votorum, jurisjurandi, aut promissionis vinculis, etiam si isti majorem partem conficiant, ut sit ipsis quidem liberum, quam velint ingredi Religionem, sed altera pars, quamvis numero longe impar, habeat omnia bona Congregationis quocumque loco posita, quandiù perseveraverit in hoc statu, nec alteri quicquam dare vel acquisitum, vel acquirendum. Sic enim conservabitur in Ecclesia Dei circundatur varietate*, etc.

No temió el santo Fundador que la libertad que quiso hacer perpétua en su Congregacion

pudiera serle nociva, pues aunque cada uno tenia en su mano el salirse de ella, sin embargo no dudaba que jamás se disolveria, porque conociendo muy bien que mas que él Dios habia sido su autor, tenia por cierto que el mismo seria su conservador especial. Era tan grande en él esta confianza que si todos los de la casa hubieran querido marcharse no se hubiera afligido, ni vacilára en proseguir la obra comenzada, soliendo decir, «que Dios no necesita de los hombres;» y cuando actualmente alguno despues de haber puesto la mano sobre el arado se volvia atrás, abandonando el Instituto para volver al mundo, solia citar estas palabras del Redentor : *Potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios Abrahæ.* Ni con aquellos que titubeaban usaba de artificios ó ruegos para detenerlos. Así á uno que contra su dictámen quiso ir á su patria, porque sospechaba que se quedaria por allá, le escribió una carta en la que se leen estas palabras : «En tu mano está el volver ó el quedarte; que »aquí no querémos gente por fuerza.» Pero si no es perjudicial á la Congregacion en general la libertad que profesa el instituto del

Oratorio, mucho menos lo es á los individuos en particular, pues que no es ella cual alguno mal informado pudiera imaginarse, esto es, que consista en ser lícito á cada uno el hacer lo que le plazca, sin sujecion á reglas y sin obligacion de obedecer á nadie, pues esta libertad seria monstruosa y no seria Congregacion la del Oratorio, sino confusion y desórden. «La »libertad, dejó notado en un antiguo manus»crito el P. Antonio Talpa, consiste en poder »pertenecer á la Congregacion y retirarse de »ella segun parezca mejor: y en esto difiere »de las Religiones; pero no está uno libre, »mientras á ella pertenece, de la observancia »de las reglas y de la disciplina.» Hasta aquí el citado Talpa. Y decia la verdad; pues desde el principio de la Congregacion exigia de sus hijos el santo Padre una puntual observancia de sus reglas y Constituciones. Era él dulcísimo (y tales deben ser sus sucesores) en el manejo de la voluntad de sus súbditos, y trataba con ellos con admirable suavidad y prudencia, observando con su ejemplo lo que con las palabras enseñaba; esto es, que quien quiera ser obedecido en todo, mande poco, y

lo haga además como él lo hacia, que mas que mandar parecia que rogaba; así es que no acostumbraba á decir á los suyos «haced esto ó lo otro,» sino que decia cuando mas, «haz el favor de hacer esto;» y solia añadir, «si te parece pesado yo lo haré por tí;» ó bien decia como consultando: «quisiera encargarte esto; ¿qué te parece?» Pues bien; este mismo que mas que superior parecia tierno padre, era al propio tiempo observador puntualísimo de las pocas reglas impuestas á los suyos; por lo que en un escrito de su mano esplicó sus sentimientos en estas palabras: «En caso de que »alguno conozca que no puede seguir ade»lante sin ocasionar trastorno, ó en las cosas de »la mesa, ó en otra cualquiera que haya que »hacer en la Iglesia ó en donde lo exija la ne»cesidad, pida licencia, y váyase cuanto antes »de nuestra Congregacion, porque de otro »modo se le dará á la segunda falta; pues »que estoy decidido, Padres mios, á no con»sentir en casa hombres que no sean obser»vadores de los pocos preceptos que se les han »impuesto.» Claramente se vé, pues, que la libertad del estado de la Congregacion del

Oratorio consiste en que aun cuando son libres sus individuos en cuanto á sus votos, no por esto pueden hacer lo que les plazca; y si bien no tienen los votos de los Religiosos, tienen que esforzarse para llegar á la perfeccion no menos que los Religiosos; como el mismo santo Padre les indicaba cuando les decia «que »tratasen de imitar á los Religiosos en la per»feccion, aunque no los imitasen en los votos;» y á este propósito recuerdo haber visto en algunos escritos antiguos del archivo de la Congregacion del Oratorio en Nápoles las siguientes palabras: «El bienaventurado Padre »y sus antiguos hijos no inculcaban otra cosa »en sus exhortaciones sino que, aun cuando »seamos presbiteros seculares, sin embargo »nuestra vida debe ser conforme á la de los »Religiosos.»

Mas como para el buen gobierno de toda reunion se necesitan reglas y constituciones, desde el año 1477 en que se instituyó la primera Congregacion en la Vallicella, se establecieron algunas reglas que habian de observarse, así en lo tocante á la Iglesia como al gobierno doméstico. Despues el santo Funda-

dor, con el consentimiento y participacion de los Padres, hizo algunas constituciones que, habiéndolas comunicado primero con personas notables por sus talentos y prudencia, y especialmente con el cardenal Gerónimo de la Robere, arzobispo de Turin, fueron aceptadas por unanimidad, y puestas despues en práctica por espacio de mas de treinta años, merecieron al fin ser aprobadas y confirmadas con breve Apostólico por el Sumo Pontífice Paulo V á 24 de febrero de 1612, y son las que se practican y observan, tanto en Roma, como en las demás Congregaciones que hay fuera de ella; cuyas constituciones aunque todas son dulcísimas y suavísimas, bien observadas hacen perfecto al hombre en su estado. Queriendo sábiamente el santo Fundador proponer á los fieles un género de vida que, escluyendo los rigores y las asperezas, pudiera por su suavidad ser abrazado por todos, y conducirlos con alegría de su alma por el camino de la virtud á la patria celestial, quiso que en su Congregacion cada uno pudiese con sobriedad y con accion de gracias, recrearse con las viandas que se le pusieran delante, y de las

cuales suelen generalmente alimentarse los que viven con la moderacion propia de cristianos y conveniente á sacerdotes, no obligándo á sus hijos á prolongados ayunos, sino sustituyendo en vez de estos la sobriedad de la mesa, de la cual el Oratorio destierra todo manjar delicado; queriendo el santo Padre que contentándose sus hijos con lo que Dios les dá se abstengan de pedir alimentos estraordinarios.

Quiso además el santo Padre que se amenizase la mesa comun con la lectura y con dudas que en ella se proponen, para que mientras se alimenta el cuerpo, la parte mejor que es el alma no quede en ayunas. Por lo que dos terceras partes del tiempo que dura la mesa, á mas de la Escritura, se leen dos libros, uno en latin, y otro en lengua vulgar; y en la tercera parte restante se proponen, tanto por la mañana como por la tarde, sucesivamente por todos los Padres dos dudas, una acerca de la divina Escritura, de la que se pide la interpretacion, ó bien sobre materia provechosa á las costumbres, y la otra sobre casos de conciencia: á cada una de las cuales

todos, segun les toca por órden, responden segun su parecer; y si alguno no quiere responder, le es lícito remitirse al parecer de los otros: cosa que nunca se atribuye á negligencia ó poco conocimiento, sino mas bien á modestia. Finalmente, despues de haberse dado las respuestas, el mismo que ha propuesto las dudas resumiendo las resuelve, segun el parecer de graves y aprobados autores.

En el vestido lo mismo que en la comida quiso el santo Fundador que se evitase la singularidad, y se usase aun en los hábitos la medianía, complaciéndose en que sus hijos usasen un vestido semejante al que suelen llevar los sacerdotes seculares modestos y virtuosos; y así como no queria que los vestidos fuesen de seda ó de ricas telas, ó muy elegantes y compuestos, así no le agradaba que fuesen rotos ó sucios, diciendo siempre con S. Bernardo: *Paupertas mihi semper placuit, sordes vero nunquam.* Y el P. Juvenal Ancina dijo de él en una carta: «El P. M. Felipe es »un anciano bello, pulido, tan blanco que »parece un armiño, de frescas y virginales »carnes; y si alzando la mano ocurre que la

»contrapone al sol, se trasluce como un ala-»bastro.» Llevaba él generalmente los vestidos de saya de Gubbio, y el manteo de estameña de Bergamo, mostrando aun en los hábitos esteriores la modesta sencillez.

Dispuso que entendiese el prepósito en el gobierno de la Congregacion, pero de ningun modo quiso que aquel fuese perpétuo, sino que cada tres años se nombrase de nuevo ó se reeligiese : oficio que no solo no se ambiciona en la Congregacion sino que mas bien se esquiva á ejemplo del santo Padre, del cual escribe Gallonio : *Fit prepositus eo prorsus invito ac renitente, suoque inclusus cubiculo*. Y para cortar de raiz la ambicion, despojó el santo Fundador la superioridad de todo aquello que tiene provecho, y dejó lo que en ella hay de peso y trabajo; no teniendo el superior en la Congregacion otra ventaja que el primer lugar en el coro y la mesa, y luego todo el peso y cuidado que lleva consigo el gobierno. Mas que con el rigor y la aspereza gobierna él á sus súbditos con la mansedumbre y benignidad, imitando al santo Padre, que entre las demás perfecciones, como dice el P. Manni,

tuvo la de no mandar jamás, sino que era como uno de nosotros, rogándonos y mostrándonos con benignidad lo que queria que se hiciese. Con este medio hizo tan obedientes á los suyos que admirado el santo cardenal Carlos Borromeo, no pudo menos de decirle un dia: «¿Cómo haceis para que los de vuestra Congregacion sean tan obedientes, lo que yo no he podido conseguir con mis clérigos?» á lo que le respondió el Santo: «Porque yo mando poco.» Debe además acomodarse el superior al espíritu de cada uno, segun el consejo del cardenal Tarugi, que lo habia practicado felizmente por espacio de muchos años que gobernó la Congregacion de Nápoles: «Tenga presente, decia él á un cierto superior de Congregacion, el ejemplo de nuestro bienaventurado Padre, que se acomodaba al espíritu de cada uno y sufria muchas cosas para no descontentar á nadie.» Pero esto debe entenderse en cuanto no sufra detrimento la observancia de las reglas, porque entonces despues de los lenitivos debe valerse de los remedios mas eficaces como enseñaba el cardenal Baronio, inmediato sucesor del Santo en la su-

perioridad de la Congregacion; el cual, aun cuando la gobernaba con suma caridad y afabilidad, decia sin embargo «que cuando se trata de observancia, no hay que tener consideracion á nadie, porque suele perjudicar mucho la demasiada condescendencia.» Sobre todo queria el santo Padre que se persuada mas con el ejemplo que con las palabras y las órdenes; siendo aquel el modo mas eficaz para convencer y persuadir; por lo que debe mostrar él mismo con la práctica lo que exige de los súbditos. Y confiaba tanto el santo Padre no solo en el buen ejemplo del superior, sino aun en los otros de casa, que como afirma el P. Agustin Manni su antiguo discípulo, quiso que en vez de las muchas reglas que hubiera podido dar para el gobierno de la Congregacion sirviese el buen ejemplo.

En cuanto al gobierno temporal de la Congregacion encargaba mucho el santo Fundador que se gastasen las entradas con toda economía, considerándolas como en efecto lo son patrimonio de Jesucristo. Aborrecia por tanto los gastos superfluos, citando el ejemplo de aquel cocinero de quien refiere Casiano que

fué ásperamente reprendido por sus superiores, por haber desperdiciado tres lentejas, ó igualmente el ejemplo de S. Antonino, obispo de Florencia, que cuando tenia que estudiar se iba á la lámpara de la Iglesia para no gastar la hacienda, como él decia, de los pobrecitos: Parecia esto á algunos escesiva economía; pero el Santo les hacia callar diciéndoles: «Quitadme el escrúpulo que me queda por ser cosas de Iglesia, y haced lo que querais.» Quiso además que cada año se diese cuenta en plena Congregacion, (pues en ella intervienen todos los padres) de los gastos hechos por aquellos que manejan el dinero comun, para que se emplease con acierto, y se supiese el estado del patrimonio de la Congregacion, evitando así el que se cargase de deudas. Y para que el superior pueda acertar en su gobierno, como que por sí solo no podria atender á cuanto ocurriese en el dia, dispuso el santo Padre que despues de la nueva eleccion de superior se eligiesen inmediatamente cuatro sacerdotes de la Congregacion, que hubieran permanecido en ella sin tacha por espacio de diez años seguidos, hombres de costumbres

ejemplares y de buena vida, para que fueran como sus asesores y consejeros, que le ayudasen á llevar el grave peso del gobierno : sin cuyo consejo y voto no puede el prepósito (si bien reside en él la primaria y principal potestad) hacer nada tocante al gobierno general de la casa, ni elegir ó separar á los criados y ministros inferiores; y quiso que se los llamase *diputados*, cuyo oficio dura como el de *prepósito* por tres años. Mandó despues que se propusiesen á toda la Congregacion de Padres los negocios meyores y de importancia, y que se resolviesen por mayoría de votos. Instituyó tambien otros subalternos en su Congregacion, dando á cada uno su incumbencia particular, y á los cuales por lo que toca á su oficio quiso que obedeciesen puntualmente los demás; como él mismo lo habia hecho, siendo el primero en obedecer hasta la voz del portero.

CAPÍTULO XVIII.

Con generosa repulsa desprecia Felipe gruesas sumas de dinero que le ofrecen por diversas partes, y no se cuida de la herencia paterna por el grande amor á la pobreza. Es tan pródigo en sus limosnas como S. Juan Limosnero.

Tenia razon el gran Pontífice S. Gregorio cuando afirmaba que quien tiene fijo su pensamiento en el cielo, desprecia cuanto puede poseerse en la tierra, siéndole de peso mas bien que de alivio todos los bienes humanos; como puede verse claramente en la persona de Felipe y en sus acciones. Aquellas riquezas que son tan queridas de los hombres del mundo que no solo ocupan sus arcas sino su corazon, no tuvieron en su noble pecho la menor acogida, habiéndole consagrado todo á Dios y á las cosas celestiales. No solo rehusó cuando era jóven la herencia de su tio, como se ha dicho, sino que despues no se cuidó ni aun de la que le correspondia de su padre Francisco Neri; pues habiendo oido, mientras estaba en S. Gerónimo, que habia nombrado por heredera á Catalina la mayor de sus hijas,

sin hacer siquiera mencion de él, contestó al cuñado que le escribió la noticia «que ratificaba cuanto habia dispuesto su padre en el testamento, y que renunciando á la herencia que le correspondia como á varon, cedia á su hermana todos los derechos que pudiesen hacerle infringir la última voluntad de su padre». A la otra hermana Isabel que no tenia mas heredero que á el, le contestó á la oferta que le hizo de sus bienes, «que pensase en proveerse de otro heredero, porque él tenia puestas sus miras en una herencia mejor». Y mandándole ella en una ocasion dos camisas en señal de afecto, jamás hizo diligencia para recogerlas; por lo que no habiéndoselas llevado nunca la persona que las tenia, llegaron á perderse: á su hermana le contestó que en lo sucesivo no volviese á mandarle nada. En sesenta años que vivió en Roma no quiso recibir de sus parientes ni la cosa mas insignificante; siendo tan ajeno á los intereses aun hereditarios, que no podia oir hablar de ellos. Por lo cual teniendo algunos bienes en Castelfranco en el Valdarno, de donde eran oriundos sus mayores, y estando en poder de

personas á quienes no correspondian, contestó á Simon Gratini, su penitente y amigo, el cual le instaba para que procurase recobrarlos, «que le daria mucho gusto con no hablarle nunca de semejante cosa.»

No fué menor el despego que mostró de los intereses cuando habitaba en S. Gerónimo de la Caridad; pues acostumbrándose entonces como ahora á señalar dos aposentos para cada uno de los sacerdotes que viven en dicho punto, y cierta cantidad al mes para su sustento, contentándose él solo con la habitacion, rehusó el dinero que los demás sacerdotes recibian segun costumbre, y despues mandó fabricar á sus espensas algunas habitaciones para comodidad de las gentes que allí concurrian, de las que hizo donativo á la misma casa.

Pero si se manifestó Felipe tan ajeno de aquellos bienes que por razon de herencia le correspondian, aun mas distante estuvo siempre de recibir lo que le ofrecian los estraños, ó lo que le dejaban en los testamentos. Por esta razon si cuando visitaba á los enfermos oia hablar de testamento, se retiraba al punto,

y no volvia hasta que habian dispuesto de sus cosas. Si alguno le dejaba, sin saberlo él, alguna manda, ó no hacia caso de ello, ó lo distribuia entre los parientes del muerto. Constancio Tassone, de quien ya hemos hablado, reconocido á los beneficios que le hizo el Santo, le dejó en su testamento una no despreciable suma; pero habiéndole llevado la escritura del legado, se sirvió de ella para tapar un vaso que halló á mano, no juzgando aquella carta y cuanto en ella se contenia digna de un uso mas noble; y nunca mas volvió á hablar de tal cosa. Del mismo modo distribuyó cien escudos y algunas alhajas que le dejó Vicente Taccosi, de Fabriano, entre los sobrinos de este. Era tan amoroso y caritativo con los enfermos sus penitentes, que nunca los abandonaba, visitándolos y consolándolos con sus dulces palabras; pero si llegaba solo á dudar que pensaban en dejarle alguna cosa, interrumpia al punto sus visitas.

Habiendo enfermado gravemente Próspero Crivelli, el Santo, segun su costumbre, le visitaba todos los dias; mas sospechando que trataba de dejarle todos sus bienes, dejó in-

mediatamente de ir á su casa. Entre tanto tomando mas fuerza el mal le redujo al estremo de recibir los sacramentos del Viático y Estremauncion, á cuya noticia enternecido Felipe fué á visitarle; aunque haciéndose violencia. Apenas entró, cuando empezó á quejarse el enfermo de su larga ausencia, la cual habia sido tan penosa para él como el triste estado á que le habia reducido su mal, habiéndole los médicos pronosticado la muerte, si en aquel dia le acometia el acostumbrado parasismo, como sucedió en efecto. «Si he tardado en venir á verte, replicó el Santo, ha sido por las voces que corrian en Roma de que me nombrabas tu heredero; pues yo no quiero tu herencia, ni tu dinero; mas no obstante no he dejado de hacer por tí todo lo que pudiera haber hecho estando presente; y para que te persuadas de que no quiero nada tuyo, ahora voy á la basílica de S. Pedro á rogar á Dios que te ponga bueno, y si á su Majestad no le agrada volverte la salud, con mayor instancia le rogaré que me pase á mí el mal que tú tienes.» Dicho esto, puso sus manos sobre las del enfermo, que lloraba de ternura, y salió

de su cuarto; y Próspero, sorprendido de un sueño tranquilo, despues de haber reposado un breve rato, despertó sano del todo.

Pero tan grande como era la aversion que el Santo tenia á los intereses, tanto era el amor que tenia á la pobreza, de la que si no hizo voto, la profesó tal cariño, que la ejercitó en cuanto le permitian su estado y su Instituto. En prueba de ello oigamos sus palabras. «¡Oh! si me fuese concedido buscarme el sustento de puerta en puerta! Quisiera verme en la necesidad de un real, y que no hubiera quien me lo diese»; añadiendo otras veces «que hubiera tenido á gran merced el terminar su vida en un hospital.» Su amor á la pobreza era tanto que gozaba en llevar el calzado que desechaba el cardenal Alejandrino; y para que le fuese mas grato el escaso alimento que tomaba, lo pedia de limosna á algunos de sus hijos espirituales, recibiendo igualmente de limosna en los dos últimos años y despues de haber dejado el gobierno de la Congregacion, un frasquito de vino y un pan que le daba el cardenal Cusano. Cuando era jóven se le vió leer á la luz de la

luna en los pórticos de las iglesias, principalmente en Santa María la Mayor y en S. Pedro, por falta de recursos para proveerse de luz.

Este mismo despego de las riquezas y demás cosas terrenas trató de infundirlo en el corazon no solo de sus hijos de Congregacion, (á quienes repetia á menudo este saludable documento: «Es preciso darse todo á Dios, porque cuanto amor pongamos en los bienes, en los parientes, en los estudios, en nosotros mismos y en cualquiera otra cosa, por pequeña que sea, se lo quitamos á Dios.») sino aun en el de todos sus penitentes. Como ejemplo del fruto que sacó de sus insinuaciones y máximas citarémos á un jóven que habiendo conseguido reunir un capital por su escesiva avaricia, le dijo el Santo: «Hijo mio, tu vista me consolaba, porque era la de un Angel antes de que te dedicáras á acumular riquezas, pero ahora has mudado de aspecto, y en vez de la alegría antigua cubre tu rostro la melancolía: reflexiona sobre esto». No necesitó mas el Santo para hacer que avergonzado el jóven mudase de idea, y llegase á ambicionar mas las riquezas celestiales que las

terrenas. Mas breve pero no menos eficaz fué la respuesta que dió para hacer arrepentir á un mercader, penitente suyo; pues jactándose de haber reunido mucho dinero, y que esperaba acumular mucho mas, acercándose á su oido le dijo Felipe esta sola palabra : «¿Y despues?» Estremecido á este acento el mercader abandonó los negocios y se hizo sacerdote.

Animado el santo Padre de estos sentimientos jamás manifestó con mas claridad su pensamiento ni con mas cruel castigo amenazó á los suyos que cuando se dejaban llevar del afecto á cualquier género de intereses temporales, declarando espúreos á los que con ellos se distrajesen, y que por lo tanto no se cuidaria de tenerlos por hijos : «Si buscais interés, decia él, y si quereis dinero no hago caso de vosotros.» Pero no son menos fuertes las demás sentencias que pronunciaba continuamente sobre el mismo asunto : «El que quiera intereses mundanos, decia, jamás tendrá espíritu.» Dicho del que solia servirse siempre que queria reprender tácita y modestamente á alguno inclinado á reunir riquezas, añadiendo : «Guárdese de la carne el jóven, y de la ava-

ricia el viejo, y serémos santos.» Aseguraba además que todos los pecados desagradan á Dios; pero sobre todo el de la lujuria y la avaricia, siendo males dificilísimos de curarse. Afirmaba que, segun habia observado con larga esperiencia, mas fácilmente se convierten los hombres dominados por la sensualidad, que los que lo están por la avaricia, llamada por él *peste del alma*, y así exhortaba á todos á que dirigiesen eficaces ruegos al Señor para que con sus poderosos auxilios los librase de ella.

La primera y principal advertencia que hacia á los de la Congregacion para cuando se pusieran á confesar seglares, era que no tomasen dinero de los penitentes, alegando la poderosísima razon de que no pueden ganarse á un tiempo las almas y el dinero, y así en esta como en otras ocasiones solia decir: «Si quereis ganar las almas, no os acordeis de las bolsas.» Advertia igualmente que no se entrometieran con facilidad en asunto de testamentos por el escándalo que suele causar en los seglares. Por lo que hace á la Congregacion en general decia que Dios no dejaria de darle intereses, pero que debia advertirse en-

tónces que no faltase el espíritu. Mas así como declaró que haria muy poco caso de aquellos que se dejasen dominar de la aficion á los intereses, así tambien á los que los despreciasen, no solo les prometia el cielo, sino que á mas él mismo como Padre amoroso los habria conducido allá como por la mano. Así es que habiéndole ayudado un dia en su cuarto algunos de los suyos no sé en qué cosa, como agradecido que era en sumo grado, dió á cada uno en premio del trabajo que por él se habian tomado un pequeño regalo, que todos aceptaron al punto, á escepcion de Gil Calvelli, que instándole que lo admitiese contestó resueltamente que no quería nada: «¿Con que tú no quieres nada? añadió entonces el Santo; pues bien, advierte y acuérdate de lo que dices, que si tú me prometes no querer nada jamás, yo te prometo conducirte al cielo.»

No se crea sin embargo que Felipe no poseia absolutamente nada, pues esto hubiera sido repugnante al estado de presbítero secular y al Instituto que fundó (á cuyos individuos mandó espresamente que *conservasen su patrimonio*); y sobre todo no hubiera podido

socorrer á los pobres con la prodigalidad que lo hizo. Y si bien es cierto que amaba la pobreza, como á su esposa, sin embargo el deseo de socorrer á los pobres le hacia querer tener dinero, y complaciéndose Dios en su caridad le proveia abundantemente, pudiendo hacer tantas limosnas que el cardenal Roberto Belarmino, esclarecido por su santidad y erudicion, despues de haber examinado los procesos de su vida y virtudes, por habérsele encomendado la causa de la canonizacion del Santo, no dudó llamarle un nuevo S. Juan Limosnero.

Mas no contradice esto á su pobreza; antes bien la exalta, porque no era suyo lo que poseia, sino de los pobres, despojándose á sí mismo para vestirlos. Visitaba con frecuencia á los enfermos para consolarlos, y cuando eran pobres acostumbraba á llevarles grandes limosnas de todo género, atendiendo así á los cuerpos al mismo tiempo que á las almas. Procuraba informarse de las necesidades ajenas para acudir á remediarlas con los recursos que les llevaba escondidos siempre debajo de su manteo. Dios mismo con instinto interior le hacia conocer la indigencia del pobre para que

acudiese á ella. Socorria á un músico del castillo del santo Angel, que estaba pobre, cada vez que se hallaba en apuro sin recibir aviso. Habiendo ido á confesarse con él Antonio Fautini, sin que le dijese nada le dió diez y seis duros, de los que tenia gran necesidad. Proveyó de sustento y vestido por mucho tiempo á un noble reducido á estremada miseria. En todas sus limosnas fué siempre pródigo, por lo que habiéndole dado cierta señora principal una colgadura de habitacion, mandóla vender al punto y repartió todo el importe entre los pobres.

En el vasto seno de su misericordia acogia no solo á las personas particulares, sino á familias enteras, socorriéndolas aunque fuesen muy numerosas. Una señora necesitada que tenia cuatro hijos pequeños, encontró en su caridad todo lo que necesitó por espacio de cuatro años, llegando á darle muchas veces veinte duros por via de socorro. A la viuda de Vicente Miniatore y á sus seis hijos les daba cuanto necesitaban, y á una de ellas que quiso consagrarse á Dios en la religion proveyó de cuanto le hacia falta para meterse monja.

Igualmente sostuvo siempre á la viuda Gabriela de Cortona mujer muy virtuosa, con toda su familia, y con su dinero casó á una de sus hijas. Pero aun se estendió mas la liberalidad de Felipe con las doncellas pobres, para que pudieran tomar estado. A las sobrinas de Juan Animuccia, que llegaron á una pobreza estremada, dió seiscientos ducados á mas de los alimentos, hasta que se colocaron. Sostuvo á dos doncellas florentinas huérfanas, cuya honestidad corria peligro por su gran pobreza, hasta que las mandó á su patria, dotándolas para que entráran monjas. Dotó asimismo á otra con ochenta duros para entrar en un convento, y casó á otras tres dándoles el dote correspondiente, y á mas entregó cien duros al marido de una de ellas para que pudiera sustentarse honradamente. Dirigió á su lugar á veinte doncellas, que sin que él lo supiera habia recogido cierta viuda con mas fervor que prudencia, supuesto que despues no podia sustentarlas. Finalmente fueron innumerables las doncellas á quienes socorrió de todos modos, como consta en los procesos formados para su canonizacion.

Tampoco olvidaba el Santo á los pobres vergonzantes, que desde la opulencia habian pasado á la miseria, sintiendo su tierno corazon gran lástima de sus desgracias; y para no sonrojarlos solia llevarles la limosna por la noche. De los pobres estudiantes se compadecia sobre manera cuando con el ingenio juntaban el santo temor de Dios; socorriéndoles con dinero y libros para que no abandonasen el estudio de las letras humanas y las otras ciencias mayores. Entre estos se cuentan dos que deben la Púrpura á la liberalidad de Felipe, pues que dando dinero al uno y libros al otro, pudieron seguir sus estudios, que de otro modo hubieran tenido que abandonar por falta de recursos; y tanto adelantaron, que merecieron ser elevados á la dignidad cardenalicia.

Finalmente estendia á los Conventos mas pobres, á algunos de los cuales, á mas de las limosnas cotidianas, habia señalado cierta suma mensual. Tenia puesta detrás de la puerta de su cuarto una lista, en la que habia apuntado los nombres de los lugares piadosos, á donde debia mandar limosna. Penetraba con

su caridad hasta donde no llega la luz del sol, socorriendo á los miserables que estaban sepultados en oscuras prisiones, para lo que visitaba dos veces en la semana todas las cárceles de Roma. Y como que sus fondos no alcanzaban para tanto, acudia á los ricos, á fin de que se ejercitasen en oficio tan caritativo. Procuraba que los abogados y prelados patrocinasen á los pobres presos; y sin embargo de ser enemigo de las cosas de la corte, él mismo dirigia memoriales al Papa en favor de los pobres, á quienes las mas de las veces no conocia; sobre todo á los que estaban encarcelados. Así se verificó que saliesen de galeras algunos gitanos que estaban presos injustamente, por lo mucho que el Santo se empeñó en su favor con Pio V, de santa memoria. Igualmente defendió, é hizo conocer la inocencia de un pobre sacerdote, sin embargo de que sus enemigos eran muy poderosos; y por último, segun Gallonio, no hubo pobre á quien socorriera, que no sintiese separarse de su lado, pues al tiempo que los socorria, lo hacia de un modo tan amoroso, que se llevaba tras sí los corazones de todos. De aquí es que

no habiendo en el mundo clase de personas á quienes no socorriese, vinieron del cielo los mismos Angeles para hacerle ejercitar su caridad, tan grande, que eran cortos para contenerle los límites del mundo. Yendo un dia á socorrer á los pobres, se le puso delante un Angel, que bajo la figura de mendigo le pidió que le favoreciese. Apenas oyó Felipe su ruego cuando le ofreció todo el dinero que tenia; pero satisfecho el Angel solo de la alegría con que le hizo la oferta, rehusando el oro mundano: «Yo, le dijo, habia venido tan solo para ver lo que tú sabias hacer;» y dicho esto desapareció de su vista. Este acontecimiento dió como era natural mas pábulo á la llama de la caridad que ardia en el corazon del Santo, por cuya razon desde entonces fueron aun mas crecidas sus limosnas. Digno por tanto fué de ser llamado padre del alma y del cuerpo, y de que despues de su muerte se dijese que jamás habia venido al mundo un hombre de tanta caridad; y así fué en efecto, pues que la mayor caridad es sin duda alguna, aquella que hace nos olvidemos de nosotros mismos por atender á los demás.

Proveíale Dios milagrosamente de dinero, como muchos juzgaron con acierto, para que no le faltase con que socorrer la necesidad de los pobres. Y si alguna vez, cuando ya habia repartido todo, llegaba á saber otra nueva necesidad, no se detenia en privarse de lo que él necesitaba para darlo á su prógimo. Dijéronle que una pobre señora estaba reducida á tal miseria que no tenia vestido con que cubrirse, por lo que no podia salir de casa ni aun para ir á la iglesia en los dias festivos; y no teniendo él á mano cosa que poder mandarle, se quitó la sotana y se la envió.

Padecíase en Roma una gran carestía el año 1551, cuyos efectos esperimentaba particularmente un sacerdote que vivia en S. Gerónimo, y el cual por ser estranjero tenia mayor dificultad en proveerse de lo mas necesario. Presentáronle pues á Felipe un dia seis panes, y no ignorando lo que ocurria con el necesitado sacerdote, sin reservar uno solo para sí, se los entregó todos contentándose él aquel dia con el alimento de algunas aceitunas. Preguntándole porque se habia privado de todos aquellos panes, respondió «que sien-

de él bien conocido en Roma, fácilmente hubiera encontrado quien le socorriese, mientras que aquel sacerdote, por ser forastero, no podia hallar con tanta facilidad una mano amiga y generosa.

Pero aun hasta los animales participaban de la piedad de su corazon; pues que á mas de llevar á mal que se los maltratára sin motivo, no permitia cuando le regalaban alguno que de ningun modo le matasen; y así, ó le volvia á mandar á su dueño, ó hacia que le cuidasen y diesen bien de comer. Aceptó en una ocasion dos pájaros que le regaló un francés llamado Luis Ames; mas lo hizo con condicion de que este habia de ir á darles de comer, y esto solo con objeto de dirigir por el buen camino el alma del atento francés; pero cayendo malo Felipe, y saliéndose de la jaula los pájaros empezaron á volar al rededor de su lecho, cantando dulcemente y sin separarse de él á pesar de espantarles, dando así visibles muestras de su gratitud al Santo.

CAPÍTULO XI.

Conserva Felipe su pureza desde la juventud, y aunque el demonio trata de mancharle de varios modos su candor virginal, él sin embargo se mantiene puro hasta la muerte.

Lo primero en que pensó Felipe fué en conservar ilesa y sin mancha la blanca azucena de su pureza virginal. Apenas llegó á la edad de la discrecion, cuando conociendo lo grato que es á Dios el aroma de aquella flor se propuso conservarla con todo esmero, para que ni el hálito mas leve pudiera lastimarla. Así es que ayudado de la gracia llegó á un grado de pureza tan singular, que parecia mas bien angélica que humana, y no menor, segun el testimonio de su amigo Gallonio, que aquella que por especial favor del cielo tuvieron Lázaro conde de Ariano, y Simon Salo, tan alabados por Sario. Reflejaba en su rostro el esplendor de esta pureza angélica; por lo que con dificultad podian fijarse en él los ojos, quedando deslumbrados por el fuego que brillaba en sus pupilas, como lo confirmó el padre Juan Rho, de la Compañía de Jesus, con

estas palabras: *Philippi oculorum lux plane fuit admirabilis.* Paun en la edad decrépita tenia tal viveza en ellos, que por mucho que se hayan esmerado los pintores mas célebres, jamás han podido copiarlos, siendo causa de que muchos dijeran que al mirarle solo de paso, les parecia ver un rostro angélico.

Exhalaba una fragancia tan suave de sus carnes virginales, que confortaba á los que estaban cerca; y muchos afirmaron que les causaba devocion aquel olor que sentian en sus manos y pecho. Ni la vejez, ni las largas enfermedades bastaron para disminuir esta celestial fragancia; y así fué que habiendo entrado una vez en su cuarto para confesarse Fabricio Aragon, mantuano, y hallándole enfermo en cama, juzgando que por ser ya viejo despediria mal olor, se acercó á él de mala gana; pero estrechándole el Santo en su pecho sintió tan suave olor, que quedó sorprendido, no sabiendo con qué compararle, hasta que conociendo despues por lo que oyó á todos la pureza virginal de Felipe, no dudó afirmar que aquel olor estraordinario nacia de su virginidad. La misma dicha disfrutó Juan Bautista

Lamberti, beneficiado de S. Pedro, cuando inclinó la cabeza sobre el seno del Santo para recibir la absolucion sacramental. Era tan grande su pureza que parecia, mas que de carne, de mármol ó bronce, por la insensibilidad de su cuerpo; y él mismo decia que habia recibido en este punto tanta gracia de Dios, que para él lo mismo era tocar un objeto que otro. Exento por dispensacion divina de todo movimiento de la carne, particularmente despues de haber conseguido una gloriosa victoria que pronto referirémos, fué asimismo preservado de los sueños torpes de los cuales era tan enemigo que dijo á Baronio, que indudablemente hubiera muerto de dolor si hubiese tenido alguno.

Furioso el infierno al ver tanta pureza en un hombre mortal, trató de mancharla, valiéndose de varios medios, pero sus artificios sirvieron para hacerla tanto mas gloriosa, cuanto mas combatida. Era aun jóven y seglar, cuando hubo de quedarse á dormir en casa de un amigo en la que habitaba una jóven tan bella como pervertida. Instigada del demonio, valiéndose de la ocasion, entró de secreto

en el cuarto en que reposaba el Santo, y con mil ademanes halagüeños trató de robarle el bello tesoro de su pureza; pero él, socorrido de la divina gracia, con santo atrevimiento lanzó fuera á la impudente, quedando victorioso en aquel inopinado y peligroso conflicto. De otro modo hubo de combatir en otra ocasion; no con una sino con dos mujeres audaces, que á propio intento se dirigieron á asaltar su castidad; juzgando acaso el demonio ya vencido en el primer lance, que quedaria vencedor repitiendo los asaltos, y duplicando los instrumentos. Inspiró pues á algunos jóvenes de mala vida que la pureza de Felipe no era lo que la fama decia, y que por lo tanto se manifestaria débil en las pruebas. Con pretesto pues de agasajarle indujeron al Santo jóven á que fuese á su casa, en donde le encerraron en un cuarto con dos mujeres de mal vivir. Entre aquellas tan grandes angustias no tuvo el Santo otras armas para defenderse que la oracion; pero fué esta tan poderosa, que habiéndose puesto de rodillas no se atrevieron á acercársele aquellas miserables, sino que llenas de confusion se vieron obligadas á retirarse.

Gravísimo sin embargo fué el asalto que tuvo que sufrir de una famosa ramera llamada Cesárea, la cual oyendo hablar tanto de la pureza de Felipe ya sacerdote y confesor, juzgó que añadiria mérito á su desfachatez si conseguia inducirle á mancharla; y confiando en las armas de su belleza se prometió rendirle. Fingió al efecto estar enferma, y que queria limpiar su conciencia de sus torpezas; y con este pretesto hizo llamar á Felipe para que viniese al instante á confesarla. Escusóse el Santo, manifestando que no se habia impuesto en aquella edad el cargo de convertir á mujeres de mala vida; pero reiterando sus ruegos la miserable, poniéndole delante el peligro en que se hallaba su alma, él siempre amante de la salud del prógimo, se decidió á ir confiado en el favor del cielo. Llegado que hubo á la casa se encontró con que, lejos de estar enferma, trataba de darle la muerte; pues con camisas y cubierta de un sutil velo, le salió al encuentro. Conociendo al punto Felipe el engaño, y resguardándose con la señal de la Cruz no solo le volvió las espaldas sino que como guerrero esperimentado en tales

batalla, huyó precipitadamente de ella. Entónces la infeliz, considerándose burlada, llena de indignacion cogió un escaño, que halló á mano, y con cuanta fuerza le suministró su rabia lo lanzó contra él; pero el Dios que le habia preservado de los peligros del alma, le libró tambien de los del cuerpo, saliendo ileso del golpe, lo que atribuyó á un puro milagro. Agradó tanto al Señor esta generosa fuga de nuestro casto jóven, que desde entonces, como se dijo arriba, quedó libre de todo movimiento carnal.

No contento el demonio con asaltar la pureza de Felipe por medio de sus instrumentos, trató él mismo de mancillarla; pues que siendo aun jóven, y yendo, segun su costumbre, á la basílica de S. Juan de Letran, al pasar por el Coliseo vió al demonio disfrazado bajo la figura de una persona desnuda, incitándole entre tanto con pensamientos torpes; pero el Santo jóven con las armas de la oracion le venció valerosamente. Lleno de cólera el maligno espíritu porque con toda su arte no habia podido manchar aquel candor, le ensució el vestido mientras oraba en presencia de otros.

Con victorias tan notables, se hizo tan fuerte su pureza, que no solo cuando reinaba ya en el cielo, y se conjuraba el mal espíritu de algun endemoniado *propter honestatem Beati Philippi*, sufria un tormento indecible el enemigo de las almas, como aparecia por los estraordinarios movimientos y contorsiones de aquel infeliz hasta quedar libre; sino que aun viviendo en el mundo adquirió tal dominio sobre el maligno espíritu, que cuando sus penitentes se veian asaltados de una tentacion impura, con hacerles decir: «Te acusaré á Felipe», desaparecia la tentacion. Así lo esperimentó, entre otros muchos, una jóven que quedó viuda á los catorce años, y que atormentada de tentaciones sensuales, no encontrando remedio que la curase, la mandaron al fin los confesores al Santo, el cual le dió esta saludable receta: «Cuando te sientas importunada por el demonio con estímulos impuros, dile *te acusaré á Felipe*»; con cuyas palabras quedó la jóven libre de aquellos peligrosos asaltos; y aun afirmó ella misma que de este modo se libró de otras fuertes tentaciones; por lo que fundadamente se nota en la bula

de su comunicacion que *Philippus tentationes diaboli repellebat mirabiliter.*

Libró á muchísimos de caer en torpeza poniendo sobre ellos sus purísimas manos. Algunos se sentian inclinados á la pureza solo por hablar con él, otros muchos con acercarse á su pecho ardian en deseos de conservar su castidad, y muchos otros, por último, con solo el contacto de cualquier cosa que él hubiera usado, quedaban luego vencedores en *las batallas* de la sensualidad. Antonio Fucci, de *Città di Castello*, que por su profesion de médico tenia que visitar y tratar con mujeres, sentia al medicinarlas no pequeños estímulos de impureza; por lo que estaba resuelto á mudar de ejercicio, como se lo manifestó á Felipe, el cual movido á compasion porque no tenia con qué sustentarse, quitándose una cinta se la dió, asegurándole que no volveria á sentir mas molestias, si tenia la advertencia de no mirar al medicinar sino lo que fuera preciso. Tomó Antonio la cinta, y observando el consejo; como si con aquella hubiera sido ligado el espíritu de la lujuria, no volvió á sentir los antiguos estímulos, pudiendo con-

siderase digna por lo tanto de que en su honor se instituyese una órden mas célebre que la de la *Liga*, que por otra cinta fué fundada por el rey Eduardo III en Inglaterra.

Finalmente, aun sus mismos cabellos fueron conservados despues de su muerte como poderosos contra las tentaciones, y particularmente contra los sueños torpes; por lo que muchos los llevaban siempre consigo, como un talisman contra el pecado, como lo esperimentó Estéban Calcinardi, que yendo á pasearse un dia hácia la Trinidad de los Montes se encontró, por su mala suerte, con una paisana suya, la cual con el pretesto de hablarle de no sé qué asunto le incitó al mal; y ya estaba él al borde del precipicio, cuando sintiendo un golpe en la parte del pecho, en que llevaba los cabellos de Felipe, cayó en tierra sin aliento; despues oyó la voz del Santo que le decia: «¿Qué es lo que vás á hacer? levántate, y huye del pecado». Por el tono de la voz, y por aquel duro golpe, como si volviera de un profundo letargo, reconociendo Estéban el peligro huyó al punto de él.

No tenia menor eficacia contra los demonios

esta pureza del Santo, porque cuando los conjuraban por ellas, en los horribles ahullidos y gestos con que se enfurecian los energúmenos, mostraban bien cuán formidable les era este exorcismo. Entrando el infernal espíritu en una mujer, la puso tan fija é inmóbile en la calle, que muchos hombres no bastaron para hacerla dar un paso. Llegó allí Tiberio Astulli, y sin advertirlo ella, le puso al cuello un rosario que habia sido del B. Padre; y no pudiendo el demonio sufrir aquella reliquia, santificada tantas veces por las castísimas manos del Santo, comenzó á gritar: «Me han puesto fuego en el pescuezo.» No pudiendo pues soportar tan vivo incendio, salió de la mujer, la cual luego fué conducida á su casa fácilmente.

Poseian tambien estos malignos espíritus á una niña que hablaba latin con asombrosa perfeccion; y el Párroco la llevó para conjurarla ante una imágen de S. Felipe. Muy luego se vió la virtud del Santo; porque no pudiendo ellos sufrir esta vista, salieron furiosamente del cuerpo gritando en altas voces: «Felipe me arroja de aquí, Felipe me echa fuera.» Certificó despues la inocente niña que habia

vista un hermoso niño semejante al de la pintura, por cuyo medio la dejaron libre aquellos diabólicos espíritus.

Pero quizás admirará aun mas este otro caso. Estando dominado de una gran tentacion por veinte horas seguidas Vicente Valesio, sacerdote y doctor en leyes, sin poder librarse de ella, ni aun cuando celebraba el divino sacrificio, leyó despues este hecho en la *Vida* del Santo y encomendándose á él quedó libre de ella, de tal modo, que aunque despues procuró varias veces recordarla no lo consiguió, habiendo perdido hasta su memoria; por lo que en accion de gracias puso en su sepulcro una tabla con las siguientes palabras: *Anno Domini* 1604 *dum viginti horis Angelus Satanæ me colaphizat, licet pluries Dominum rogaverim, ut à me recederet, non obtinui; sed dum Beati Philippi vitam, et miraculorum librum perlego, et ad illud Stephani de anno* 1595 *devenio, implorato ejusdem Beati auxilio, statim recessit.*

Llegó finalmente á tal grado la pureza de Felipe, que conocia al punto la impureza de los demás, y así si al ir por la calle encon-

traba alguna mujer de mala vida, aunque no la conociese, era tal el hedor que sentia, que se veia obligado á taparse la nariz; y aun á sus penitentes, cuando llevaban algun pecado impuro, antes que empezasen á confesarse solia decirles: «Hijo mio, ya conozco tu pecado»; por lo que temian acercarse á él, soliendo decir el Santo «que no habia en el mundo un hedor mas fétido que el de la impureza.»

Además de lo dicho, pruébase la grande honestidad de nuestro Santo, por el testimonio que dieron de ella Persiano Rosa y Cesar Baronio sus confesores, y por la fama de su virginidad, tanto en Roma como en Florencia, y finalmente por el testimonio de él mismo; pues estando á los últimos de su vida, é induciendo á uno á la castidad, para mostrarle con la esperiencia que el hombre ayudado de la gracia puede ser no solo casto sino aun vírgen, le dijo sincera y confidencialmente, «que él habia recibido del cielo esta gracia.» Con razon pues la sagrada Congregacion de Ritos, como exacta investigadora de las virtudes de los siervos de Dios, dijo «que estaba sobradamen-

te probada la virginidad perpetua de Felipe».

Mas si grande fué su virginidad no fué menor el cuidado con que la conservó. Dejo empero aparte por ahora su humildad, que es la mejor guarda de aquella: la mortificacion del cuerpo, los ayunos, vigilias y penitencias con que castigaba su carne inocente, que son las armas con que se combate la concupiscencia, y sus continuas oraciones, que son las medianeras para obtener de Dios este don; y paso á referir solamente el cuidado que tenia con sus sentidos y la cautela con que se dirigia en el trato del mundo. A imitacion del grande Antonio, no permitió que nadie viese jamás desnuda ni una pequeña parte de su cuerpo: sus labios nunca pronunciaron una palabra descompuesta: tuvo tal cuidado con la vista, que habiendo confesado por treinta años seguidos á una señora de las mas bellas de Roma, pudo esta afirmar que no la miró ni una sola vez. Mostrábase severo y áspero con las demás señoras á quienes confesaba, y en un principio oia de mala gana sus confesiones; si bien á lo último se mostró mas benigno tambien con ellas.

De las advertencias que hacia á los demás para que se libráran de las manchas de la impureza puede deducirse cuán grande era su propia cautela. Advertia á los confesores «que no confesasen mujeres sino cuando mediase entre ellos y ellas la reja: que evitasen las conversaciones largas: que usasen de palabras mas bien ásperas que suaves: que se abstuviesen de mirarlas, y que no fuesen á su casa sino por una grave necesidad, y aun así habian de ir acompañados». Cuán interesante le parecia esta advertencia, puede comprenderse fácilmente al considerar, que siendo él exactísimo en ocultar lo que por revelacion divina sabia, sin embargo juzgó mejor el manifestarlo, que dejar de dar este aviso á un presbítero que vió entrar por acaso en la Iglesia nueva; llamóle el santo Padre, aunque no le conocia, y le dijo «no ser conveniente á un sacerdote, aunque fuese santo, el tratar tan familiarmente con mujeres, y que así procurase abstenerse de ello en lo sucesivo»; de cuyas palabras quedó admirado el presbítero, no pudiendo comprender cómo habia penetrado este hecho. Aconsejaba esto mismo aun á

los que ya eran viejos; pues que siempre debian temer y huir las ocasiones. Finalmente decia que no imitasen su ejemplo, porque él habia recibido del cielo gracias que no se conceden á todos.

A los jóvenes les encargaba que huyesen de las malas compañías, del ócio y de la molicie. Preguntándole uno: *Magister, ¿quid faciendo castitatem possidebo?* le respondió, «que mortificando la carne»: y al efecto le mostró las cadenillas de hierro con que él se disciplinaba. Además exhortaba á los mismos á que frecuentasen la oracion y los Sacramentos, particularmente el de la Penitencia. Advertia á todos en general que la humildad es la custodia mas fiel de la pureza, y que por esto, cuando se veia caer á los demás, no debia uno despreciarlos ni ensoberbecerse por estar en pié; sino compadecerlos y reconocer que á Dios es á quien se debe la gracia de no caer; pues que siendo tanta nuestra fragilidad jamás estamos mas próximos al peligro que cuando no le tenemos; y que el no compadecer á los caidos era señal de caer pronto. Que se descubriesen al punto al confesor todas las tenta-

ciones, los sueños torpes y todos los pensamientos contra la pureza; porque cuando se descubre la llaga al médico, prontamente se cura. Que se guardasen de abrazar y besar á los niños, aunque fuesen parientes, y aun de hacer fiestas á los animales, aconsejando esto particularmente á algunos señores ingleses, que fueron á despedirse de él para volverse á su patria. No le agradaba que los niños jugasen con las hermanas de su edad. Así pues, un jóven penitente del P. Angel Velli que acostumbraba á hacer esto, y que no hizo caso de la advertencia de su confesor, escandalizándose de ella, fué á verse con el santo Padre, como le mandó aquel. Luego que le vió Felipe le preguntó qué estudiaba en la actualidad; y contestándole el jóven que *lógica*, tomó el Santo argumento de su respuesta para convencerle, diciéndole «que el demonio, como lógico consumado, dá reglas para hacer abstracciones, y para decir: *mujer*, y *no hermana*»; con cuyas palabras quedó convencido el jóven. Finalmente en las tentaciones de impureza aconsejaba que se recurriese al punto á Dios con jaculatorias, como *Deus in adjutorium*

meum intende; *Cor mundum crea in me Deus*; y contra las tentaciones nocturnas recomendaba que antes de echarse en la cama, se recitase el himno *Te lucis ante terminum*; y sobre todo decia, que en la guerra contra la lujuria vencian siempre los mas cobardes, que son los que mas huyen.

CAPÍTULO XX.

De la admirable abstinencia y otras mortificaciones con que afligia Felipe su cuerpo.

Quien hubiese visto á Felipe continuamente con la *Vida de santa María Egipciaca* en la mano y leyéndola á todas horas, acaso hubiera creido que habiéndola imitado primero en las culpas, deseaba despues imitarla en la penitencia. Pero él, siempre inocente, la tomó por modelo de austeridad y penitencia. Servíase de esta, no como medicina de los males contraidos, sino como antídoto y preservativo de los que podia temer. Ya desde el principio hemos referido la maravillosa abstinencia con que afligió su cuerpo en los primeros diez años

abstinencias del Bautista anacoreta, diciendo: *Renovavit superiori saeculo Deus hoc miraculum in B. Philippo, qui fere ut alter Joannes neque manducans, neque bibens.* Disculpaba su abstinencia con bien forjados pretestos, diciendo que comia poco para no engordar como un mercader amigo suyo, llamado Francisco Scarlatti.

Habiendo pasado á habitar con sus hijos en la Vallicella no bajaba al refectorio general, sino que solia comer en su cuarto sin mas aparato que una servilleta sobre una mesita, y sin que nadie le sirviese, y hacia esto solo para ocultar su rigurosa abstinencia y para no singularizarse. Algunas ocasiones sin embargo con fin mas alto se decidia á comer con los demás sirviéndose de la mesa para ganar las almas, y familiarizarse con ellas á fin de poder conducirlas mejor por el camino de la salvacion. Cuando por estar enfermo le obligaban los médicos á tomar algun alimento de mas sustancia, con dificultad accedia á ello, quejándose de que le aumentaban el mal con el peso de aquellos alimentos estraños. A veces se olvidaba de comer, como él mismo decia

con candidez á quien le preguntaba por qué no habia comido. En los últimos años de su vida, cuando despues de comulgar le instaban los suyos á que tomára alimento, el santo anciano solia contestar: «Ya lo he hecho»; y tenia razon, porque aquel sustento de vida alimentaba no solo su alma, sino su cuerpo. Así es que los médicos decian que era imposible se sustentase con alimento tan escaso; juzgando por lo tanto que se mantuviese por virtud del manjar Eucarístico que recibia todos los dias. No fué menos moderado en la bebida, pues tomaba solo la que cabia en un frasquito de una copa. Muchas veces bebia agua pura, y si añadia alguna parte de vino, era tan corta que apenas bastaba para darle sabor, como que antes le habia tenido por dos ó tres dias en un frasco destapado y evaporizándose. Servíase para la bebida de una copa de vidrio sin pié que valia unos dos cuartos, pero que sin embargo su mano hizo digna de un precioso relicario de plata en la real ciudad de Cracovia, y de que la llevaran procesionalmente con solemne pompa en la fiesta de su canonizacion por trofeo de su rigurosa abstinencia.

Su sueño no habia de pasar de cuatro ó cinco horas á lo sumo, y generalmente no se recogia hasta despues de media noche, siendo el último á meterse en la cama y el primero á levantarse. El resto de la noche lo empleaba en santas oraciones y en otros ejercicios espirituales. En su cuarto y en el lecho se observaba la sencillez cristiana, no diferenciándose sin embargo de lo que usan generalmente los presbíteros seculares de buena vida. Lo mismo se advertia en su vestido, porque deseaba evitar toda singularidad y ostentacion; por lo que generalmente gastaba un vestido de tela de Gubbio, y el manteo de estameña de Bergamo, calzado tosco y ancho, y lo mismo el alzacuello. Fué amante de la decencia esterior, señal de su interior limpieza, y solia decir con S. Bernardo: *Paupertas mihi semper placuit, sordes vero nunquam.*

Pero ni aun en sus últimos años abandonó su riguroso método de vida, antes bien parecia que con la edad aumentaba la abstinencia y el rigor con que castigaba su cuerpo, estenuado ya de fatiga. Y si acaso alguno le hacia presente su edad delicada, ó mandaba de con-

versacion ó contestaba al punto: «El cielo no se ha hecho para poltrones». Así, pues, habiendo observado Marcelo Ferro su disciplina de hierro, le advirtió del daño que podia causar á su salud, como lo manifiesta con estas palabras: «Yo le advertia que era demasiado cruel, y él mudaba de conversacion». Así tambien cuando le invitaban á que se recrease, para no descubrir su mortificacion solia contestar: «Otra vez, otra vez tendrémos tiempo de eso». Sin embargo, aunque fué tan riguroso consigo mismo, con los demás era indulgente, y no queria que le imitasen en esto; y así es que aconsejaba que se comiese mas bien algo mas que de menos, «porque, decia, es mas fácil quitar aquella demasía que rehacerse de la debilidad causada por la abstinencia». Añadia que muchas veces el demonio induce á los buenos á que mortifiquen escesivamente su cuerpo, y mas de lo que pueden resistir sus fuerzas, para que debilitándose no puedan emplearse en obras mas sublimes, ó bien abandonen atemorizados la buena vida comenzada. Por esto el prudentísimo anciano apreciaba mucho mas al que sabia castigar su

cuerpo con moderacion, poniendo el estudio principal en mortificar el entendimiento y la voluntad, que á los que macerando su cuerpo no atendian á refrenar los movimientos del ánimo. Queria además que los de su Congregacion no buscasen alimentos particulares, sino por una necesidad evidente, y que jamás dijesen *quiero esto*, ó *esto no me agrada*, sino que comiesen de todo. Le desagradaba mucho que se comiese fuera de hora; por lo que á uno que incurria á menudo en este defecto le dijo que jamás tendria espíritu, si no se enmendaba; y finalmente á todos advertia que no gustasen cosa alguna antes que los demás, y hasta que se sentáran á la mesa y se echára la bendicion.

CAPITULO XXI.

De las prolongadas y eficaces oraciones de Felipe, y comunicaciones y celestiales favores que en ellas recibia de Dios.

Cuanto menos sustento daba Felipe á su cuerpo, tanto mas alimentaba su alma con los

manjares celestiales. Era tan constante en la oracion que la tomaba como alimento, no solo todos los dias, sino á todas horas, siguiendo al pié de la letra el consejo del Apóstol: *Sine intermissione orate.* Despreciando su entendimiento cuanto hay de bello sobre la tierra, se elevaba á Dios en la contemplacion de sus infinitas grandezas; de modo que se olvidaba de lo necesario para la vida, quedando á veces, cuando se vestia, enajenado de tal manera, que con los ojos abiertos y fijos en el cielo permanecia un largo rato. Erale mas fácil el elevar su corazon á Dios, que á los mundanos el pensar en las cosas de la tierra; por lo que si andaba, si estaba parado, ó bien hablaba, ó hacia cualquiera otra cosa, tenia siempre elevado su pensamiento á Dios. Así pues aunque su cuarto estuviese siempre lleno de gente, y se tratase de graves y diversos asuntos, él sin pensar en ellos alzaba los ojos y las manos al cielo, ó bien lanzaba hácia él suspiros de amor y fuego. Marchando por las calles mas concurridas de la ciudad, necesitaba que los suyos le hiciesen señas para que devolviera los saludos, porque su alma estaba elevada á las

regiones del paraiso. Hasta en el palacio pontificio estaba como fuera de sí; por cuya razon entrando un dia en la habitacion del Papa, que era Gregorio XIII, y acercándose á él, no advirtió si estaba allí ó no, ni se descubrió, como él mismo confesó á Gallonio y á Francisco de la Molara, atribuyéndolo por su humildad á su torpeza y descuido. Para poder reconciliar el sueño despues de comer, á fin de que el cuerpo no sucumbiese á tanta carga, necesitaba que el mismo Gallonio con una conversacion cualquiera, ó con la lectura de un libro agradable le distrajese de su continua atencion á la oracion, esperimentando en sí mismo lo que solia decir en tercera persona, esto es, que un alma que ama verdaderamente á Dios, se reduce al estremo de tener que decir: «Señor, permitidme que duerma.»

No contento con esta continua atencion, se habia fijado varias horas para este santo ejercicio. En el estío, tanto por la mañana como por la tarde, si no se lo impedia el cuidado de la salud de algun prógimo, acostumbraba á retirarse al sitio mas elevado de la casa, y allí se detenia por muchas horas en ejercicios

mentales, gozando aun con dirigir solo los ojos al cielo, habitacion de su alma. Y si entonces le llamaban, bajaba al punto privándose de las dulzuras celestiales que experimentaba, por ganar almas para Jesucristo. Mas no por esto se disipaba el fuego de su devocion, antes bien se acrecentaba con la caridad que iba á ejercer; por lo que concluido el asunto para que le habian llamado se volvia á orar en el mismo sitio con tanta tranquilidad como si no se hubiera movido. En las noches de invierno colocaba una luz delante de un Crucifijo, de modo que sin que le diese en los ojos iluminase aquella sagrada imágen, delante de la cual permanecia muchas horas de rodillas. Antes de acostarse, cerca de un reloj, que con tocarle conocia las horas, ponia un Crucifijo sin cruz y el rosario, para poder cuando despertára desfogar su afecto con su Señor crucificado y con su Madre la Virgen. Y si alguno que observaba que se habia levantado muy temprano despues de acostarse bien tarde, le preguntaba si habia estado orando, solia contestarle: «No es tiempo de dormir, porque el cielo no es cosa para perezosos».

Si durante el dia no podia entregarse á la oracion por alguna necesidad urgente, hacia mas larga la de la noche, y con tanta exactitud que si su cuerpo rendido le pedia al menos el descanso acostumbrado, para mantenerse vigilante se entretenia en hacer y deshacer los nudos de una cuerda. Además prolongaba el tiempo de la oracion, segun la costumbre de los Santos, en las necesidades espirituales tanto públicas como particulares, y en las festividades mas solemnes, particularmente en la Semana santa, en la que por muchos años acostumbró á permanecer en oracion delante del monumento desde el Jueves por la mañana hasta el Viernes, sin tomar ningun alimento y sin moverse de un sitio. Antes de emprender un negocio, aunque no fuera de importancia, tenia por costumbre el encomendarle á Dios con la oracion, así suya como de los demás, teniendo en ella gran confianza de que habian de salir las cosas segun su deseo, como se vé por estas sus palabras: «Mando, quiero que tal cosa suceda de este modo»; y el éxito correspondia exactamente á su voluntad.

Muchas veces mientras oraba se quedaba

absorto y sin sentido, gozando en tanto dulzuras celestiales; y aunque por su humildad trataba de ocultar estos favores divinos, sin embargo no podia impedir que muchos los observasen. Yendo varias veces por la mañana á su cuarto Fabricio Maximi y Francisco de la Molara, el primero lo encontró orando de pié, con ojos y manos levantadas al cielo, y sin que le viera acercarse y saludarle, sin embargo de que tenia vuelto el rostro hácia él: el segundo encontrándole sentado se puso de rodillas delante de él para confesarse, cuando se apercibió de que estaba en éstasis, por lo que hubo de esperar hasta un cuarto de hora. Igualmente poniéndose Felipe á orar en la capilla de la Visitacion, porque le agradaba mucho aquella imágen del célebre Barocci, y sentándose una vez allí, sin apercibirse de ello se estasió dulcemente en presencia de algunos penitentes suyos, sin que bastára que le llamasen para hacerle volver en sí; por lo cual viendo despues que le habian observado, para hacer que perdieran los presentes el concepto que por esto pudieran formar de él, llamó á Gallonio, y como si estuviera encole-

rizado le mandó que despidiese á aquellas mujeres que habian alterado su reposo. Pero su mayor éstasis fué en 1585, cuando le encontró Gallonio en el lecho como si estuviera muerto, por lo que llamando á los médicos, y creyendo estos que era una apoplegía le aplicaron un boton de fuego á la cabeza y despues le pusieron vejigatorios; y no volviendo en sí, el P. Juan Francisco Bordini le dió la Estremauncion. Volvió entonces y preguntó por *qué* hacian aquello; y respondiéndole alguno de los suyos, como compadeciéndole, que debia haber sufrido un grave mal, les dijo sonriéndose « que no habia padecido otro que el que ellos mismos le habian hecho ». Lo mismo le sucedió muchas veces diciendo misa, como testifican los que le ayudaban, y especialmente el cardenal Octavio Paravicino, que de jóven se la ayudó por espacio de veinte años; y tambien cuando administraba el sacramento de la Penitencia, como le aconteció, entre otros muchos casos, al absolver á Pablo Rieuperati, referendario de una y otra signatura.

Pero no contento su espíritu con elevarse á Dios hacia que con él se elevase tambien el

cuerpo muchos palmos sobre la tierra, comunicando á su rostro, cual otro Moises, un resplandor celestial. El cardenal Pablo Esfondrato aseguró poco antes de morir á Paulo V «que él mismo le habia visto elevado muchos palmos mientras oraba». Lo mismo afirmó haber visto el P. Fr. Gregorio Ozes, romano, del sagrado órden de Predicadores, añadiendo que en aquel acto estaba cercado de resplandores. Pero sobre todos fué célebre el rapto que tuvo en casa de Juan Bautista Modío, de quien ya hemos hablado. Estaba este reducido al último estremo, habiendo perdido el uso de la lengua y de los sentidos; y habiendo ido Felipe á visitarle y consolarle, despues de breves palabras, se retiró solo á un cuarto para encomendarle á Dios. Nadie quiso distraer al Santo de su larga oracion en un principio á pesar de ser muy entrada la noche; pero viendo que pasada la media noche aun no parecia, fueron á buscarle los que asistian al enfermo, y le hallaron elevado á tal altura, que casi tocaba el techo y lanzando de su cuerpo rayos de luz. Asombrados entonces quisieron que los demás fuesen tambien par-

tieipes de tan estraña maravilla, y con grandes voces gritaron: «Corred, corred». De este modo todos los que se hallaban en la casa tuvieron la suerte de ver aquel prodigio, y él despues de media hora volvió en sí lleno de alegría por la comunicacion tenida con Dios. Llegándose entonces al lecho del enfermo, y poniéndole la mano en la cabeza le animó, y le aseguró que de ningun modo moriria de aquella enfermedad; y en efecto, habiendo recobrado el uso de la lengua, se pasó á hablar con el Santo, y en pocos dias curó del todo.

Admirable y sumamente bello fué el ver á Felipe elevado en la basílica Vaticana mientras oraba ante el altar de la Confesion del Príncipe de los Apóstoles en presencia de un concurso numeroso, sin que se le descompusiera el vestido, y verle despues bajar poco á poco, hasta colocarse exactamente en el mismo sitio de donde se habia elevado. Mas no bien volvió en sí, cuando para evitar los aplausos del pueblo, huyó precipitadamente; y habiéndole ocurrido esto mismo en otras iglesias, solia permanecer poco en ellas cuando habia

gente, contentándose con rezar un Padre nuestro y un Ave María.

Mientras decia misa le ocurria una cosa semejante. En la iglesia de *Torre di Spechi* le vieron muchas de aquellas Madres elevado cuatro palmos de la tierra mientras celebraba; y habiéndolo visto una doncella en S. Gerónimo de la Caridad, y en otra ocasion Sulpicia Sirleti, su penitente, llegaron á dudar si estaria poseido de algun mal espíritu; siendo lo mas particular que la segunda se avergonzaba despues al manifestar á Felipe este pensamiento. Habiendo ido á confesarse empezó á decir en voz baja la duda que habia tenido, y arrepintiéndose despues no se atrevió á seguir; mas el Santo la animó diciéndola: «Tú has pensado mal de mí, ¿es verdad?» Entonces ella alentada le declaró, que habiéndole visto un dia elevado en el aire, se hizo la reflexion de que debia estar poseido del demonio; y sonriéndose Felipe le contestó: «Sí, es cierto que estaba poseido del espíritu»; en lo cual decia bien, pues el espíritu de Dios era el que llenaba su corazon.

En la misma sagrada funcion se vió resplan-

decer su cabeza mas que el oro, como presenciaron en varias ocasiones Aurelio Bacci, de Sena; Mucio Aquileyo, sacerdote de san Severino en la Marca, y una jóven de doce años que le vió cubierto de una blanca y resplandeciente nube; y aunque segun los tiempos variaban los colores de los ornamentos con que se revestia, siempre le pareció á ella verle cubierto de un blanco y brillante manto. Sus mismas manos despedian rayos de luz, como observó Vicente Lanteri, arzobispo de Ragusi, cuando era jóven; pues que soliendo el Santo darle cariñosas palmadas cuando le encontraba, una vez le previno tomándole la mano para besársela reverentemente, y al cogerla la vió resplandeciente; lo que refiriendo despues al P. Tomás Bozio, le aseguró este que lo mismo habian observado otros muchos. El P. Taregi Tarugi, de la Congregacion de Nápoles, sobrino del cardenal Francisco María, siendo aun jóven tuvo la suerte antes de ir á Nápoles de ser testigo de ello; por lo que cuando ya viejo hablaba con los Padres de aquel esplendor celestial que salia de las manos del Santo, no podia contener las lágrimas

de ternura, diciendo: «Yo mismo lo he visto». No quiero dejar de observar que no solo eran resplandecientes las manos de Felipe, sino que parecian hechas á torno como las del Esposo; y bastaba que tocasen una parte, por dañada que estuviera, para que al punto quedase sana, como puede verse por los casos siguientes. Servia al cardenal Buoncompaño (que en el trono Pontificio se llamó Gregorio XIII) Pedro Vittrici de Parma, y acometido de una grave enfermedad, en la que le desahuciaron los médicos, se llegó á creerle muerto, cuando le visitó Felipe, quien tocándole con su mano benéfica le volvió la salud, quedando enteramente bueno á los dos dias. Hízose por esto su panegirista publicando que debia la vida á las manos de Felipe, en las cuales depositó desde entonces su alma, haciéndose su hijo espiritual, y siguiendo confesándose con él, y comulgando tres veces á la semana, hasta los 97 años, en que cargado de méritos pasó á la otra vida. Lo mismo sucedió con Cárlos Orsini, jóven de unos catorce años, que habiendo transcurrido ya cuatro ó cinco dias sin tomar alimento, á causa de un grave

mal, y viendo su madre Livia Vestri que no debia pensarse ya mas que en la salud de su alma, mandó á llamar al santo Padre para que viniese á confesarle. Pero el bondadoso y compasivo Felipe no solo le curó con la confesion sacramental de las enfermedades espirituales, sino que al mismo tiempo con el simple contacto de su mano le sanó de las del cuerpo. Habiendo entrado, pues, en el cuarto del enfermo, quiso quedarse á solas con él; despues le preguntó cuál era su enfermedad, y en donde sentia el dolor; á lo que contestó el enfermo que en el costado izquierdo: arrodillóse entonces Felipe cerca del lecho, y poniendo la mano en la parte dolorida le apretó con tanta fuerza que pensó el enfermo que le penetraba hasta las entrañas. Confesóle, puesto de rodillas como estaba, y viéndole tan agravado quiso cumplir por él la penitencia. Despues al retirarse le dijo: «No temas, que no morirás por ahora.» Entrando luego la madre, le dijo el enfermo: «Madre mia, ya estoy bueno;» pero cuanto mas lo deseaba la buena señora, tanto menos crédito le daba, por lo que su hijo, para manifestarle la verdad de

sus palabras, pidió de comer, y despues descansó con gran sosiego, cosa que antes de ningun modo podia hacer. A la mañana siguiente le encontró el médico enteramente bueno. Pero no solo este, sino su misma madre Livia, despues de cuarenta dias de cama con vértigos y grandes dolores de cabeza, se vió libre de todo, imponiéndole el Santo su mano, con lo que juzgó, como su hijo, que le penetraba el celebro. A semejanza de estos Catalina, hija de Gerónimo Ruissi, padeciendo cuando era niña de unos seis años una grave enfermedad en la nariz, la que cuando se creia que habia desaparecido salia de nuevo, movió á compasion al Santo, el cual tocándole la nariz le dijo: «Ea, hija mia, no desmayes, que tú curarás;» y al punto perdiendo el mal su fuerza, en breve quedó sana. A Pedro, su hermano, que estaba muy malo de la cabeza, por compasion á su padre, que deseaba ardientemente la salud de su hijo, habiéndole visitado Felipe díjole estas palabras: «Mejor te seria morir, pero te tengo compasion; por lo que esforcémonos que Dios te curará;» y extendiendo en seguida la mano sobre la frente del

niño, desapareció al punto el dolor. Por tan repetidos prodigios hechos en casa del citado Gerónimo Ruissi, llegó á tener este tal fe en las manos de Felipe, que cayendo malo tambien de la cabeza otro hijo suyo se le envió inmediatamente al Santo, quien le curó del mismo modo. Pero la multitud de estos prodigios como que disminuia su mérito, principalmente por la sencillez con que se verificaban, pues con solo aplicar su mano curaba el dolor de cabeza. Así le sucedia á Angel de Bañarea su médico, el cual decia que en vez de curar era él continuamente curado, pues padeciendo dolores de cabeza, Felipe lo conocia con solo mirarle, y tocandole le ponia bueno; de suerte que el cardenal Tarugi pudo decir con razon que aquella santa mano era medicinal.

Pero volviendo á nuestro propósito dirémos que no se limitaron á los éstasis los favores divinos que recibia Felipe en la oracion, sino que frecuentemente se recreó su espíritu con visiones celestiales, y fué iluminado con ilustracion divina. De aquí es que antes de llegar al sacerdocio, no habiéndose decidido por el

estado que debia abrazar, con oraciones particulares rogaba á la majestad de Dios le manifestase su voluntad: cuando una mañana antes de salir el sol se le mostró el lucero de la gracia, el gran precursor de la Justicia, san Juan Bautista, el cual le aseguró como refirió él al cardenal Federico Borromeo, «que Dios le queria en Roma dedicado á la salud del prógimo sobre todo.» El mismo oráculo divino le fué repetido otra vez, por dos almas bienaventuradas que mientras hacia oracion, se le aparecieron; una de las cuales con un trozo de pan duro, descubriéndole el significado de aquella vision, le dijo «ser voluntad del Altísimo que viviese en Roma, y que en la ciudad cabeza del mundo hiciese una vida de anacoreta.» Así pues, por estas dos visiones, y por la respuesta del P. Agustin Guettini del órden de S. Bernardo, (de la que ya hemos hablado), quedó enteramente libre de toda duda acerca del partido que habia de tomar, y vió marcado el camino por donde le llamaba Dios.

Conocia el estado de las almas de sus penitentes en la otra vida. Rogábanle las que es-

taban en el Purgatorio que pidiese por ellas, y Felipe accediendo á sus súplicas les aplicaba en sufragio el sacrificio de la misa, como testifica el obispo de Tully: *In purgatorio detenti ab eo suffragia flagitabant; quibus per sancta sacrificia opitulabatur.*

Murió Juan Animuccia, su penitente, músico y maestro de capilla en la iglesia de San Pedro, el cual frecuentaba todos los dias los ejercicios del Oratorio, llevando consigo otros músicos para cantar allí con ellos despues que se acababan los sermones. Era hombre tan casto, que despues que se entregó á la direccion de Felipe, vivió siempre con su mujer como si fuera su hermana; y le hizo Dios la singular merced de que viviendo atormentado con la penosa enfermedad de los escrúpulos, cuando se aproximó el momento de la muerte, quedó libre de este trabajo, y espiró con una paz y tranquilidad admirables.

Ya habian pasado tres años de su fallecimiento, cuando una tarde, con la misma forma de vestido que usaba en vida, se apareció á un portugués conocido suyo llamado Alfonso, que salia de los ejercicios del Oratorio. Pre-

guntóle entonces á Alfonso «si se habian acabado ya los ejercicios;» y este, sin recordar entonces que Animuccia habia muerto, le contestó que sí; añadiéndole con solicitud que si queria hablar á Felipe.—«No; le dijo el muerto; que ahora no puedo: solo os pido le digais me encomiende á Dios en sus oraciones.» Prometióle Alfonso darle el recado, y se despidió de él; mas reflexionando de pronto sobre lo ocurrido, dijo entre sí: «¡Calla!......pues si Animuccia murió ya hace algunos años..... ¿Qué significará esto?.....» Volvió pues acto continuo á buscarle, y no encontrándole por mas diligencias que hizo, se llenó de un gran temor, que le duró algunos dias, y se fué á dar cuenta de todo al Santo, quien le hizo referir el suceso en presencia de todos en el Oratorio. Despues el mismo santo Padre mandó decir misas en varias iglesias por aquella alma y que en S. Juan de los Florentinos se celebrase una solemne de *requiem* con música. Acabados estos sufragios dijo el Santo muy complacido: «¡Oh Animuccia ya pasó!» significando que ya habia pasado del purgatorio al cielo.

Del mismo modo las almas dichosas que ya gozaban del descanso celestial se le aparecian resplandecientes y bellas. Mario Tosini, cuya vida escribió monseñor Gacciaguerra y Vicente Miniatore, ámbos de los primeros hermanos de la Cofradía de la Santísima Trinidad, habiendo muerto se aparecieron á Felipe gloriosos y resplandecientes. Igualmente vió el alma de Marco Antonio Corteselli, uno de sus mas queridos hijos espirituales, y despues de haber hablado cuatro ó cinco horas con él, le vió volar al cielo conducido por los Angeles, habiendo iluminado el cuarto con su presencia; y al ir á ver su cadáver al dia siguiente en la iglesia de santa Catalina, quiso que un pintor sacase su retrato. Con el mismo acompañamiento de espíritus celestiales y con melodías angélicas vió volar al cielo el alma de Elena Maximi hija de Fabricio, doncella de poca edad pero de gran virtud, amante fervorosa de Jesucristo, que se consideraba la mas despreciable de todas las criaturas, aficionadísima á la oracion, y que comulgaba tres veces á la semana. La última vez que recibió el Cuerpo del Señor de mano de Cesar

Baronio vió que Jesucristo derramaba en su alma el precioso bálsamo de su Sangre; y por último habiendo sabido la hora de su muerte, segun predijo, voló al cielo entre las melodías de los Angeles. Finalmente fueron innumerables las almas que se le aparecieron cuando iban al cielo, entre las que citarémos para concluir las de Lavinia Rustici, mujer de Fabricio Maximi, de Sor Elena y Sor Escolástica, sus hijas, de Patricio Patrizii y de Virgilio Crescenzii. De aquí es que sabiendo todos que Dios le habia concedido el saber del estado de las almas de los difuntos, particularmente de sus penitentes, habiendo muerto la madre del P. Juan Antonio Lucci, la recomendó este al Santo con idea de que le diese noticias de su salud eterna. Y así lo consiguió; pues habiendo hecho oracion el Santo le dijo «que se consolára porque su madre estaba en el cielo con su padre, añadiendo que al hacer oracion por este habia tenido las mismas noticias que tuvo en la muerte del suyo propio;» de lo que se deduce que estaba tambien en el cielo el padre de Felipe por las oraciones y méritos de su hijo. Afirmaba despues que es imposible

formarse una idea de un alma que muere en gracia de Dios. Concedióle el Señor tambien la gracia de ver despues de consagrar en la misa la gloria del Paraiso, participando de este modo aun en vida de la celestial dulzura con que se sacian los bienaventurados en el cielo.

Ni este su raro privilegio de ver las almas glorificadas se limitaba solo á las separadas de los cuerpos, sino que se estendia tambien á las que estaban á ellos unidas. Del glorioso patriarca S. Ignacio de Loyola afirmó ser tan grande su interior hermosura que le reververaba en el rostro, de cuyos ojos le veia salir brillantes rayos y centellear luminosos resplandores. Por eso venerándolo por Santo, aun antes de canonizarlo la Iglesia, iba á visitar su sepulcro, y conseguia el feliz despacho en las necesidades que le encomendaba. ¡Cuán ajena estaria entonces la profunda humildad de nuestro Santo de creer que de aquel á quien invocaba por abogado habia de ser compañero en la gloria de la canonizacion, como despues se verificó!

La misma belleza testificó que habia descubierto en el rostro del santo cardenal Cárlos

Borromeo, habiéndole visto luminoso y resplandecer como si fuese de un Angel. En Juan Bautista Saraceni, su penitente que entró en la religion dominicana con el nombre de fray Pedro Mártir, y fué Vicario General de ella, vió tambien un gran resplandor, como reflejo de las muchas virtudes con que vivió y murió santamente.

Pero no debe causar admiracion que le favoreciesen tan frecuentemente los espíritus celestiales, cuando el mismo Rey de la gloria se manifestó muchas veces á su vista mientras oraba. Tiernísima sobre todo fué la vision que tuvo la noche de Navidad. Oraba en la iglesia acompañado de sus hijos espirituales Constancio Tassone y Sebastian Músico, y profundizando en la contemplacion de aquel gran misterio, y recordando tiernamente todo lo que en la gruta de Belen habia pasado en aquella noche de tanta ventura para el género humano, cuando he aquí que sobre altar vió como si estuviera en el pesebre reclinado al divino Infante, como lo testifica la Bula de su canonizacion con estas palabras: *Dominicæ etiam nativitatis nocte Christum in altari specie*

pueri intuitus est. Cuál quedase Felipe á esta vista y cuánto se enterneciese su corazon, mas fácil es considerarlo, que espresarlo; porque si aun los corazones mas duros se conmueven en aquella noche á vista de una mal pulida imágen del Niño Dios, ¿quién puede dudar de la inmensa conmocion que sentiria el tierno pecho de Felipe al ver, no una imágen sino al mismo Dios? Creyó él al principio que sus compañeros participasen tambien de aquella celestial vista, por lo que volviéndose á ellos les dijo con ansias amorosas: «¿Nó veis sobre el altar al Niño Dios?» y contestándole que no, siguió agasajando con dulces afectos al pequeño Niño, considerando que no eran para todos aquellas gracias singulares del cielo.

No menos favorecido fué por el Rey de la gloria en la iglesia de la Minerva, adonde con motivo de tener la oracion de las Cuarenta horas aquellos santos religiosos para implorar el auxilio divino en un negocio importante que debia tratarse delante del Papa; asistió Felipe invitado por ellos para que con sus oraciones añadiese vehemencia á sus ruegos. Fué, pues, acompañado de Tarugi y de

algunos otros, y poniéndose á orar en un punto retirado de la iglesia, mientras en su fervor encomendaba á Dios el negocio, elevado en dulcísimo éstasis quedó con el cuerpo inmóvil, los ojos fijos en el divino Sacramento, y el rostro risueño. Pero entre tanto mereció ver en la Hostia á Jesucristo glorioso, que con su divina mano bendecia á todos los que le adoraban bajo la sagrada especie; como él mismo refirió luego importunado por los religiosos, los cuales viendole inmóvil, y que no respondia á sus repetidas llamadas, y hallándole frio como un mármol, pensaron que estaba acometido de algun accidente. Lleváronle de seguida á una celda, en donde habiendo vuelto en sí despues de algun tiempo, prorrumpió en estas voces: *Victoria, victoria, exaudita est oratio nostra*. Conocieron entonces la causa de su enajenacion, por lo que al punto le suplicaron les esplicase qué victoria era de la que hablaba; y aunque su humildad le detenia, sin embargo hubo de acceder manifestándoles todo lo que habia pasado, y asegurándoles que el negocio habia terminado segun deseaban, y que Jesucristo habia dado

á los asistentes su bendicion desde la sagrada Hostia. Y en efecto, mientras el Santo permaneció estasiado, el Papa pronunció en favor de ellos la sentencia de la causa por cuyo motivo habian espuesto al divino Sacramento.

Estas y otras muchas fueron las ilustraciones y favores celestiales que recibió Felipe en sus oraciones, con los cuales se enfervorizaba mas y mas su espíritu y sentia mayor estímulo para perseverar en tan santo ejercicio; *si bien* como pronto verémos, hubiera querido mejor servir á Dios entre la aridez y desolacion. Fué además muy inclinado á la oracion vocal, por lo cual á pesar de que en atencion á su edad y achaques le dispensó Gregorio XIV de rezar el oficio, conmutándoselo con el rosario ú otra oracion mas breve, jamás usó del privilegio, haciendo que cuando estaba malo lo rezase otro en su presencia. Mientras estuvo bueno le rezó siempre con suma devocion; pero generalmente lo hacia acompañado, para evitar el escesivo fervor que le causaban aquellas divinas palabras, porque de otro modo le hubiera sido dificil el poder concluirle. Estaba él entonces con los ojos cerrados y el rostro

vuelto hácia el cielo, sin hacer ningun movimiento, pero exigia que se tuviese delante el Breviario abierto, estando tan atento que notaba el mas mínimo error, advirtiendo á los otros que en particular las horas se rezásen leyéndolas por el peligro de equivocarse. A mas de esto llevaba casi siempre el rosario en la mano, rezando en honor de la Reina del cielo su especialísima Señora, abogada y madre, no solo su acostumbrada corona, sino algunas otras oraciones compuestas por él, y de las que hablarémos en otro lugar. Al rezar el Padre nuestro era maravilloso el sentimiento que esperimentaba su espíritu, deteniéndose tanto en él que parecia que no podia concluirle. El mismo consuelo sentia al decir el Credo, y solia rezarle particularmente cuando tenia que pasar por el barrio de los judíos. Pero sobre todo inestimable era la dulzura que esperimentaba al pronunciar el santísimo nombre de Jesus, no pareciendo sino que le llenaban de miel ó de azúcar los labios.

A la oracion añadia, segun la costumbre de los Santos, la lectura de los libros sagrados, principalmente las *Vidas* de aquellos, con

cuya lectura decia que mas que con cualquiera otra cosa se inflamaban los corazones en el deseo de abrazar la virtud. Sus libros mas familiares, á mas de las *Vidas* de los Santos recopiladas por Lipomano, eran las *Colaciones* de Juan Casiano, Juan Gerson, las *Obras* de Granada, la *Aljaba del amor divino,* la *Vida* de santa Catalina de Sena, y sobre todo la de S. Juan Columbano; y en cuanto á la divina *Escritura* era inmenso el placer que esperimentaba al leer las *Epístolas* de S. Pablo, á quien habia imitado en el espíritu y trabajos apostólicos, los que leia poco á poco como saboreándose, y cuando se sentia inflamado con aquellas ardientes palabras se detenia á ponderar tranquilamente su sentencia, hasta tanto que cesaba el afecto.

Este gran maestro de oracion y fundador del Instituto del Oratorio, á fin de inclinar á los suyos á la oracion, y por el amor que le tenia quiso que su instituto se titulase del Oratorio, dando sobre este asunto los saludables consejos que vamos á referir. El mejor medio de aprender á hacer oracion decia que era el juzgarse indigno de tenerla, y la ver-

dadera preparacion el ejercicio de la mortificacion, sin la cual era inútil el pretender orar. Exhortaba á todos, y particularmente á los principiantes, á que meditasen los Novísimos, porque, como él decia, corre gran peligro de caer muerto en el infierno quien no ha sabido vivir con la consideracion. Que debía alimentarse el espíritu que Dios concede en la oracion: por lo que si el hombre se siente inclinado á meditar la Pasion, no debe pasar á meditar la resurreccion. Que debia perseverarse en la oracion, aunque no se obtuviese al punto lo que se pretendia de Dios: que si uno no ha pasado con mucho trabajo por los ejercicios de la vida activa, no puede llegar á la contemplativa: y que para prepararse á la sagrada Comunion no era preciso buscar nuevas meditaciones; sino que bastaba ejercitarse en aquellas, cuyo fruto habia esperimentado el espíritu en la oracion. Afirmaba que era señal de haber obtenido ya la gracia, ó estar próximo á obtenerla, cuando la persona sentia cierta tranquilidad de espíritu; y que jamás debia pedirse gracia para nadie sino bajo la condicion de que fuese agradable

á Dios. Animaba á todos para que deseasen hacer grandes cosas por Dios y para que no se contentasen con una mediana bondad, á fin de que se desease al menos lo que no se hacia con las obras. A los que carecian de espíritu les aconsejaba que se pusiesen delante de Dios y de los Santos como un pobre, y que pidiesen la limosna espiritual con la humildad con que los mendigos piden la corporal, y que al efecto acudiesen á varias iglesias; pero no á las que estuviesen llenas de gente. Decia que nunca abandonase el hombre la oracion, aunque le asaltáran en ella fantasmas horribles; pues que sin esta se asemejaba á las bestias, á mas de que no hay cosa que tema mas el demonio que la oracion; y finalmente prometia al humilde y obediente que el Espíritu Santo le enseñaria á orar.

En cuanto á las visiones y éstasis nunca le agradaron en público por ser peligrosísimos; y cuando se hablaba de esto, alegaba inmediamente la doctrina de los Santos de que, generalmente no debe darse crédito á visiones: por lo que advertia á los confesores que no hiciesen el mayor alto en las revelaciones de

los penitentes, principalmente mujeres, porque aunque alguna vez parece que tengan grande espíritu, por lo general se reduce á nada, viniendo á declararse ligereza ó ficcion, lo que parecia santidad, y que muchos por ir en busca de semejantes cosas habian encontrado su ruina. Aconsejaba por tanto á los suyos, y á veces se lo mandaba, que á toda costa las desechasen, sin temer disgustar á Dios por ello; pues que esta es una de las pruebas para hacer distincion entre las verdaderas y las falsas visiones. Infinitas veces en el púlpito habló contra los que creen fácilmente en visiones y éstasis, y una vez afirmó que á cierta mujer de vida ejemplar que las habia tenido, y despues la privó Dios de ellas, la estimó mucho menos en un principio, que cuando dejó de tenerlas; y á una Vírgen de la Orden tercera de santo Domingo, á quien frecuentemente se le aparecia Jesucristo nuestro Señor, y mas aun santa Catalina de Sena, le envió á decir que siempre que viera semejantes imágenes las escupiera en el rostro y las despreciase; con cuya práctica y con el temor que tuvo siempre aquella Vírgen, no

fué pequeño el provecho que sacó para su alma. Con el mismo desprecio hizo conocer claramente á uno de sus primeros hijos espirituales la verdadera y falsa aparicion. Fué este Francisco María, llamado el de Ferrara, á quien una noche se apareció el demonio bajo la figura de la Reina de los Angeles. Refirió él por la mañana esta vision á Felipe, el cual le dijo que aquel era el demonio, y que por lo tanto si volvia le escupiese en el rostro. Volvió á la noche siguiente el Angel malo bajo la misma figura, pero escupiéndole el Ferraris, hizo que desapareciera al punto, lleno de confusion por su derrota. Continuando en la oracion Francisco María se le apareció verdaderamente la Vírgen; y queriendo él repetir el consejo de Felipe le dijo aquella Señora: «Escupe si puedes»; mas él no logró ponerlo por obra resecándosele de repente las fauces. Aprobó sin embargo la Vírgen la obediencia de su siervo, y llenándole de consuelo celestial desapareció.

Esta era precisamente una de las señales por las que, segun él, podia conocerse si era verdadera ó engañosa la vision, pues que la

primera suele causar temor al principio, pero despues deja llena de paz el alma, mientras que la segunda produce el efecto contrario. Decia además, que no debian estimarse las visiones que no eran útiles al que las tenia ó á otros, ó bien á la Iglesia universal. Sospechaba mucho de las de mujeres, porque fácilmente se dejan engañar, como tambien las que se tienen á la hora de la muerte, en particular cuando dán esperanzas de larga vida, pues por lo comun son ilusiones del demonio, con las que procura que muera el hombre sin prepararse, confiando en que no ha de morir entonces. De este modo descubrió á Antonio Fucci el engaño del demonio, que bajo la figura de médico le asistió en una gravísima enfermedad, prometiéndole larga vida; por cuya razon conociendo el enfermo el infernal artificio, se resignó á la voluntad divina, y á pocos dias murió santamente. Pero aun juzgaba peor que se diese crédito á los sueños, aunque fuesen morales; por lo cual reprendió á Matías Maffei, sacerdote, que queria referirle uno que habia tenido, diciéndole «que para ir al cielo era necesario ser

hombre virtuoso, y no creer en sueños». Por otra parte decia que le parecia menos malo el no dar crédito á las visiones verdaderas, que el dársele á las falsas; pues que aun en las verdaderas no deja de haber el peligro de ensoberbecerse, siendo tan difícil el creer que no las merecemos, y dificilísimo el juzgarnos indignos de ellas. Por esto afirmaba, que á quien queria volar sin alas era preciso tirarle de los piés, y arrastrarle á la fuerza por la tierra, para librarle de las redes del demonio: es decir, que á quien se deja ilusionar de las visiones se le debe dirigir por el seguro camino de la mortificacion de las propias pasiones y de la santa humildad.

Antes de dar fin á este capítulo, creo deber referir las gracias y prodigios que hizo por medio de la oracion. Empecemos, pues, por lo que le sucedió con Barsum, arcediano de la iglesia de Alejandría, á quien Gerónimo Vecchietti condujo desde Egipto á Roma. Habiendo aquel enfermado del pecho y sido desahuciado por los médicos, creyó Gerónimo que no le quedaba otro recurso que acudir á las oraciones de Felipe. Fué, pues, á este y ha-

llándole dispuesto para decir misa le encargó muy de veras que rogára por el enfermo Barsum. Prometióselo el Santo, y lo hizo con tal fervor, que no habiendo podido descansar aquel en tres dias seguidos, pudo al fin conciliar un sueño de muchas horas mientras que el Santo celebraba. Luego que concluyó su misa, dijo Felipe: «Barsum no morirá por ahora;» mandando despues que le condujesen á su presencia. Pareció duro al enfermo este precepto, que le notificó Gerónimo, juzgando que no le seria posible ni aun incorporarse en el lecho, pero instándole aquel á que obedeciese, desconfiando de sus fuerzas se levantó al fin y fué en un coche á ver al Santo. Salióle este al encuentro, y abrazándole le besó con gran ternura, teniéndole por largo rato entre sus brazos. Sentia el enfermo que se mejoraba por momentos, cuanto mas dilataba Felipe el soltarle; así que creciendo en él la confianza redobló sus instancias para que siguiera el Santo haciendo oracion por él, porque sin duda no sabia Dios negarle nada. Prometióselo Felipe, y en seguida le mandó con Gerónimo al cardenal Federico Borromeo,

delante del cual, dijo de pronto Barsum: «Gerónimo, ya me encuentro bueno»; y en efecto, de allí á pocos dias se restableció de tal modo que parecia enteramente otro; por lo que muchos le decian en broma: «Tú no eres Barsum, sino otro parecido a él». Pero no se olvidó el egipcio del favor, que habia recibido, y partiéndose para Alejandría, y volviendo de nuevo á Roma en tiempo de Clemente VIII, en una oracion latina que hizo en presencia de él y de muchos Cardenales y Prelados, refirió los favores que habia recibido la primera vez que estuvo en Roma, y se detuvo en recordar principalmente lo ocurrido en su enfermedad.

Por la eficacia de las oraciones del Santo recobraron tambien la salud y la vida Lorenzo Cristiani, beneficiado de S. Pedro, y Bartolomé Fugini, romanos, pues habiendo recibido ambos la Estremauncion y perdido el habla, acudió el Santo al primero, penitente suyo, que estaba ya espirando, y haciendo dos veces oracion con su palpitacion de costumbre, poniéndose al fin de pié, dijo con la seguridad que se le comunicaba al hacer oracion: «Lo-

renzo no morirá por esta vez». Acercándose luego al enfermo, dijo: «Lorenzo»; á cuya poderosa voz, obedecida no solo de los moribundos, sino aun de los muertos, abrió los ojos el enfermo, y reconociéndole le respondió. Mandó entonces el Santo que le llevasen de comer, y al punto desapareciendo la fiebre con admiracion de todos, quedó enteramente sano. Llegó á poco el médico, llamado Pedro Crispo, y encontrándole bueno esclamó en alta voz: «Esto es un milagro»; pero cesó su asombro cuando supo que habia estado allí Felipe, por lo que no pudo menos de decir: «No es estraño, porque el padre Felipe es un Santo». El segundo era penitente del P. Angel Velli, y segun los médicos no podia llegar á la mañana siguiente. Estando, pues, la tarde anterior varios Padres con Felipe, y entre ellos el confesor del enfermo, le preguntó el Santo por la salud de este, y al oir el juicio de los médicos se volvió á los otros, y les dijo: «¿Queréis que muera ese jóven?» y respondiéndole todos á una: «Querémos que viva, si es posible», esclamó con tono de autoridad: «Que viva, pues. Rezad por él cinco veces el

Padre nuestro y el Ave-María, y Dios nos ayudará». Y en efecto, bien pudo esperimentar el enfermo la eficacia de las oraciones de Felipe y sus hijos, pues al mandar por la mañana á saber de su estado el P. Angel, no solo no habia muerto, segun el pronóstico de los médicos, sino que estaba completamente bueno.

Guiado seguramente Felipe por interior impulso del cielo, despues de haber asistido á vísperas con sus hijos en la Minerva, preguntándole á donde queria ir á pasear, para darles un entretenimiento honesto, dijo que hácia el Pópulo. Y en efecto, entrando al paso en el hospital de Santiago de los incurables, encontró á uno que habiendo perdido el uso de los sentidos estaba ya con la lámpara y la tablilla que suele colocarse á la cabecera de los moribundos. Poniéndose á orar por él en compañía de sus hijos y asaltándole la palpitacion del corazon, he aquí que manda que incorporen al enfermo en la cama, y con asombro de todos vuelve en sí á pesar de que ya estaba espirando; mandó entonces Felipe que al punto le diesen de comer, y en seguida se

retiró con los suyos para proseguir su camino. Habiendo ido á la mañana siguiente á ver al enfermo, le encontraron enteramente sano.

Pero aun se conoció mas el divino impulso que le guiaba para la salud de un alma, cuando al entrar en el hospital de Santo Espíritu acompañado de muchos de sus hijos espirituales, les dijo: «Vamos á donde quiere el Señor;» y dirigiéndose hácia el lugar en que estaban los heridos, añadió: «No sé lo que siento en el corazon que me dirige allí;» y acercándose al lecho de un enfermo, á quien no conocia, se halló que estaba próximo á espirar. No habia podido este confesarse oprimido por la fuerza del mal, por lo que compadeciéndose el Santo de su situacion rogó por él. Poniéndole despues la mano en la frente le llamó, y obediente, no sé si el enfermo, ó la enfermedad, á su poderosa voz volvió en sí, y empezó á hablar; y aunque por sus oraciones no recobró la salud del cuerpo, consiguió la del alma, pues que tuvo tiempo para confesarse dando muestras de contricion verdadera, y recibiendo á su Majestad. Finalmente, habiéndole dado la santa Uncion, entre

humildes gracias á Dios por los inmensos beneficios que habia recibido, como él decia, por medio de las oraciones de Felipe, espiró tranquila y devotamente. Semejante beneficio pidió él en sus fervientes ruegos para Bertino Riccardi de Vercelli, quien acometido de una fiebre maligna perdió al punto la cabeza. Conducíale á grandes pasos al sepulcro la terrible enfermedad sin haber dispuesto de sus cosas y sin haber recibido los Sacramentos, cuando le visitó el santo Padre, el cual se puso á orar por él, con lo que al punto recobró el enfermo el juicio, se confesó y recibió la comunion de mano del Santo. Dispuestas de este modo las cosas de su alma, pudo despues hacer su testamento, terminado el cual, volvióle con mas furia el frenesí y á poco espiró, despues de recibir la Estremauncion.

Mas no solo en las tentaciones sino tambien en los otros varios trabajos que suelen esperimentarse en el mundo, fueron admirables los efectos de su eficaz proteccion. Julio Detrucci, caballero noble de Sena, hallándose oprimido de una grandísima afliccion, se fué á confesar con el Santo, por tener un gran

concepto de su virtud y no menos esperanza de conseguir el alivio de su pena. No fué necesario mas que referirla y en el mismo punto se sintió libre de todo su pesar, quedando tan obediente á los dictámenes de su direccion, que siempre fué asistente á los ejercicios del Oratorio, hasta que con virtuoso ejemplo acabó su vida. Cuando Sisto V fué elevado al solio pontificio, se levantó una enemistad mortal entre Bernardo Cotta y Gerardo Carraci, boticarios de Roma, sobre quién habia de serlo del Papa; y de sus resultas se exasperaron tanto que remitieron la decision á la muerte, resolviéndose á matarse el uno al otro. Tenia Gerardo una hermana llamada Antonia, y sabedora del inminente peligro que corria su hermano, se fué muy afligida á ver al Santo, y postrada á sus piés le rogó que impidiese aquella desgracia. Felipe manifestó hacer poco caso de la súplica y solo la respondió: «Basta; vete á casa, y no dudes que serás consolada.» Fuése luego á decir misa, y Antonia á oirla; y volviendo á su casa, halló que su hermano estaba ya en posesion de aquel cargo sin que hubiese habido contienda alguna, antes á sa-

tisfaccion de su contrario. Cuando Gerardo supo lo que habia pasado con su hermano y Felipe, no pudiendo contener las lágrimas de alegría, le dijo: «Yo siempre lo he tenido en opinion de Santo y por tal lo tendré eternamente.»

A mas de los gravísimos daños que causa el juego en el alma, es tambien voraz incendio que abrasa y consume la hacienda. Mucho habia perdido en él Juan Bautista Mañani, camarero secreto del Papa Gregorio XIII, y la congoja de su pérdida lo habia arrastrado á la última desesperacion. Encontróle S. Felipe en la calle Corte Savella, y aunque no lo conocia ni le habia visto nunca, le dió un golpe en la mano, y le dijo: «No os desesperéis, que Dios os ayudará. Quiero que os confeseis y esperimentaréis la divina gracia.» Llevólo á la casa de S. Gerónimo, oyóle su confesion, púsole la mano sobre la cabeza, y luego al punto se sintió el penitente con el corazon tan dilatado y el alma tan alegre que desde allí adelante no cesó de dar público testimonio de la santidad de Felipe.

Pero seria muy prolijo decir aquí todos los

prodigios que obró Felipe con sus oraciones; así que para concluir referirémos el siguiente hecho, que por sí solo basta para probar la eficacia y fuerza de aquellas. Juan Mansoli, á quien hizo emprender una vida ejemplar sacándole de la tienda de los Bonsignori, padecia en su avanzada edad de gota en las manos y piés, y no usaba de otro remedio que acudir al santo Padre, quien con solo tocar la parte enferma hacia que cesáran los agudos dolores. Habiendo pues llegado á la edad de setenta años, cayó enfermo con una fiebre contagiosa y flujos de sangre; en términos que desahuciado de los médicos recibió la Estremauncion, pasándose aviso á la Cofradía de *la Misericordia* para que al dia siguiente le llevase á la sepultura, pues ya habia perdido el uso de la lengua. Empero antes de llegar á este estremo habia mandado á un sobrino suyo que fuese á ver al Santo y le dijese que mandára un Padre para que le encomendára el alma, y que enterrasen su cadáver en donde él dispusiera, encomendándose á sus oraciones. Hizo el Santo todo lo que deseaba Mansoli, pues que mandó á Matías Maffei para que le asis-

tiera, y él entre tanto pasó toda la noche en oracion con tanto fervor que no solo le alcanzó la salud, sino que tuvo revelacion de ello; y aun cuando á la mañana siguiente corrió la voz de que Mansoli habia muerto, el santo Padre dijo con toda seguridad: «Mansoli no ha muerto, ni morirá de esta enfermedad.» Despues llamó al mismo Maffei y preguntándole por el enfermo, le contestó, «que al volver aquella mañana á su casa le habian dicho que era muerto.» Mas no por esto se convenció el Santo, y con la misma seguridad replicó: «No es así; Mansoli vive; vuelve pues y vé cómo sigue y haz de modo que le veas con tus mismos ojos.» Obedeció Maffei, y se encontró con que no solo no habia muerto, sino que estaba bastante bien. Por último habiendo curado (segun lo que Felipe le predijo algunos años antes de que cayera malo) sobrevivió al Santo. Eran en fin tan poderosas sus oraciones que él mismo decia: «Cuando hago oracion, espero conseguir todo lo que pido á Dios.» Cuando le encomendaban un pecador obstinado, solia decir: «No dudeis, porque le socorreremos con la oracion, y se

convertirá.» Y una cosa semejante sucedió (segun vimos en el cap. v) con aquel cajero del principal Banco de Roma á quien dijo: «Rogaré tanto por tí, que sin mas remedio habrás de enmendarte.»

CAPITULO XXII.

De las lágrimas de Felipe, y cómo siendo tan grande su devocion la comunicaba aun á los otros.

Añadiéndose al natural tierno y compasivo del corazon de Felipe la gracia, la profundidad con que penetraba los misterios divinos, y el fuego del amor y de la devocion, no es de admirar que se inundára en llanto siempre que se hablaba de Dios en su presencia, ó meditaba en las cosas celestiales. Fué como hemos dicho, devotísimo de la Pasion del Redentor, de la que, cuando le ocurria leer alguna parte, ó hablar de ella, particularmente en la Semana santa, se le veia derramar abundantes lágrimas. Leyendo una vez la Pasion en la misa, se sintió arrebatar de tal modo que aunque hizo lo posible por dis-

traerse no pudo conseguirlo; por lo que al llegar á la muerte del Salvador le fué forzoso prorrumpir en un amargo llanto, que enterneció á todos los presentes. Infinitas veces al oir una sola palabra de la misma Pasion se deshacia en lágrimas: oyendo otras hablar de este misterio se ponia pálido de improviso, anunciando así la abundancia del llanto. Continuamente temblaba todo su cuerpo, quedando en términos de no poder apenas respirar, por lo que muchos años antes de su dichosa muerte dejó de hablar en público en el Oratorio, pues haciéndolo un dia sobre el misterio de la Pasion se enfervorizó de tal manera que empezó á llorar y á suspirar, y acometido de un temblor mayor que lo acostumbrado hacia estremecer la silla y la tarima de tal modo, que aun con los mayores esfuerzos le fué imposible contenerse. Por esta razon, pues, varias veces que le sucedió lo mismo, bajo pretexto de no tener capacidad para ello, dejó de predicar, diciendo á los que no satisfizo su escusa (pues que ya lo habia hecho antes), que Dios suplió á su incapacidad por ser entonces naciente el Oratorio; pero que habiendo ya cre-

cido el número de los predicadores, Dios no le ayudaria como antes, si se empeñaba en seguir predicando.» Mas no por que dejase de predicar podia impedir el curso á sus dulces lágrimas, pues aun en los coloquios privados, si se hablaba de la Pasion, interrumpia el llanto sus palabras. Fué un dia á comer con el cardenal de Vercelli en el refectorio de santa Práxedes, mandado hacer por S. Cárlos Borromeo, titular de aquella iglesia, y despues de la comida se dió principio á una conferencia espiritual, y proponiendo él un punto, al que debian contestar uno por uno todos los presentes; y resumiendo él mismo los discursos en que estos ponderaron el amor con que el Redentor padeció por nosotros, fué tal la abundancia de sus lágrimas y suspiros que por mucho que se esforzó no pudo articular una palabra mas; por cuya razon el Cardenal le hizo señas de que no pasase adelante.

Lo mismo le sucedia cuando hablaba de otros asuntos espirituales, por lo que no pódia ser estenso en sus discursos, y que para poder hacerlos le era preciso intercalar cuentos estraños y sentencias de filósofos;

cosa que por otra parte no solia hacer. Al leer las *Vidas* de los Santos eran mas las lágrimas que derramaba que las palabras que profería; y pareciéndole que no habia hecho nada en comparacion de ellos, como él mismo dijo á Angel de Bañarea, cuando entrando este de improviso en su cuarto, y viendo que lloraba con el libro en la mano, le preguntó la causa de sus lágrimas, á lo que le respondió, «que aquel Santo cuya *Vida* estaba leyendo habia dejado el mundo por servir á Dios, y yo, añadia, no he hecho cosa buena». Despues, para humillarse mas, declarándose digno de ser azotado por las calles de Roma, dijo: «¡Oh! si tú me vieses un dia castigado por mano del verdugo por las calles de Roma, dirias: ¡mirad al que parecia tan bueno!...» y en tanto que decia esto, lloraba con el mayor desconsuelo. En otra ocasion contestó evasivamente de este modo á un Prelado, que le encontró llorando al paso que leia: ¿No quereis que llore, si soy un pobre huérfano, sin padre ni madre? Al oir el canto con que la Iglesia tributa alabanzas al Altísimo, era tal la dulzura de su espíritu, que al punto

se deshacia en lágrimas, quedando muchas veces empapados en ellas sus vestidos cuando asistia á completas y á los maitines que cantaban en el coro de la Minerva los religiosísimos Padres de santo Domingo.

A pesar de tan abundantes y continuas lágrimas siempre conservó el Santo en buen estado su vista, pues si usó alguna vez de anteojos, lo hizo mas bien por diversion que por necesidad. Con ellos consiguió un completo alivio Lucia Mazziani, la cual hallándose cierto dia muy afligida con un fuertísimo dolor de cabeza, y sin poder conseguir el menor alivio con nada, se ató en ella con mucha fe y devocion unos que tenia del Santo y se halló repentinamente libre de aquella tan sensible molestia.

No contento Felipe con llorar tanto en vida, quiso tambien llorar despues de su muerte, y no solamente por los ojos, sino tambien por todo el cuerpo. Así sucedió con un retrato suyo, que habia en Pádua, el cual fué visto por veinte y siete veces destilar un cristalino humor, y como si no bastasen las niñas de sus ojos para el llanto, de toda la sagrada Imagen

corrian las lágrimas. Todos presenciaron esta maravilla, que habiendo merecido la aprobacion de la autoridad eclesiástica, se hizo pública por medio de la prensa. Esta sagrada efigie se conserva con suma veneracion en la iglesia de los Padres del Oratorio de aquella ciudad.

Pero no siempre eran dulces sus lágrimas; pues á veces lloraba amargamente los pecados del prójimo, y las ofensas que se hacian á Dios. Estaba cierto jóven noble encenagado en el vicio, y lo que es peor, amarrado por la vergüenza, que debia haber tenido antes de cometer la culpa, no era sincero en sus confesiones. Entró, pues, un dia en el cuarto del Santo el cual penetrando con su perspicaz vista en la turbada conciencia del jóven empezó á derramar abundantes lágrimas, que llegaron al trono del Altísimo y alcanzaron para aquella desventurada criatura dolor y penitencia de sus crímenes. Lloraba el jóven, y Felipe le veia, y ambos dejaban correr sus lágrimas elocuentes, hasta que poniéndose aquel de rodillas descubrió al Santo el oscuro seno de su conciencia depravada. Escuchóle benigno,

mente, y abrazándole con amor le absolvió de sus culpas, despidiéndole con el consuelo en el alma; pero como si aun hubiese llorado poco las ofensas de aquel jóven á su amado Señor, retirándose á su cuarto volvió á dar libre curso á las lágrimas, para llorar de nuevo culpas que no eran suyas. Entre tanto el jóven, pensando despues de algunos dias en su mala vida pasada, hizo una confesion general con el confesor que tenia antes, y despues acudió á Felipe, quien le dijo «que aunque él no habia escuchado aquella confesion sabia distintamente una por una todas las culpas que habia cometido hasta entonces,» y aun añadió «que despues de la confesion tenia buena cara» espresion de que usaba el Santo cuando pasaba alguno del estado del pecado al de la gracia. Pero el penitente, que deseaba lavar mas y mas con el llanto las manchas de sus culpas, le rogaba le alcanzase con sus oraciones un verdadero y estable dolor de corazon. Apenas hubo proferido estas palabras, cuando se sintió tan arrepentido de sus pecados, que se vió precisado á confesar que jamás habia tenido un dolor mayor de haber ofendido á Dios.

De este hecho se deduce claramente no solo cuán grande era el don de lágrimas, que Dios concedió á Felipe, por lo que se juzgó milagroso que no le fuera perjudicial á la vista, sino cuán poderosas eran, cuando de la árida tierra del corazon de los pecadores hacia que naciese el arrepentimiento. Parecia que su llanto y la devocion de donde nacia eran felizmente contagiosos, pues con tanta facilidad los comunicaba á los demás. Sobre todo, al administrar á sus hijos espirituales el Pan de los Angeles se enternecia de tal suerte, y eran tan copiosas sus lágrimas, que apenas le quedaba movimiento, lo que era causa de que los penitentes dijeran, que solo el verle tan conmovido les hacia participar de su espíritu, y sentir extraordinaria devocion.

Fué este un privilegio singular que Dios concedió á su siervo, pues cuantos estaban á su lado, por indiferentes que fueran, se sentian poco á poco llenos de fervor y devocion así como se entibiaban los que no frecuentaban su trato, y algunos que se alejaban de él perdian enteramente el espíritu y la devocion. Antes que se confesase con él Lavinia Rustici,

primera mujer de Fabricio Massimi, no le tenia en gran concepto; pero la primera vez que le oyó hablar de Dios, concibió tanto amor á las cosas espirituales, que abandonando el siglo, del que no estaba muy retirada, se entregó enteramente á los ejercicios de devocion; depositó en manos del Santo, y a su confesor, toda su voluntad, y amaestrada por él se ejercitó en el desprecio de sí misma y en la mortificacion: tres veces á la semana se confesaba con grande arrepentimiento de sus culpas y otras tantas se alimentaba con el Pan eucarístico: se aficionó en estremo á la oracion, en la que se estasiaba con frecuencia; y en una palabra llegó á tal perfeccion que despues de su muerte fué una de aquellas dichosas almas, de quienes dijo Felipe que sin duda gozaban en el cielo en compañía de los Angeles.

La primera vez que Nero del Nero vió decir misa á Felipe, adquirió tal recogimiento y facilidad para meditar lo que queria, que se admiraba de sí mismo, pues antes era tan distraido, que no podia recogerse en oracion; esperimentando lo mismo siempre que veia

celebrar al Santo. No menor fué la admiracion de Constancia Draghi Crescenzi y Eugenia su criada, que oyendo la misa del Santo se sintieron llenos de estraordinario espíritu y compuncion, por lo que mútuamente se preguntaban: ¿qué podria ser aquello? y ponderando el suceso no pudieron menos de pensar que habia sido un efecto de la devocion que Felipe les habia alcanzado en el divino Sacrificio. Los que tenian la suerte de orar con él esperimentaban tal dulzura que les parecia corto todo el tiempo que empleaban en sus oraciones: así lo confesó, á mas de Francisco María Tarugi, un hijo suyo espiritual llamado Simon, el cual afirmó que le habia parecido un instante la hora que estuvo en oracion con el Santo, y que consentiria en estar orando siempre, si siempre hubiera de haber sentido semejante dulzura. Esto mismo les sucedió á otros muchos, á quienes decia Felipe que aquella dulzura era con la que Dios regalaba los labios de quien empieza á servirle. Pero comunicaba principalmente á sus penitentes el fuego del amor divino cuando escuchaba sus confesiones, y sobre todo al absolverlos, para lo

que solia estrecharlos en su seno. Así pues dijo el abate Marco Antonio Maffa que cuando se reconciliaba con él le parecia que al absolverle despedia tal ardor de su pecho, que le hacia llorar dulcemente, y que al celebrar sentia una devocion especial: efectos que no esperimentaba su espíritu cuando se reconciliaba con otros. Casi lo mismo manifestó Juan Atrina, de Marsico nuevo, en el reino de Nápoles, pues si bien cuando entraba en la habitacion de Felipe temblaban sus miembros sorprendidos de un santo horror, esto lejos de turbarle le causaba alegría. Arrodillado despues delante de él, si por acaso con su mano, que llamaba bendita, le tocaba en la espalda ó en el hombro, sentia inflamarse su corazon en los buenos propósitos, de tal modo que le parecia descendiese del cielo sobre él una gracia particular que le arrastraba hasta el pié del altar del santísimo Sacramento para orar allí lleno de fervor y conocimiento. Finalmente parecia, como ya se ha dicho, que la devocion de Felipe era como contagiosa, pues que el citado abate Marco Antonio Maffa afirma que habiendo celebrado despues de la

misa del Santo con las casullas que él solia usar ofreció el divino Sacrificio con abundancia de lágrimas y sentimientos de estraordinaria devocion.

FIN DEL TOMO I.

ÍNDICE

DE LO QUE CONTIENE ESTE PRIMER TOMO.

Pág.


89097313936
b89097313936a




89097313936
B89097313936A